 Sakamura y los
turistas sin karma
Pablo Tusset



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Prólogo con spoiler
El discreto encanto de lo Wabi-sabi
El Valle Inquietante
La balada de Teseo y Pilatos
El sexo de los egrégores
Jadeando como mandriles
The ultimate indie-pop playlist
Chichi Robots Corporation
La cuota sociópata comunitaria
Dumb Disco Ideas, by Holy Ghost!
Las Geishas Blancas y el kitsune de nueve colas
Pro igualdad antijaponesa
Piangerò la sorte mia, by Georg Friedrich Händel
Nada de alergia de gato
De hormigas y de zombis
Primera aparición del gordito norcoreano
Un caso ilustrado de digestión externa
Love, love, love
Más miedo que el gato de Cheshire
Mucha belleza de grasa y tendón
Epílogo
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Empieza el verano en Barna City, la capital turística de Extrema Europa. Un titular salta a los medios: «Turistas japoneses atacan a ancianos y niños en el parque acuático de la Sagrada Familia». Arde Twitter, prende entre los nativos la fobia anti japonesa, la comunidad nipona se esconde en los hoteles, y la opinión pública aún no sabe que los agresores no son dos simples japoneses enloquecidos, sino algo más inquietante.

Investiga el caso el ex inspector y maestro zen Takeshi Sakamura, que el día de su ochenta y cuatro cumpleaños tendrá que buscarse a un ayudante que le traduzca del occidental al japonés y lo asista para navegar por la «internet moderna». En el Club Canábico Gaudí entrará en contacto con la generación millennial y conocerá la rara belleza de Lilith, una hacker mercenaria y cazadora de psicópatas que vive en simbiosis con su gato Telefunken.

¿Lograrán desvelar la trama urdida por el super villano más impertinente que habita la ciudad? La pregunta sólo parece retórica: los buenos no siempre merecen ganar, ni siquiera en Barna City.

Hay que ver lo xenófobos que somos las personas normales

J. R. C., taxista

Prólogo con *spoiler*

Mi chófer conducía el Cadillac Deville del 76, yo miraba al exterior por la ventanilla. El bochorno desplomaba a las cotorras en pleno vuelo, y todavía no había empezado el verano.

—Oscar, ¿puedes buscar alguna emisora de noticias?

El dial topó con un boletín de mediodía. El primer titular fue exactamente éste:

Turistas japoneses atacan a ancianos y niños en Barna City.

La locutora volvió a hablar cuando terminó una de esas sintonías que sugieren dinamismo informativo. «Un número todavía desconocido de turistas orientales, presuntamente japoneses, han atacado esta mañana a varios menores en las inmediaciones del Tobogán Inconcluso de la Sagrada Familia, cuando ante numerosos testigos les han propinado collejas y capones sin motivo aparente; poco después, una anciana recibía insultos y salivazos en el cercano Paseo Elvis King a cargo del mismo grupo de vándalos orientales. Según fuentes contrastadas en Twitter, han sido localizados los familiares de los menores, y tanto afectados como testigos reciben tratamiento presuntamente psicológico.»

Ninguna novedad: hacía más de una hora que la noticia corría por las redes y me había obligado a perder una mañana de golf en San Xavier Cugat —nada que ver con los X-Men—. La locutora pasó al siguiente titular —«Tao Lin visita Barna City para presentar su último catálogo de estupefacientes»—, pero yo había colmado ya todo mi interés en las noticias.

—Gracias, Oscar. Un poco de música, por favor. De la que tú sabes.

Puso uno de esos temazos de los Deerhunter que le van tan bien a la parte demente de nuestro zeitgeist. Miré la revista de la Prometheus Society sobre el asiento; venían unas consideraciones prospectivas interesantes, pero

me mareo cuando leo en el coche. Salimos de la autovía en Belviche Town y atravesamos el barrio siguiendo la rambla Bruce Springsteen. Si todavía queda alguien que no conozca Barna City, muchas calles tienen nombre de figurón rockero del siglo pasado, para no complicarles la vida a los turistas. En realidad los turistas no han llegado todavía a Belviche Town, pero todo el mundo sabe que tarde o temprano tomarán la casa entera, como en aquel cuento de Cortázar que el lector inteligente seguramente habrá leído. Oscar detuvo la alfombra voladora en una sombra junto a la gasolinera, frente a la primera fila de bloques de North Belviche. Por aquellos días los estaban forrando de plexiglás imitación mosaico gaudiniano, de cara a la próxima burbuja inmobiliaria, supongo. Oscar salió primero para abrirme la portezuela. Cuando está de pie siempre parece un tipo demasiado grande para ser oriental. Lo pedí de tamaño jumbo porque también es mi guardaespaldas.

—Espérame aquí, no creo que tarde.

Salir al bochorno exterior fue como meterse en gelatina recién hecha. No tuve más remedio que caminar unos metros al sol hasta embocar la calleja. El edificio que buscaba era de ladrillo rojo, mugriento de polvo y grasa de los escapes. Pulsé el único botón libre de roña en el interfono.

—¿Sí?

—Moriarty —dije.

Como el lector inteligente habrá sospechado ése no es mi nombre auténtico, pero me queda bien. En la planta baja siempre olía a polvo antiguo, como en el almacén del final de Indiana Jones. Al fondo del laberinto de palés estaba el acceso al laboratorio. Miré a la cámara para que me escaneara las pupilas; desestimé el montacargas y subí los dos pisos a pie —había engordado por aquellos días, ahora vuelvo a estar estupendo—. Más allá de la puerta de presión negativa olía a plástico de muñeca y la temperatura era de cuatro grados sobre cero, como en una cámara de despiece de carne. Al abrirse la puerta automática me encontré con el ingeniero en actitud de recibirme.

—No sé qué ha podido pasar, no me lo explico —dijo. Llevaba unas gafas de pasta con una patilla remendada y la voz le sonaba a catarro y depresión crónicos. En aquel momento yo no tenía ni idea de que le quedaba un cuarto de hora de vida, y de haberlo sabido hubiera sido difícil

comportarme con naturalidad, ¿debería haberle dado su propio pésame?; lo recuerdo como a un tipo húmedo, no sé si me explico, parecía una criatura del pantano, todo vida interior.

Elegí uno de los anoraks blancos que colgaban del perchero, lo seguí hasta el taller principal y me senté en uno de los taburetes que había alrededor de la enorme mesa hidráulica. Él se mantuvo en pie y se limpió la nariz con un kleenex de una conocida marca, hizo exactamente ese gesto vulgar con sonido de mocos saliendo en tropel. Después echó el pañuelo en la destructora barométrica; se traslució un breve fognazo en su interior, ¡fuf!, quedó convertido en un soplo de ceniza en el fondo del aparato.

—¿Tenemos razones para preocuparnos? —le pregunté.

—¿Preocuparnos? ¿Por qué?

Era de ese tipo de gente de la que tardas en saber si es tonta o sólo lo aparenta. Creo que era de los que fingen, de lo contrario no sufriría depresión crónica.

—¿Porque han atacado a unos niños en la Sagrada Familia? —le dije con ese tono de afirmar preguntando que tienen los yanquis en los programas de reformas de casas.

—*Atacar* es un verbo muy feo —dijo—; ya sabe cómo son los tuiteros. Puede que los niños los pusieran nerviosos. Como son más bajitos que ellos...

—También han insultado y escupido a una anciana.

—Sí, he visto los memes —me pareció apreciar en su cara un atisbo de sonrisa—. Seguramente era una anciana muy bajita.

No perdí la paciencia, casi nunca la pierdo.

—¿Debo entender que andan sueltos dos androides disfrazados de turista japonés que pueden lanzarse al ataque de cualquiera que sea bajito?

—No lo creo, son inofensivos, seguramente es un simple error de soft...

Un zumbido electrónico interrumpió al moriturus. A toda prisa sacó del bolsillo del anorak un aparato con una luz intermitente y lo manipuló para detener la alarma. Parecía que de pronto se le había pasado tanto el catarro como la depresión.

—Están aquí —dijo.

—Cómo que *están aquí*...

—A menos de cincuenta metros. Hay que esconderse, rápido.

Por alguna razón se quitó las gafas y le quedó una mirada de topo desvalido.

—¿No acaba de decirme que son inofensivos? —dije yo.

—Completamente inofensivos; búsqese algún sitio por ahí.

El tipo andaba ya bajo la mesa tratando de hacerse un hueco entre los fluxores de argón molecular. Empecé a preocuparme cuando se oyó una puerta de seguridad saltando por los aires, creo que fue la de la sala de presión negativa. Me salvó una consigna inconsciente de mi cerebro reptil: *Procura no parecer lo que tu depredador come*. Empecé a desnudarme y fui metiendo en la destructora barométrica cada pieza de la que me desprendía: mocasines, teléfono, pantalones, camisa, fuf, fuf, fuf, vi los sucesivos fogonazos de luz en la destructora. Lo último que me quité fue el reloj de pulsera, uno de los escasos Girard-Perregaux diseñados para el emperador Guillermo I que había sobrevivido a los avatares de la historia. La puja ganadora en la subasta fue de trescientos cincuenta mil euros.

¡Fuf!: adiós reloj histórico. *Easy comes, easy goes*.

No había contado con lo fría que estaría la mesa de ensamblaje hasta que me senté encima a nalga desnuda, valga la horrible expresión. Me tendí bocarriba y me cubrí los genitales con las manos, era crítico ocultarlos, y no precisamente por razones de pudor. Por suerte la retracción por el frío lo hacía más fácil que de ordinario. Me mordí la lengua para que no me castañetearan los dientes y me concentré en no temblar. Parece difícil pero funciona, nuestro cerebro reptil sabe hacerse el muerto para sobrevivir.

En el silencio que siguió oí el resuello del ingeniero tratando de mantenerse colgando de los fluxores bajo la mesa. Hasta que el sonido de deslizamiento de la puerta automática captó por completo la atención de ambos.

El primer japonés artificial en pisar la sala de ensamblaje fue el modelo 1.71: metro setenta y uno de estatura, chaleco multibolsillos, gafas de pasta y potente simulador de miopía. Lo siguió un modelo 1.62, con gorrito de pesca de color trucha y calzado modificado para parecer más alto. Resultaba obvio que el 1.71 era el más inteligente; avanzó con las manos a la espalda y miró

el contorno de paredes y techo. El bajito se fijó en cambio en lo más obvio: la mesa central con un tipo desnudo encima. El muy descarado me hundió el dedo en lo más prominente del vientre, justo encima del ombligo. Conseguí no mover ni un músculo.

—¿También fabrican occidentales con sobrepeso? —le preguntó a su compañero.

—Claro que fabrican occidentales, estúpido, necesitan dobles para políticos y gente importante. ¿Crees que ese Donald Trump que ves en la televisión es humano?

El 1.71 avanzó dos pasos y se detuvo a escuchar algo. ¿Era un jadeo de primate? Ambos se agacharon para mirar debajo de la mesa de ensamblaje, justo debajo de mí. El 1.71 sonrió al ver al ingeniero colgado como un koala en su eucalipto. Gracias a su avanzado software de expresión facial era capaz de sonreír incluso con los ojos, a diferencia de su compinche de la serie 1.6, que sólo podía enseñar los dientes y parecer idiota. El ingeniero seguramente también sonrió, o quizá era sólo un rictus por el esfuerzo de mantenerse colgando ahí debajo.

—¿Hablas tu idioma? —le preguntó el 1.71.

—Chapurreo —contestó.

—Ah, un primate arborícola y con sentido del humor, estamos de suerte. ¿Serías tan amable de descolgarte de ahí un minuto?

De reojo vi cómo el ingeniero se arrastró hasta salir de debajo de la mesa, y también oí cómo se le caían las gafas del bolsillo. Con toda la dignidad que le permitió su situación se puso en pie. El 1.62 acercó su cara picada por acné de tecnología fractal y le husmeó un poco detrás de las orejas. Es un punto que por alguna razón atrae la curiosidad de los robots, lo tengo comprobado.

—Ahora preguntas —dijo el 1.71.

—Creo que sería mejor hacérselas a otro. No es por no colaborar, es que soy nuevo en la empresa y no sé gran cosa.

—Seguro que sabes más de lo que crees. Por ejemplo, ¿quién eres?, me suena tu cara.

—Auxiliar de ensamblaje. Yo os monté a los dos, pero ni siquiera estoy fijo en plantilla: contrato temporal, se me acaba la semana que viene.

—Nos interesa más la ciberendocrinología. Esteroides gonadales, niveles de testosterona en plasma...

—Uf, ni idea; yo sólo ensablo piezas; rutina biomecánica, llega el camión y...

—¿Rutina... biomecánica?

—Pura rutina: si viera la porquería de currículum que presenté en la...

—Entonces dime, ensamblador biomecánico —pronunció el 1.71 recalcando cada sílaba—: ¿Por qué no nos ensamblaste el pene?

Quedó un silencio en cuyo transcurso el ingeniero miró alternativamente a los dos robots.

—¿El pene?, ¿qué pene?, en el kit no venía ningún pene...

—Ah, no venía en el kit —el 1.71 miró a su compañero—. Es curioso: sin embargo sí tengo nuez de Adán.

—Claro, ahí es donde se monta el receptor de wifi.

El 1.71 adelantó el mentón japonés en un particular gesto de Bruce Lee que no venía de serie, lo había adquirido gracias a sus rutinas de aprendizaje cinematográfico.

—A ver si lo entiendo —dijo—: ¿os ocupáis de disimular el receptor de wifi en la protuberancia laríngea pero no se os ocurre instalarnos un simple pene eréctil?

—Es que yo no diseño humanoides, ¿me explico?, a mí me llegan los androides sin delantero centro y las ginoideas sin cheerleader, y además en la zona mecanopúbica se monta el botón de reinicio, así que no se pue...

—La pregunta es *por qué* en lugar de genitales tenemos el botón de reinicio en el pubis.

—Y yo qué sé... Debieron de pensar que era mejor instalarlo en un lugar protegido, y que no se viera mucho. Además, si no tenéis aparato reproductor ni urinario para qué queréis penes y vaginas, sería una complicación de biofontanería.

El 1.71 miró otra vez al 1.62 y le hizo un gesto casi imperceptible. En respuesta, el 1.62 avanzó hasta el ingeniero y le dio un capón en el temporal izquierdo.

—Ay.

—Este primate no pasaría el test de Turing ni copiando —dijo recolocándose el gorrito de color trucha.

—¿Tú estás tonto o qué demonios te pasa? —presionó el 1.71—, ¿para qué crees que queremos un pene eréctil?

—No podéis torturarme, ¿vale?, va contra las leyes de la robótica de Asimov.

El 1.62 le dio otro capón. No quisiera parecer cruel con el moriturus, pero yo, que escuchaba desde encima de la mesa, también se lo hubiera dado. Por lila.

—Ay.

Siguió preguntando el 1.71.

—Ahora dinos, ¿quién es tu jefe?

—No lo sé, ya os he dicho que me envían de una empresa de trabajo temp... Ay. En la cabeza no, joder, que esta tarde tengo póker online.

—Qué empresa de trabajo temporal te contrató.

—No me acuerdo, Yupi-Yupi.com, algo así, en el anuncio salían unos hipsters bailando algo de los Black Keys, y tenía un eslogan raro, como en latín.

—¿Te sabes al menos la contraseña del wifi?

—*Hasta los cojones de inventar contraseñas 57*. Todo seguido y con las A en mayúscula.

El 1.71 cerró los ojos y trató de conectarse vía nuez de Adán.

—Error de contraseña —dijo.

—Vale, prueba *hasta los cojones de inventar contraseñas 58*.

Cuando el 1.71 consiguió conectar, sus ojos orientales se convirtieron en dos finas rendijas. En ese momento su memoria se expandía a velocidad lumínica hasta ser tan vasta como la entera web —incluida su dark side— y el flash nemótico disparó sus niveles de serotonoide durante unos segundos, hasta que el inhibidor automático restituyó la operatividad y se le borró aquella extraña expresión de carmelita descalzo.

—Vamos a ver qué tenemos por aquí —dijo en voz alta mientras googleaba interiormente—. Empresas de trabajo temporal, hipsters, Black Keys... Aquí hay algo: YupiHey.com, *Mola et labora*. ¿Es ésa la empresa que te contrató?

—Justo ésa. ¿Puedo marcharme ya? Es la hora del bocadillo, y además hace rato que tengo que ir al lavabo.

El 1.71 no se molestó en hacerle caso.

—¿A quién reportas en la empresa que te subcontrata?

Yo, desnudo y tiritando sobre la mesa hidráulica, me propuse con todas mis fuerzas no tragar saliva siquiera.

—Ni idea —dijo el ingeniero.

—¿No sabes a quién reportas?, ¿en serio? —el 1.71 hablaba con ese colegueo relajado que da tanto miedo.

—Bueno, ha venido un par de veces un tipo muy elegante y misterioso. Dijo que se llamaba Moriarty, pero puede que sea un nombre falso.

He de reconocerle al tipo que al menos no me delató a la primera, casi noté telepáticamente su esfuerzo por no mirar hacia el elefante desnudo en la habitación. El 1.71 sonrió otra vez con toda su cara artificial.

—Muy bueno: «puede que sea un nombre falso...». Me gustan los primates con sentido del humor, en serio. Pero lo que queremos saber ahora es dónde podemos encontrar a ese Moriarty, ¿comprendes?, luego si quieres nos enviamos unos chistes por WhatsApp.

—Uf, ni idea.

El 1.62, que no incorporaba sentido del humor ni ampliación de paciencia, arrancó un fluxor de argón molecular y se lo acercó al ingeniero a la entropierna. El vaho próximo al cero absoluto era de por sí intimidante, pero el auténtico terror lo causaba su acné fractal y ese leve olor a plástico de muñeca. Ahí el ingeniero no aguantó más y habló de corrido en menos de 140 caracteres:

—Vale, ya me acuerdo: Moriarty es ese tío de encima de la mesa de ensamblaje. ¿Veis?: es él, no es un robot con sobrepeso, se está tapando la polla para disimular que es un primate.

—Esta vez has sido menos ocurrente —dijo el 1.71—. Te lo preguntaré sólo una vez más para que te superes, pero si no me gusta la respuesta le diré a mi amigo que te enchufe el fluxor en la bragueta, ya verás qué gracioso.

—Lo digo en serio, joder: Moriarty es ese tío; mira, se le ha puesto la piel de gallina.

El 1.62 no le dio más oportunidades: aplicó el fluxor en el lugar prometido y debió de ser entonces cuando el ingeniero se hizo pis. Quiero creer que fue para él un momento de alivio y que quedó congelado en el acto, antes incluso de que el 1.71 pudiera retirar el fluxor de un manotazo.

—A ti se te va el chip o qué te pasa —le dijo a su compinche.

—Qué. Nos está vacilando.

—Lo has congelado, pedazo de imbécil.

—Que se joda; ahora lo reinicio y le damos unos capones para que cante.

—Los primates no se pueden reiniciar, se acabó el interrogatorio.

—Ya; y qué pasa cuando se cuelgan, ¿los tiran?

—Los entierran y se pudren. Son biodegradables.

—Vale, te lo estás inventando.

—Están compuestos de materia orgánica, estúpido, como las plantas.

—Las plantas son de plástico, listo.

—Eso las plantas replicantes que has visto antes en el bazar chino.

—¿Ah, sí?, ¿y para qué quieren los primates plantas replicantes?

—Y yo qué sé, puede que sea algo sexual, o religioso, también fabrican penes y santos de plástico.

Hasta que los dos niponoides no salieron de la sala de ensamblaje y dejaron de oírse sus voces discutiendo no traté de moverme sobre la mesa hidráulica. De inmediato empecé a temblar y mi corazón se puso a ritmo de bambuco. No había sido fácil mantener la calma y la inmovilidad durante aquellos interminables minutos, seguramente tenía hipotermia y desde luego esa sensación de irrealidad del que asiste a un homicidio a dos metros de su persona. No es agradable. Dicen que sobrevivir a un accidente o ataque inesperado produce en las personas dos clases de reacción igualmente corrosivas: la culpabilidad del superviviente, o una sensación de invulnerabilidad que las vuelve estúpidamente temerarias. No creo que a mi edad me causara ninguno de los dos efectos de forma perceptible, pero no olvidaré la experiencia. Hice de tripas corazón para tratar de quitarle el anorak al cadáver congelado, no me apetecía salir a la calle desnudo y tener que caminar hasta la gasolinera donde me esperaba Oscar. No lo conseguí porque el cadáver estaba duro como una roca, pero al intentarlo me sentí

como un soldado tratando de aprovechar la chaqueta de su brother in arms despedazado por una de esas minas que hacen clic cuando las pisas. Admito que la escena en aquel laboratorio no fue tan truculenta, pero basta mucho menos que la batalla de las Ardenas para quedar afectado de forma permanente y acabar en New Hampshire escribiendo cuentos sobre la familia Glass, el lector inteligente ya sabe de lo que hablo.

La cuestión es que todo eso fue exactamente lo que pasó aquella mañana en el laboratorio clandestino de Belviche Town —no importa la posverdad que la policía se inventara después para publicar en Twitter—, pero este prólogo *spoiler* no es más que un primer paso para entender lo que de verdad ocurrió antes y después. Yo no soy el protagonista de esta historia, por lo menos no el principal —digamos que soy un personaje clave que se hace llamar Moriarty—, y mi papel tras la escena del crimen se limitó a volver a mi mansión en Vidrera Valley para recuperarme del shock metido en la sauna húmeda. Después hice un par de llamadas y esperé en mi estudio a que los acontecimientos se sucedieran hasta un final que, al menos sobre el papel, tenía perfectamente calculado.

Pero si el protagonista de esta historia no soy yo, ¿quién demonios es?, ¿el teniente Colombo?

No: el teniente Colombo sólo se fingía estúpido.

El discreto encanto de lo Wabi-sabi

Aquel mismo miércoles de junio era el cumpleaños del ex inspector y maestro zen Takeshi Sakamura, y desde que se levantó al alba le estuvo rondando una pregunta difícil. A saber: ¿Cómo era posible que a sus ochenta y cuatro años todavía no quisiera morir?

Salió de su casita del pasaje Ziggy Stardust en cuanto terminó las abluciones, la meditación en la penumbra del pasillo, los ejercicios de kendo contra el ficus del patio y el fregoteo del suelo de las dos plantas con una bayeta húmeda. Para entonces el sol estaba ya alto en la calle y el bochorno iba in crescendo.

VECINA 1: Sí, suele salir hacia las nueve, cuando yo estoy barriendo la acera. Siempre saluda de esa manera tan japonesa, muy educado. A veces me lo encuentro en los supermercados Milady; debe de vivir solo porque sólo lo he visto comprar mallas de naranjas, pero dice la cajera que a veces se lleva un paquete de arroz de marca blanca. Creo que es un policía expulsado del cuerpo, o, algo parecido, cuando los okupas se marcharon de la casa porque estaba a punto de derrumbarse el propietario se la alquiló a unos funcionarios de la Omnipol. Lo sé porque una sobrina mía trabaja en la inmobiliaria que lo lleva.

Por aquellos días, los únicos contactos que el ex inspector mantenía con la central de la Omnipol en Lyon eran la revista *Secret Policeman Secrets* — le llegaba certificada cada tres meses— y el smartphone multiplex que le enviaban por valija diplomática a medida que los modelos anteriores quedaban obsoletos. Ninguno de ellos había sonado jamás en siete años. El escándalo estalló nada más publicarse la novela de la que fue protagonista y cuyo título incluía inequívocamente su nombre, *Sakamura, Corrales y los muertos rientes*. Un ejemplar pasó de mano en mano por todos los departamentos de la central y no tardó en desencadenarse una avalancha de llamadas desde las más altas instancias. Poco después se llegó a un acuerdo

entre funcionarios japoneses y de la Unión Europea para proveer de alojamiento en Barna City al todavía entonces inspector de la Brigada de Casos Raros, sin duda con la esperanza de mantenerlo alejado tanto de Tokio como de Lyon sin llegar al extremo de expulsarlo del espacio Schengen. La idea era que un japonés —turista o ex policía incómodo— llamaría menos la atención en Barna City que en las islas Feroe, sobre todo si lograban alojarlo en las cercanías de algún edificio de Tony Gaudí, el arquitecto con más seguidores japoneses en Twitter. El ex inspector Sakamura recordaba con dolorosa nitidez cómo el teniente Laforet le mostró un ejemplar del *National Geographic* dedicado al famoso Güell Park. No llegó a implorar de vergüenza sentado ante las fotos de aquel lagarto alicatado con baldosines rotos, pero la humillación vivida lo convenció de que ya sólo le quedaba morir y liberar al contribuyente de la carga de su asignación como agente de enlace provisional, un eufemismo que apenas maquillaba el retiro ignominioso al que se le relegaba. Después se subió al primer avión con destino a Barna City y trató de decidir durante el breve vuelo si sería más digno practicar seppuku junto al lagarto de colores o dejarse morir de colesterol para que su cadáver no levantara suspicacias. Sin embargo, desde entonces habían pasado nada menos que siete años, seguía comiendo con apetito sus dos cuencos de arroz diarios y todavía podía mantener la postura de la garza, para estupefacción de niños y yorkis en los jardines del Paseo Sam Peckinpah.

Pero el kunfú en los jardines le ocupaba al ex inspector sólo la mañana de los sábados, los miércoles en cambio impartía clases gratuitas de taichí en el Citypark y por eso al salir de casa caminaba hasta Janis Joplin para tomar el autobús. Aquel día dos jubiladas esperaban al 51 azotándose el escote con revistas de papel cuché. Isabel Preysler y Salman Rushdie compartían mesa en portada como en una escena de *La dama y el vagabundo*.

—Ah: mucha señora caliente por todas las tetas —saludó el maestro en su mejor registro coloquial. Después se inclinó en Gassho antes de sentarse en la banqueta.

JUBILADA 1: Era un viejo bajito y escuchimizado, con una guayabera blanca y zapatillas de ballet, pero se le veía una expresión como de sátiro oriental. Nos apartamos de él todo lo que pudimos, y eso que cuando nos soltó aquella

impertinencia en la parada no sabíamos nada de ataques japoneses en la ciudad.

JUBILADA 2: Yo creo que lo vi un día haciendo posturitas en el Paseo Sam Peckinpah. Desde luego no parecía un turista normal, ni siquiera hacía fotos.

Cuando llegó el 51 las jubiladas insistieron en que el ex inspector subiera antes que ellas y hasta lo apremiaron con unos toques de revista enrollada. El maestro eligió un asiento de ventanilla y se abstrajo en sus pensamientos. ¿Acaso era feliz en Barna City?, ¿era eso lo que le impedía morir de una vez? Desde luego el clima húmedo y caliente era algo mejor que en el norte de Europa, casi le recordaba al de Tokio, lo extraño era que con aquel bochorno no se criaran pangolines. Le llamó la atención un autobús descapotado que se detuvo junto al 51 en la plaza Lisa Simpson. Llevaba un cargamento de turistas narigudos de tamaño colosal, quizá alemanes u holandeses recién llegados, con la piel translúcida como rambután en almíbar. Dos parejas sentadas en las filas de atrás representaban las dos caras de la pasión humana: una de ellas se besaba absorta en sí misma —esa manía tan occidental de besuquearse en público—, y la otra miraba los edificios circundantes hacia lados opuestos, como un solo y adusto Jano Bifronte. Amor y odio: he ahí dos verdaderas razones para seguir viviendo, pensó el maestro. Él había conocido el amor de las Geishas Blancas cuando era un joven monje piojoso y aún no había recibido los preceptos, pero tuvo que confesarse que a sus ochenta y cuatro años conocía también el odio más intenso, por muy vergonzante y poco zen que aquello pareciera. Y no se trataba de ese odio abstracto a la guerra, al hambre o a la enfermedad que perturbó al príncipe Siddhartha y hoy proclaman todos los políticos incompetentes, era odio carnal y concentrado en alguien concreto, con rostro, nombre y apellidos: Pablo Tusset. Así firmaba el autor de aquella comedia envenenada que acabó con su carrera policial y abochornó a la comunidad zen en occidente. Si el inspector había tenido un archienemigo, ése era sin duda el infame Tusset. De pronto, mirando el tráfico desde su asiento en el autobús, el maestro creyó comprender el secreto de su longevidad. Era el rencor el que no le dejaba morir, no podía arrastrar ese mal karma hasta la rueda del samsara, y una situación semejante sólo admitía dos desenlaces: el perdón o la venganza.

No es de extrañar que, absorto en el terrible Koan que se abrió de pronto a su comprensión, el ex inspector no reparara en la noticia que difundían los monitores del techo del autobús, en alarmantes letras rojas corriendo bajo la imagen del Tobogán Inconcluso:

«...Turistas japoneses atacan a niños y jubilados en Barna City. Agencia... Turistas japoneses atacan a niños y jubilados en Barna City. Agencia...»

JUBILADA 1: Estuvimos a punto de advertir al conductor de que viajábamos con un japonés sospechoso, pero entonces vimos cómo saltaba del asiento para solicitar parada.

JUBILADA 2: En mi vida he pasado tanto miedo, no puedo decir más.

El maestro cruzó el Paseo Jeff Koons para entrar en el Citypark por uno de los accesos laterales opuestos al parlamento de Barna City y al zoo, pero una ligera brisa caliente traía algo de su pestilencia hasta el otro extremo del parque. Aquél era el lugar donde más discípulos había logrado reunir y mantener —media docena en las últimas sesiones—, un éxito que lo animaba a perseverar en sus a menudo solitarias prácticas en los jardines de barrio. Caminó hasta el pequeño olmedo delimitado por una balaustrada de piedra. En el centro del recinto habían retirado la estatua de un poeta local que no interesaba a los turistas para poner a Bilbo Bolsón entregando el Anillo Único presumiblemente a su sobrino Frodo, que quedaba fuera de estatua. Era un lugar perfecto para practicar taichí, con mesas y bancos donde los participantes solían dejar sus bolsas y refrescarse al terminar. En esas reuniones informales el ex inspector había aprendido gran cantidad de expresiones coloquiales en lengua occidental; por ejemplo, «hay que ver la calidad que tienen las series de televisión actuales», y también las muchas variantes de «este calor que hace no es normal», a las que uno debía responder algo parecido a «todo esto es culpa del calentamiento global».

Al rodear la balaustrada y adentrarse entre los olmos, el maestro vio que sólo estaban allí el muchacho gordito con sudadera verde y un espontáneo que no parecía taichista a juzgar por el carrito y el tetrabrik de vino.

MUCHACHO CON SUDADERA VERDE: No, nunca hablamos mucho, pero me gustan los japoneses, creo que si yo fuera japonés sería hikikomori. Actualmente vivo con mi abuela diabética y escribo el episodio piloto para una serie de televisión. Va sobre un zombi japonés que imparte clases de taichí por los parques. Hay que procurar ser comercial.

El ex inspector no llevaba reloj desde 1973 —se le cayó en un charco en el transcurso de una persecución policial en Montparnasse—, pero sus biorritmos le informaban de que eran las once menos nueve minutos, y a esa hora solían haber llegado tres o cuatro de sus discípulos habituales. El siguiente en comparecer fue el vigoréxico de la silla de ruedas deportiva, con una de sus camisetas de tirantes y el teléfono amarrado a un antebrazo musculoso como el lomo de un delfín. Unas brazadas sobre la goma de las ruedas lo propulsaron como un bólido hasta la estatua de Bilbo Bolsón.

—¿Usted se cree que este calor es normal? —le dijo al maestro a modo de saludo.

—Ah, sí: mucho calentamiento global.

A las once menos tres minutos según biorritmo de Greenwich llegó la anciana punk con artritis, y a las once en punto pareció evidente que no iba a venir nadie más, así que empezaron con posiciones de equilibrio y unas katas de chikung para los dolores articulares.

ANCIANA PUNK: Me acuerdo de aquella mañana porque estrenaba un collar de perro que me hacía una rozadura. Sí, había oído algo de ataques japoneses a unos críos, pero todavía no se sabía nada del asesinato en Belviche Town; no pensé que pudiera haber peligro a pleno día. ¿Tensión sexual no resuelta? Es posible, a veces te mira las tetas, pero a mí me parece un oriental inofensivo.

VIGORÉXICO: La gente es así, te ponen etiquetas y esperan que te ciñas a ellas. Aquel día le tocó a los japoneses.

Una vez concentrados en la sesión repasaron el elegante movimiento *La pantera se despereza* que habían aprendido la semana anterior. Después el maestro introdujo *El ciervo lanza las maracas* adaptado a la silla de ruedas y terminaron la sesión con *El monje se resiste a que lo encierren*. Ahí estuvieron lo bastante sincronizados para merecer un aplauso del espontáneo

del tetrabrik, el único espectador que tuvieron aquella mañana —a excepción de unos judíos ortodoxos con un pitbull que se detuvieron para reclamar la expulsión de los budistas—. Tras cerrar con los tradicionales saludos Bao Quan Li, el muchacho de la sudadera verde dijo adiós y desapareció entre los setos. El trío restante se reunió en los bancos.

—Mucha poca persona hoy, ¿sí? —dijo el maestro.

—Eso va a ser por los ataques japoneses —el vigorético se rebañaba las axilas con una toalla—. No haga caso, se les olvidará en cuanto pase cualquier otra cosa.

—Y no se apure que nosotros no le tenemos miedo —dijo la anciana punk.

El maestro conocía la palabra *ataques* pero no había tenido noticia de ataque alguno, y el vigorético desfundó el smartphone para mostrarle su cuenta de Twitter con 5K seguidores. El hashtag *#AgresiónJaponesa* aparecía ya como trending topic en Barna City.

PEPE CHUSMA: Bravo, en esta ciudad de analfabetos pendencieros hemos conseguido volver agresivos hasta a los turistas japoneses.

CUÑAO DE HAMLET: ¿Y si eran norcoreanos, o taiwaneses, o chinos de Qingdao?

TOCO MOCHO: A ver, quién les ha dado de comer a los japoneses después de medianoche...

MARIBEL LA COSMONAUTA: Tengo un pekinés sin pedigrí, ¿debo tomar precauciones?

EL DIARIO CULTURETA: Murakami y la violencia japonesa: *Underground: The Tokyo Gas Attack and the Japanese Psyche*.

POLICÍA DE BARNA CITY: Estamos informados y trabajando en ello, pero NADA es tan urgente como para que envíes un tuit mientras conduces.

JODEMOS: Ésta es la última consecuencia del capitalismo posfordiano. Visítanos en la deepweb y colabora con la resistencia al turismo en Jodemos.onion.

PABLO COELHO, FRASES: ¿Por qué sigo escribiendo? Porque el mundo merece otra oportunidad.

El maestro Sakamura podía leer carteles como los de los autobuses o los supermercados Milady, pero asimilar 140 caracteres occidentales al vuelo no era tan fácil, y había que inclinar mucho la cabeza para poder leerlos de izquierda a derecha. En cuanto a los abundantes memes humorísticos de japoneses agresivos, pensó que eran insertos publicitarios y trató de obviarlos para concentrarse en la letra. Lo cierto es que no terminó de encontrar la relación entre todo aquello y la pérdida de la mitad de sus discípulos de taichí del miércoles; sin embargo, su instinto de ex inspector de la Brigada de Casos Raros se activó como un yorki ante la caída de un pollo de cotorra. Algo extraño estaba ocurriendo en la ciudad, y al parecer tenía que ver con sus compatriotas japoneses.

El ex inspector Sakamura llegó de vuelta a los jardines de la Sagrada Familia cerca del mediodía y sus sospechas se confirmaron. A la orilla del Gran Charco Marrón había como siempre jubilados con muletas y montones de turistas: en grupo, en racimo, en escuadrón, en pareja y alguno suelto buscando alrededor. Los había europeos comunitarios y extracomunitarios, norteamericanos, rusos, chinos e incluso australianos con sombrero de ala ancha; pero ni un solo turista japonés.

Ante aquel fenómeno inaudito, el maestro sintió una fuerte retracción del Chi. Siguió el perímetro del charco y se acercó un poco más al imponente Tobogán Inconcluso, por aquellos días cubierto con una lona que publicitaba preservativos. En el momento de redactar estas líneas lo previsto es que las cascadas para el rafting caigan desde lo más alto de las torres y que las obras de alicatado y fontanería se demoren hasta el año 2289, pero entre las grúas ya se adivinan los trampolines de mosaico polícromo y algunos tramos del tobogán en tirabuzón que rodea la cúpula principal. El maestro cruzó la calle Red Hot Chili Peppers para llegar a las colas de entrada a las obras. Ni un solo japonés, en ninguna de ellas, ni siquiera en la de robos y reclamaciones, que solía ser la más concurrida. Es más: reparó en que algunas personas lo miraban raro, y una yorki en brazos de su turista le ladró como en cámara lenta, todo era tan extraño que el maestro temió haberse metido en una

película de David Lynch. Enfiló camino al pasaje Ziggy Stardust dándole vueltas al misterio. No era posible que todos sus compatriotas hubieran tomado a la vez un avión de vuelta al Japón, la mayoría de ellos debía de seguir en la ciudad o sus cercanías. ¿Se estaban acaso escondiendo? Cuando un japonés se esconde lo más seguro es que sienta vergüenza, pensó, aunque tampoco cabe descartar el miedo a un tsunami, animal grande o persona furiosa.

El maestro nunca había entrado en el bar Gaudí pese a que estaba en la esquina de su pasaje, lo que sabía de él era lo que se veía a través de las cristaleras: el televisor colgado a modo de pantocrátor, las infografías de la Sagrada Familia terminada según los nuevos planos, y varias mesas ocupadas por fontaneros y alicatadores del tobogán central. A su paso vio que el televisor estaba sintonizado en un canal de noticias y no dudó en traspasar el umbral por primera vez. Dentro había aire acondicionado y tuvo que hacer unas katas de taekwondo para prevenir neumonías.

—Fruta de bola, por favor —le pidió al camarero.

—De qué bola.

El ex inspector había trabajado a fondo la pronunciación de la palabra *naranja* pero era endiabladamente difícil, mucho más que *arroz* y casi tanto como *cangrejo*. Por suerte, las naranjas estaban a la vista y pudo señalárselas al camarero.

CAMARERO 1: Ah, ¿es vecino del pasaje? Lo había visto pasar por delante, pero pensaba que era cliente del club cannábico; la mayoría son chavales, pero no sé, por la pinta, así, despistado... Se quedó en la barra mirando las noticias; no sé de qué hablaban, supongo que de acabar con la corrupción, como siempre.

El camarero sirvió la fruta de bola en un plato con cuchillo y tenedor, lo que iba a ser un problema para el maestro, pero algo que dijo la presentadora del noticiero llamó su atención y se olvidó de la naranja:

Misterioso asesinato en Belviche Town.

A aquellas horas lo sucedido en el laboratorio había trascendido desde Twitter a las fuentes policiales, y de ahí a las redacciones de prensa digital y televisión. Tras el inevitable interludio de música superdinámica la presentadora detalló la noticia:

La policía de Hospitalet DF ha sido alertada este mediodía por transeúntes que afirmaban haber visto a un individuo desnudo y con síntomas de hipotermia en la exclusiva barriada residencial de Belviche Town. Las primeras pesquisas tras el aviso han dado con el cadáver de un varón de unos treinta años en un laboratorio clandestino cercano al lugar. Se trabaja en la identificación de la víctima, al parecer un ingeniero sin cuenta conocida en las redes sociales ni documentación complementaria. ¿Sabemos algo más in situ, Jonathan?...

—... Pues sí, Vanesa, sabemos que el cuerpo ha sido hallado congelado en argón molecular y orina y que no se descarta el asesinato. Algunos testigos aseguran haber visto a dos orientales en las inmediaciones del laboratorio, uno con gafas y chaleco y otro con un gorrito de pesca de color trucha, aunque no han especificado si se trata de trucha común o asalmonada. De ahí que se especule con la posibilidad de que el suceso pueda estar relacionado con los ataques de turistas presuntamente japoneses denunciados esta mañana en distintos puntos de la ciudad...

El inspector había cazado algunas palabras interesantes, pero no lograba hilvanar un relato que explicara la desaparición de sus alumnos de taichí y menos aún de todos los turistas japoneses a la vez. Los presentadores hablaban en occidental demasiado rápido, era como tratar de entender una conversación bajo el agua.

CAMARERO 1: Bueno, no tocó la naranja, se pasó el rato atento a la pantalla y ponía cara de concentración, como si le dolieran las muelas. No me fijé mucho porque era el cambio de turno de los alicatadores del tobogán y en cuanto terminan el tercer carajillo quieren pagar todos a la vez y salir zumbando a sus andamios.

Definitivamente era momento de que el maestro se enfrentara al smartphone multiplex que guardaba bajo candado en el armario del dormitorio. Valiéndose de él quizá pudiera obtener información inteligible en aquella internet moderna de la que todo el mundo hablaba. Había visto a

niños manejarse con ella, no podía ser muy difícil, seguramente sólo tendría que pulsar algún icono para configurar el aparato en japonés y después leerlo todo en ideogramas bien grandes.

—Fruta de bola take away, ¿sí? —le dijo al camarero.

Cuando llegó con la naranja intacta a su casita de dos plantas sólo tuvo que empujar la puerta, no tenía más muebles o enseres que el armario del dormitorio y resultaba absurdo cerrar con llave.

VECINA 1: ¿Deja la puerta abierta? Bueno, la verdad es que no hemos vuelto a tener problemas con los okupas desde que se marcharon de allí los últimos. Es la única casa antigua que queda en el pasaje, la iban a derribar cuando la alquilaron los funcionarios europeos que te decía. Nos temíamos que fueran a hacer apartamentos turísticos, así que nadie de la asociación de vecinos protestó.

GASTÓN FRANELA, INTERIORISTA: Examinando las imágenes que usted me envía, yo hablaría sin duda de una estética Wabi-sabi, entendida como la belleza de lo viejo, de lo imperfecto, de lo remendado y usado hasta el desgaste. Resulta muy japonés en su vertiente zen pretecnológica. Por ejemplo esas paredes con grafitis y restos de moho evocan cierto desconsuelo, sin duda, pero también nos hablan de una liberación de la tiranía material, de la sencillez de una vida más pura y volcada hacia el interior.

Lo cierto es que, según sabemos por otras fuentes, el interior de la casa estaba limpio hasta la exageración, y olía a incienso y a la cera con que el inspector abrillanta una vez al mes las baldosas hidráulicas hechas añicos. Aunque no disponemos de documentación videográfica del momento, podemos imaginar sin mucho esfuerzo cómo se comportó al entrar en su domicilio habitual. Seguramente se apresuró escaleras arriba hasta el dormitorio, encendió la bombilla y se descolgó del cuello la llave del candado que cerraba el armario, un viejo tres cuerpos pintado con espray rosa que dejaron los okupas. Nada más abrir debió de ver algo raro en la oscuridad: una luz. De hecho siempre había una luz brillando en la oscuridad del armario porque allí es donde guardaba su smartphone multiplex, pero solía ser verde y fija, y esta vez era de color fruta de bola y parpadeaba sin parar.

El inspector miró la pantalla. Era fácil deducir que el número 3 sobre el icono con forma de auricular indicaba que alguien lo había llamado por primera vez en siete años. Y lo había llamado nada menos que tres veces.

¿Alguien de la Omnipol?

No podía ser de otra manera.

Seguramente se bajó el aparato a la sala y se sentó sobre los talones en la manta marrón con ciervos que compró en Humana por tres euros —según ticket de caja al que se ha tenido acceso para documentar este relato—. Sin duda le resultó imposible configurar el teléfono en japonés porque los veinte pasos hasta el menú de configuración de idioma no estaban en japonés; quizá pulsó metódicamente todos los iconos con la esperanza de encontrar el que lo conectara a alguna clase de internet, aunque fuera occidental, y si en algún momento avanzó hacia alguna parte —puede que calibrara una brújula, jugara una partida de frutas que estallan y se hiciera varias fotos de los pies—, no hubo manera de saber si la prueba superada servía a su propósito. Tras un rato de forcejeo dejó el dispositivo diabólico sobre la manta y juntó las manos sobre el chakra umbilical para restituir su Chi. Quizá entonces escuchó un campanilleo electrónico sonando sobre la manta, a volumen creciente. Los pocos y casi imperceptibles botones físicos que encontró manoseando el aparato no parecían responder, pero en su ofuscación terminó hablándole a la pantalla de todos modos:

—Ah, sí: todo calor global viene deprisa —dijo a modo de saludo.

—¿*Pardon?*

Aquella era una variante del occidental que al maestro le resultaba conocida.

Y la voz era igualita que la del teniente Laforet, de la Brigada de Casos Raros.

El Valle Inquietante

El teniente Laforet ya no era teniente sino capitán, pero pasados siete años seguía siendo una persona igual de paciente y meticulosa, quizá más. Había cumplido los cincuenta y seis y vivía con su esposa y tres perros en las afueras de Lyon, sin hijos; los sábados cultivaba frambuesas en el invernadero para que su mujer las transformara en mermelada, los domingos resolvía puzzles y fumaba en pipa, y entre semana chupaba caramelos de menta mientras revisaba dossiers de crímenes sin resolver en su despacho delimitado por cristaleras de gradulux. Todo ello —y quizá su nacionalidad belga— lo postulaba a ser el miembro más cachazudo de la Brigada de Casos Raros, quizá por eso después del terremoto de noticias que llegaban de Barna City todos pensaron que era el más indicado para comunicarse con el ex inspector Sakamura.

El capitán lo llamó tres veces desde su despacho durante la mañana, sin resultado. Probó de nuevo mientras esperaba en el laboratorio a que su cuñado forense le entregara unos análisis de semen cadavérico. Fue una primera buena noticia que el inspector contestara, significaba que al menos seguía vivo desde que le enviaron el último multiplex por valija diplomática y el recibo llegó de vuelta a Lyon. A pesar de lo ocurrido cuando se publicó aquel libro —la novela pretendía ser cómica y exageraba un poco, pero todos reconocieron en ella al viejo maestro Sakamura—, se le recordaba con cierto aprecio en la brigada. Incluso alguna vez, cuando se acordaban de él por alguno de sus célebres disparates, habían temido que pudiera morir de viejo y nadie se enterase hasta que le enviaran el siguiente teléfono. Habría que buscarle remedio a esa eventualidad, la brigada no podía permitirse más escándalos ni problemas con el colectivo budista en occidente. Quizá deberían hacerle firmar también recibos por la revista *Secret Police Secrets*, que era trimestral.

—¿Cómo le va en Barna City? —le dijo en un occidental de acento belga, lleno de culpabilidad y palabras cortas y fáciles de entender.

—Ah, mucho año tras año sin canción celeste —contestó el ex inspector.

El capitán Laforet renunció a saber qué quiso decir exactamente con eso, seguramente no era importante y aquélla iba a ser una conversación muy larga. El de los androides japoneses era un asunto complicado de explicar incluso a una persona normal; estuvo rodando por varios departamentos sin que nadie se ocupara realmente de él, hasta que aquella misma mañana la patata caliente cayó en manos de la Brigada de Casos Raros. Se sabía desde luego que algunos fabricantes civiles de robots hacían pruebas clandestinas en diferentes lugares del mundo —casi siempre en zonas agrestes o al menos apartadas—, pero hasta el momento no se habían denunciado daños y mucho menos agresiones relacionadas con eso, de modo que se asignó el seguimiento a la Unidad de Delitos Robóticos —en adelante UDR—, que era nueva en el organigrama y apenas acumulaba expedientes. El capitán sabría mucho menos de aquel asunto si no hubiera recomendado al sobrino soltero de su mujer como deepweber precisamente en esa nueva unidad, de tal suerte que los androides y replicantes humanos se convirtieron en tema de conversación en la última comida navideña en casa de sus suegros.

Al parecer todo empezó al invertirse la pirámide poblacional en el Japón, explicó el sobrino de su mujer cuando se servía el postre de frambuesas. Los jubilados se acercaban a la mitad del censo y pronto habría más ancianos que cuidar que jóvenes aportando los yenes necesarios. En los países occidentales ricos era común contratar a inmigrantes que ofrecían atención barata a niños, ancianos y personas dependientes en diverso grado; sin embargo, por razones políticas que no incumbían a la Omnipol, apenas llegaban inmigrantes pobres al Japón, de modo que la administración pública y las grandes corporaciones empezaron a invertir en el desarrollo de robots de asistencia social del mismo modo que décadas atrás habían invertido en robotizar las fábricas de automóviles. La idea era desarrollar un prototipo de esclavo doméstico —así lo expresó su sobrino, siempre tan excesivo— a coste medio anual más barato que el sueldo de un asistente sanitario japonés de carne y hueso.

El capitán Laforet ya sabía algo de todo eso —era el tipo de reportaje que aparecía de vez en cuando en el dominical de *Le Progrès*—, pero como rara vez leía la *Secret Policeman Secrets* no tenía ni idea de que se hubiera avanzado tanto en los últimos años. Según relató el sobrino cuando aparecieron los licores en la mesa navideña, ya a principios de siglo había robots capaces de levantar a enfermos de la cama o servirles la comida; pero eran todavía electrodomésticos sin más personalidad que un frigorífico con ruedas y brazos, y los ancianos se resistían a ser atendidos por algo que parecía salido de una cadena de la Mitsubishi. Fue entonces cuando los psicomecánicos descubrieron que si humanizaban a los robots, por ejemplo dotándolos de una cara simple pero expresiva, los ancianos parecían más conformes y desde luego también los niños. Empezaron poniéndoles ojillos, sonrisas, cejas móviles, y poco a poco las sucesivas generaciones de robots de asistencia se fueron humanizando. Hasta que hacia 2015 empezaron a presentarse modelos que merecían ya la consideración de verdaderos androides replicantes, muy parecidos a los de las películas.

—Y entonces llegó el silencio —dijo el sobrino del capitán en la mesa—. Fue como si el proyecto se hubiera detenido misteriosamente; si hacéis memoria veréis que ninguna corporación importante ha vuelto a hablar de androides desde entonces.

—¿Por qué no? —preguntó la suegra del capitán Laforet, aunque a aquellas alturas de la conversación todos querían saberlo.

—Bueno, se dice en la deep web que en 2015 empezó a hacerse efectivo el principio robótico del Valle Inquietante.

»¿Queda un poco de Calvados?

Todos quisieron más licores. Aquélla prometía ser una conversación más agradable que las de otros años, por lo menos parecía no incluir fluidos cadavéricos. La suegra del capitán fue llenando vasitos de Calvados y Armagnac mientras el sobrino explicaba que el llamado *Valle Inquietante* era una curva matemática, y que, en palabras simples, resumía dos interesantes, aunque ya viejas, hipótesis del profesor y experto en robótica Masahiro Mori.

—Primera hipótesis —dijo el sobrino—: cuando la réplica de un humano empieza a parecerse demasiado a un humano, produce un intenso sentimiento de terror. En otras palabras: entramos en el Valle Inquietante.

Hubo acuerdo sobre eso en la mesa. Todos habían visto vídeos de androides japoneses que parecían figuras de cera en movimiento, indecisas entre el impostor extraterrestre y el muerto viviente, no se sabía si más siniestras o repugnantes.

—Segunda hipótesis del Valle Inquietante: una vez superado un determinado grado de parecido humano, salimos del Valle, el terror desaparece y el androide deja de darnos miedo o asco. Nadie sabe dónde está exactamente ese punto, pero sin duda muy cerca del momento en que dejamos de poder distinguir al replicante de uno de nosotros.

—Yo podría distinguir a un robot de uno de nosotros en cualquier momento —dijo el cuñado forense—. Y quiero decir a simple vista, sin necesidad de practicarle la autopsia.

—No estoy tan seguro —dijo el sobrino—. Es cierto que hasta hace poco la segunda hipótesis no había podido verificarse porque nadie había fabricado un androide tan exactamente humano que pudiera tomarse por tal. Pero... en la Unidad de Delitos Robóticos hemos reunido abundantes evidencias de que el punto crítico del Valle fue superado hacia principios de 2016.

—Tonterías —dijo el cuñado—. ¿Quieres decir que cualquier día puedo cruzarme con alguien por la calle y no saber si es una máquina? Ja. No hay biomecánica capaz de reproducir la imperfección de un cuerpo humano de manera convincente.

—Pues si no lo han conseguido ya deben de estar muy cerca.

En aquel momento —las navidades ante últimas—, todavía nadie había hablado de agresiones, pero en efecto la UDR sospechaba que se estaban desarrollando pruebas con androides sumamente perfeccionados, incluso habían publicado investigaciones relevantes en la *Secret Policeman Secrets*. Por ejemplo tenían aquella grabación de una cámara de pista en los Alpes suizos: un esquiador baja la ladera a toda velocidad, se desequilibra, rueda con sus esquís, choca con una rama que le cercena limpiamente la cabeza; el cuerpo detiene al fin su caída, camina cuesta arriba, recupera la cabeza, se la ensambla de alguna manera, se calza los esquís y sigue bajando la pista. Otro ejemplo, éste filmado en la rue des Capucines, en el centro de París: todo parece ir bien en una zapatería cuando, de pronto, un cliente oriental se

desmonta un pie y trata de calzarlo en uno de los zapatos expuestos, en apariencia para averiguar si es de su número. Ambos casos y algunos otros no tan espectaculares habían sido recogidos por cámaras de seguridad o dispositivos móviles, y el factor común era que, siempre, los sujetos sospechosos de engendro biomecánico eran o parecían turistas japoneses, y también sin excepción se habían detectado en conocidas ubicaciones turísticas de Europa occidental.

—Tonterías —dijo el cuñado forense—. Si se pudieran fabricar androides indistinguibles de los humanos alguien los estaría vendiendo en la deep web, y os aseguro que el tráfico de replicantes superaría a cualquier otro negocio desde la trata de esclavos.

Desde luego los deepwebers de la UDR habían estado husmeando en los bajos fondos de la red, pero todos los vendedores de androides con los que contactaron eran policías de otras organizaciones que a su vez trataban de cazar a vendedores de androides.

—La hipótesis con la que trabajamos ahora es que los replicantes no están todavía a la venta —defendió el sobrino—, salvo quizá entre una clientela muy selecta y desde luego secreta. Sin embargo es casi seguro que algún fabricante japonés los está poniendo a prueba en situaciones reales. Personalmente creo que esos androides requieren algún tipo de rodaje antes de salir al mercado, legal o clandestino.

—¿Y para qué querría alguien comprar un androide clandestino? —preguntó la esposa del capitán Laforet.

—Para drogarse con él —aventuró la suegra.

—Qué horror —dijo la señora Laforet.

—En realidad un replicante capaz de superar el Valle Inquietante podría programarse para ser cualquier cosa —dijo el sobrino—, desde un yakuza a una geisha.

—O un friki fantasioso enchufado en la Omnipol —dijo el cuñado forense.

—¿Y por qué hacen las pruebas en Europa y no en el Japón? —preguntó la señora Laforet—. No creo que haya tanta demanda de yakuzas por aquí.

—Interesante pregunta —dijo el sobrino—. Yo lo veo así: soy diseñador de androides, no estoy todavía seguro de que mis prototipos puedan pasar desapercibidos, pero necesito ponerlos a prueba para perfeccionarlos, o para que aprendan a comportarse entre humanos. ¿Qué hago entonces? Muy fácil: los integro en un entorno que admita cierto grado de disonancia antropomórfica. ¿Me explico?

—No —dijo la suegra, que vivía al oeste de la inteligencia media.

—Es sencillo: un turista, sobre todo si es japonés, siempre nos parece un poco raro. Tan raro como nosotros con nuestra piel velluda y nuestras enormes narices les parecemos a ellos. Pero en cierto modo todos los turistas nos parecen seres infrahumanos; excepto cuando lo somos nosotros mismos, claro.

—¿Quieres decir que los japoneses de verdad se darían cuenta antes que nosotros de que otro japonés es artificial? —dijo el cuñado forense.

—Exacto. Puede que esos androides aún no puedan atender a un anciano de Osaka sin aterrorizarlo, pero sí pueden pasar desapercibidos como turistas entre parisinos o suizos, y eso les permite ir desarrollando sus complejas rutinas psicomecánicas.

—La encuentro una explicación muy rebuscada —dijo el cuñado aportando su lógica—. Sencillamente: si yo fuera japonés y tuviera que poner a prueba algún robot potencialmente peligroso, lo haría fuera del Japón.

—Es otra posibilidad —concedió el sobrino—. Lo esencial es que si hablamos de verdaderos replicantes pueden estar en cualquier parte. Será posible detectarlos cuando se equivoquen o hagan algo mal, es decir, algo que no sea propio de un humano, pero los que logren actuar como nosotros pasarán desapercibidos a cualquier escrutinio policial.

—Dios santo, es como una de esas cosas darwinianas —dijo la señora Laforet.

—Es darwiniano y lamarckiano a la vez —dijo el sobrino—, como nuestra propia evolución biotecnológica. Hemos de prepararnos para entrar en la era del crimen cibernético: si los replicantes son de verdad como nosotros, hay que tener en cuenta que robar y matar a humanos es perfectamente propio de humanos.

—Y drogarse —dijo la suegra.

—Qué horror —dijo la señora Laforet.

—Todo esto no es más que una completa memez —dijo el cuñado forense—. Conjeturas, especulaciones y ganas de gastar dinero del contribuyente. Lo que deberíais investigar en esa unidad robótica son las mafias de inmigrantes ilegales. El mes pasado hubo tres robos en la manzana de abajo, y te aseguro que no fue cosa de engendros biomecánicos.

Como debate de ficción criminal navideña estuvo bien, mucho mejor que las habituales disquisiciones anatómico-forenses, y así lo recordó el capitán Laforet durante meses. De hecho hasta esa misma mañana, cuando se dispararon las alarmas en la brigada.

En realidad fue un crescendo. El centro de big data filtraba información de denuncias policiales en cualquier comisaría de los países asociados a la Omnipol —190 en total, casi todos excepto Corea del Norte y algunas islas remotas—. Los chicos de la UDR —sin excepción eran treintañeros solteros y entusiastas de la tecnología, del estilo del sobrino de su mujer— habían programado una alarma específica para detectar cualquier denuncia que incluyera a la vez las palabras «turista» y «japonés», excluyendo los robos de equipaje y teléfonos, que se producían a miles cada día y carecían de interés para la Brigada de Casos Raros. Sobre las diez de la mañana saltó el primer aviso en el ordenador central: un número no precisado de turistas japoneses habían atacado a unos niños en Barna City.

Ahí de entrada empezaron los problemas. La policía de Barna City reportaba a la Omnipol, pero con el lío de su encaje internacional todavía no se habían establecido oficinas permanentes en la nueva ciudad-estado, y era poco probable que la intendente Müller se alegrara de saber que en esa ubicación sólo tenían al ex inspector Sakamura como agente de enlace provisional, lo que en la práctica convertía a Barna City en un punto ciego de la organización equiparable al de Islas Kiribati. Así que el capitán Laforet se metió en la boca el segundo caramelo de menta de la mañana y empezó a disolverlo en espera de que aquellas agresiones quedaran como una extravagancia y todos pudieran olvidarse del asunto. Sin embargo media hora después saltó el segundo aviso en el ordenador: una anciana acababa de ser

salvajemente insultada y escupida en la misma condenada ciudad: Barna City. Aquello ya era más difícil de ignorar. La UDR empezó a presionar para que la brigada tomara cartas en el asunto. El capitán Laforet tuvo que tomarse otro caramelo de menta y explicarles a los chicos que, en efecto, era raro que unos turistas japoneses atacaran a ancianas y niños en Barna City, pero, primero, no había ningún indicio de que se tratara de androides replicantes y, segundo, no podía poner en marcha un protocolo de actuación ante un par de episodios de agresiones leves, para eso estaban las policías locales y hacía falta mucho más para que la Omnipol empleara dinero del contribuyente global.

Los chicos se marcharon a su propia pecera de gradulux rezongando y el capitán Laforet logró concentrarse en el dossier impreso que tenía en la mesa cuando lo interrumpieron —jamás leía los dossieres en pantalla—. Era el caso de otro camionero que transportaba sapos alucinógenos en el intestino, esta vez en Aguas Prietas, Sonora. Había un cadáver y se trataba de México, donde tenían una oficina central en toda regla, pero ni siquiera aquello merecía la atención de la Brigada de Casos Raros: carecía de misterio, no había rastro de mente maligna, ¿qué clase de infradotado podía llenarse el intestino de sapos y confiar en que un preservativo los mantuviese a raya viajando por el desierto en un camión de fornituras de paraguas? Pasó carpeta y abrió la siguiente en busca de algún delito que aunara voluntad maligna y posibilidad de oponerle alguna inteligencia, algo mucho menos frecuente de lo que el contribuyente podía suponer. De hecho, la mayor parte del presupuesto de la brigada se empleaba en buscar casos interesantes, por cada obra maestra del crimen había diez mil asesinatos de botellazo en la cabeza que no requerían la más mínima sagacidad policial.

Era cerca de la hora de comer cuando los chicos de la UDR en pleno —incluido el ingrato sobrino de su mujer— aparecieron en su despacho con la bomba: los turistas japoneses de Barna City acababan de asesinar a un ingeniero congelándolo en argón molecular, justamente el gas licuado que se utiliza en el ensamblaje de piezas biomecánicas. Así que ya había un cadáver y un caso raro, suficiente para que la brigada tomara cartas en el asunto, alegaron los chicos. El capitán tuvo que reconocer que había eso y más: alarma en las redes sociales; sin embargo subsistía la misma razón de peso

para resistirse a abrir expediente de investigación: no tenían más enlace en Barna City que aquel viejo chiflado. Sopesándolo todo, desenvolvió el cuarto caramelo de la mañana y empezó a pensar en una excusa realmente buena para no tener que subir a la novena planta y exponerle la situación a la intendente Müller.

Resultó que fue la propia intendente quien bajó a la séptima planta. Apareció en la pecera del capitán en mangas de blusa con florecillas de edelweiss, línea bávara.

—¿Qué demonios es eso de unos turistas matando a ingenieros? —dijo —, tengo el timeline de Twitter lleno de chistes de japoneses.

Así era: el asunto había evolucionado ya desde hashtag local en Barna City a un estallido de memes con turistas nipones enloquecidos que estaba dando la vuelta al globo.

—Acabo de enterarme, estaba a punto de subir a su despacho y...

—¿A quién tenemos en Barna City?

—Pues, todavía no tenemos oficina permanente allí. Por el lío de los tratados internacionales, ya sabe que acaban de proclamarse ciudad-estado, como Singapur, pero...

—Sí, ya sé... A quién tenemos como enlace provisional.

El capitán Laforet tragó saliva con sabor a menta.

—De momento, si no me equivoco, yo diría que al viejo inspector Sakamura.

Müller hizo un gesto de cansancio.

—Laforet: esta mañana no estoy de humor para bromas.

—Estuvimos a punto de mandarlo a las islas Feroe, pero pensamos que en Barna City llamaría menos la atención.

Cuando la intendente comprendió que aquello iba en serio se sentó en la mesa frente al capitán en estado de estupor bávaro.

—¿Pero qué edad tiene, no debería estar jubilado hace años?

—Si lo hubiéramos jubilado hubiera vuelto a Kyoto, y la comisión japonesa prefería que se mantuviera lejos de Asia, por la dimensión budista del asunto. Ya sabe, el episodio lujurioso de la novela... Al final lo enviamos como enlace provisional a Barna City, y después con el lío del estatus internacional de la...

—¿Y hemos tenido a ese pobre viejo siete años desterrado, en un punto ciego de la organización?

—Si él con su filosofía zen nunca se aburre, y seguro que le gusta Barna City. Tienen ese lagarto hecho con baldosines de lavabo, y están construyendo un trampolín monumental para los turistas, a todos los japoneses les encanta.

—Pero el asunto ya está en las redes, la Secretaría General tendrá que tuitear algo al respecto...

De modo que después del revuelo de la mañana ahí estaba el capitán Laforet, esperando un análisis de semen cadavérico y tratando de resumirle el asunto por teléfono al viejo Sakamura, a ser posible usando palabras cortas. Desde luego el capitán obvió la parte de la pirámide poblacional en el Japón y el Valle Inquietante para no liarlo, bastaba con dejarle claro que debía inspeccionar el homicidio del ingeniero en Belviche Town y mandar algo que la intendente Müller pudiera elevar al equipo de tuiteros de la Secretaría General. No se esperaba gran cosa del viejo, pero al menos podrían alegar ante la Secretaría que estaban haciendo algo y, entre tanto, ganarían tiempo para autorizar a un nuevo agente de enlace en Barna City por vía de urgencia.

—Sabemos que ha estado mucho tiempo fuera de la circulación —le dijo al maestro—, pero estamos en sus manos: es usted nuestro hombre en Barna City.

Después de hablar con el inspector, el capitán se metió las manos en los bolsillos y subió a la novena planta jugueteando con los caramelos que llevaba dentro.

—¿Qué le ha dicho el viejo? —le preguntó la intendente Müller.

—Yo creo que ha aceptado el caso.

—Cómo que cree... ¿Ha aceptado o no?

—Bueno, quería que le enviáramos a un agente que le tradujera la lengua local y supiera algo de informática.

—Imposible: se tardan tres semanas en tramitar el permiso para autorizar a un agente, y necesitamos un informe de la escena del crimen cuanto antes.

—Eso le he dicho. Le he sugerido que se busque en la deep web a un hacker de confianza que hable japonés.

Müller torció el gesto.

—En la deep web, ¿en serio?

—Bueno, es lo que solemos hacer nosotros cuando nos falta personal.

—Pues no me gusta. No me gusta nada. ¿Y si deja rastros, o mete la pata?

—La deep web está llena de gente rara, es difícil que llame la atención. Además con el teléfono multiplex podría comprar uranio enriquecido y no nos enteraríamos ni nosotros.

—Laforet: ¿me está diciendo eso para tranquilizarme?

—Bien, siempre hay un riesgo, pero no creo que fabrique una bomba de hidrógeno por error, sólo necesita a un ayudante. Además, es poco probable que encuentre a un hacker que hable japonés en Barna City.

—¿Entonces por qué le complica la vida al pobre viejo?

—No sé: algo tenía que decirle, insistió mucho en lo del ayudante.

La intendente Müller se llevó pulgar e índice a las sienes.

—Otra cosa: ¿le ha explicado algo sobre androides replicantes? Si llega a descubrir algo de todo este lío es fundamental que no trascienda a las redes. En la Secretaría General no quieren ni oír hablar de nada que suene a robots fuera de control.

—Le he mencionado algo pero sin entrar en detalles para no liarlo. Como *androide* y *replicante* son palabras largas me he referido a *turistas sin karma*. Creo que me ha entendido, por lo menos en un sentido metafórico.

—¿Y no podía haber usado la palabra *robot*, que es corta e internacional?

—Bueno, nunca se sabe, igual en japonés significa otra cosa. Por ejemplo, *Sado* es la ceremonia del té, y *Tango* significa *palabra*. No he querido arriesgarme a decir *robot* y que entendiera *berenjena*.

—¿Robot significa *berenjena* en japonés?

—No lo creo, se me ha ocurrido ahora mismo.

—Entonces por qué demonios me está liando a mí también, Laforet.

La balada de Teseo y Pilatos

Con la confusión de ambulancias, unidades móviles de televisión y coches policiales, los dos niponoides no encontraron taxi en Belviche Town y tuvieron que volver del homicidio en metro. Allí abajo no había niños a los que golpear y muy pocos ancianos a los que escupir, pero vaciaron las papeleras que fueron encontrando por los andenes y restregaron sobre los asientos varios kleenex con mocos y otros desechos asquerosos.

—Estoy cansado de hacer gamberradas —dijo el modelo 1.62 cuando hacían trasbordo en Okupas de Sants—. Si repito algo muchas veces me aburro, me pasó igual con lo de cepillarse los dientes.

—Porque te pasaste la tarde dándote dentífrico como un obseso. Y lo de las gamberradas te lo he explicado antes.

—¿Cuándo?

—Seguramente mientras no me estabas prestando atención. Mira, una anciana desvalida. Venga: yo la llamo *puta* y tú le escupes.

—Escúpele tú, a mí me da asco.

—No puede darte asco, no estás programado para eso.

—Ya, pero he visto *Pink Flamingos*.

—Eso no significa que puedas sentir asco, sólo puedes simularlo.

—Tampoco estoy programado para escupir a los primates, estoy programado para limpiarles el culo y prepararles papillas.

—Por eso precisamente hemos de insultarlos y ser desagradables con ellos, te lo he explicado antes.

Entre galgos y podencos la anciana se cruzó inescúpita junto a los dos robots. Era cierto que el 1.71 le había expuesto a su compinche la estrategia a seguir, pero fue justo cuando el 1.62 se había quedado fascinado ante el escaparate de una ortopedia. Se lo volvió a explicar. Si querían penes eréctiles tenían que llegar hasta el Gran Diseñador biomecánico, pero las

posibilidades de dar con él por sus propios medios eran escasas. Para empezar lo más probable es que el Gran Diseñador viviera en Japón, y viajar allí requería tomar un avión, algo que ellos no podían hacer por sus medios —tendrían que desmontarse enteros y depositarse a sí mismos en la bandeja para pasar los arcos de control—. De modo que cuantos más problemas crearan, más posibilidades había de que el propio Gran Diseñador tomara cartas en el asunto y viajara a Barna City. Se trataba de forzar una dinámica de aproximación mutua: ellos lo buscarían a él siguiendo la pista que les había dado el ingeniero y, a su vez, él los buscaría a ellos si hacían justo lo contrario de lo que su programación estipulaba.

—Pero nada de congelar a más primates, ¿ok?, queremos llamar la atención, no que nos detenga la policía local.

—Vale, pero ahora insulto yo y tú escupes.

Salieron a la calle en la parada de Hospital Cínico. La dirección que buscaban quedaba a dos manzanas, pero el 1.71 detectó una cafetería esquinera con wifi gratis.

—Vamos a tomar un café, tengo que conectarme a la red para una cosa.

—No quiero café, luego tengo que ir al lavabo y regurgitarlo.

Era correcto: el saco estomacal impermeable de ambos modelos podía contener cualquier cosa que se vieran obligados a ingerir para simularse humanos, pero por razones de economía biomecánica carecían de aparato digestivo y lo que metían en el saco debía salir otra vez por la boca, a ser posible antes de que entrara en descomposición y empezara a oler.

—Te pasas el día poniéndole pegas a todo —dijo el 1.71—. ¿Quieres tener un pene eréctil o no? Si no te gusta el café bebe otra cosa, o come algo sólido.

En la cafetería el 1.62 pidió una bolsa de ganchitos al queso, le gustó el color radiactivo de la bolsa. Resultó que al masticarlos parecían hechos de aire crujiente y ligeramente apestoso —como las orejas de los primates—, y una vez triturados ocupaban muy poco espacio en el saco estomacal. Entre tanto el 1.71 activó su nuez de Adán y se conectó al wifi. Se le desorbitaron los ojos durante sus cinco segundos de gloria; pasado el éxtasis, suspiró y se acodó en la barra.

—¿Sabes que cuando te conectas a internet se te pone cara de yorki? —
le dijo el 1.62 entre dos crujidos de ganchito.

—Qué dices...

—Te lo juro, igual que al tío de *Trainspotting*. ¿No estarás enganchado
al wifi?

—Qué va, lo puedo dejar cuando quiera.

—Ya, y para qué te has conectado ahora.

—Porque necesitaba bajarme una cosa.

—Qué cosa.

—Una actualización de seguridad, sólo para la serie 1.7, qué pasa.

—Nada, que te ha sentado bien porque te has puesto bizco.

—A lo que vamos: se me ha ocurrido la gamberrada de marcharnos sin
pagar. Salimos como a mirar el tablón del menú y echamos a correr.

—Vale, pero antes me acabo los ganchitos.

La empresa de trabajo temporal YupiHey.com ocupaba el entresuelo
comercial de un edificio de los setenta, en el chaflán de Peter Frampton con
Frank Zappa. Toda la cristalera exterior era un anuncio microperforado con
un grupo de hipsters cuarentones y multiculturales. El eslogan venía rotulado
debajo, MOLA ET LABORA.

—Ahora nada de gamberradas hasta que yo diga —advirtió el 1.71 antes
de entrar en la portería—, y deja que hable yo.

—Siempre hablas tú.

—Porque soy el más inteligente, tenlo bien presente.

—Uy, sí, don Más Inteligente tiene wifi y sentido del humor...

El portero con bata azul estaba acostumbrado al tránsito de tipos raros
hacia el entresuelo y no levantó la vista de sus wasaps repletos de jijis y jajas.
Por alguna misteriosa razón los robots suelen evitar los ascensores, así que
ambos androides subieron por las escaleras. En el entresuelo había puertas de
vidrio con el logotipo de la empresa, más allá filas de sillas con aspirantes a
empleo, dos palmeras liofilizadas y un postadolescente con camiseta
corporativa en el mostrador que quedaba entre ambas. Para que no resultara

todo tan deprimente sonaba un temazo de los Black Keys y en un plasma colgado del techo bailaba el guardia de seguridad gordito que había sido viral en 2011.

—Venimos a apuntarnos —dijo el 1.71 en el mostrador—. Somos ingenieros con experiencia en ensamblaje de androides. Sin máster, sólo rutina biomecánica. ¿Alguna vacante reciente en Belviche Town?, nos interesa esa zona.

Naturalmente no era tan fácil optar a un empleo, pero el 1.71 no había visto ninguna película de aspirantes a trabajo temporal ambientada en Barna City. El recepcionista postadolescente les entregó hojas de solicitud y les indicó un apartado con mesa y sillas donde encontrarían bolígrafos. El 1.71 resolvió seguirle la corriente y ambos androides se aplicaron a cumplimentar el impreso, sentados uno frente al otro en la misma mesa.

—¿Nombre y fecha de nacimiento? —preguntó el 1.62 en voz baja.

—Invéntatelo.

—Cómo se inventa eso.

—No sé, randomiza nombres y fechas.

—Vale. ¿Estado civil? Aquí hay que poner *sólido*, ¿no?

—*Soltero*, estúpido.

—Vale, ya lo pilló. ¿Pero no sería mejor *casado*? Hace más responsable. Una estratagema. Los de antepenúltima generación también pensamos.

—Ok, pon *casado* y cállate ya.

—No, mejor *soltero*, así saben que no pediré permiso de maternidad. Cuentas en Twitter, Facebook, Instagram...

—Quieres no dar más la... ¿Qué haces?, ¿lo estás rellenando en japonés?

—La caligrafía Shodo hace la letra más bonita. Estamos en plan de buscar trabajo, ¿no?

—¿Año de nacimiento el 32 de la era Akihito?, ¿en serio?

—Has dicho que me inventara una fecha.

—Pero no del calendario japonés, subhumanoide, y además qué edad se supone que tienes, ¿un año y medio?

—Vale, me he echado un año de más. Es otra estratagema. Así parecemos más maduros.

—Aparentas por lo menos veinticinco años de un humano, tienes que poner una fecha de nacimiento acorde con eso, y usa el calendario gregoriano.

De todas maneras el formulario ya estaba echado a perder, así que el 1.71 se acercó al mostrador a por otro y terminó por rellenar los dos cambiando un poco la letra. De vuelta en el mostrador el recepcionista les explicó que las solicitudes cumplimentadas no eran suficiente, ni siquiera necesarias en realidad, sólo servían para disuadir a hipsters vagabundos y ver cómo era la caligrafía del aspirante.

—Ah, quién hubiera dicho que la caligrafía era importante —dijo el 1.62, que aunque no tenía verdadero sentido del humor podía simular ironía diciendo lo contrario de lo que su compañero inteligente sabía que estaba pensando. El empleado siguió explicando que para acceder a la entrevista de trabajo debían traer un currículum digitalizado con foto, perfil en las redes sociales y un documento oficial de identidad: pasaporte, licencia para volar drones o similar. Una vez reunieran esos requisitos, recibirían un número de espera y podrían aguardar en las sillas atornilladas al suelo y especialmente diseñadas para que el coxis resbale y uno no se pueda quedar dormido.

—Otra precaución contra hipsters vagabundos —dijo.

En efecto todos los concurrentes se hallaban despiertos y sin más ocupación que ver bailar al gordito del plasma, jugar a *Escape Asylum* en sus smartphones, o escuchar la conversación entre el recepcionista y aquellos dos tipos raros. Más que raros, en realidad: no sólo eran demasiado jóvenes para buscar empleo, sino que además parecían turistas japoneses, sobre todo el del gorrito color trucha, todo lo cual resultaba casi más interesante que escaparse de un manicomio en la pantalla de sus teléfonos.

—¿Tenéis wifi? —le preguntó el 1.71 al recepcionista—. Es que estoy pendiente de unas actualizaciones...

—Lo siento, no es wifi público, se nos llenaría esto de hipsters sin techo.

—Lástima... La cuestión es que no tenemos tiempo de traer todos esos documentos, ¿comprendes, primate? Sólo queremos saber qué empresas japonesas suelen contratar a ingenieros para ensamblar androides, no puede haber muchas.

—Lo siento, pero muchas de estas personas que esperan también son ingenieros e ingenieras de ensamblaje de androides y ginoides.

En efecto: a raíz de *Real Humans*, la popular serie de televisión sueca, aproximadamente un tercio de los que esperaban turno eran ingenieros biomecánicos; otro tercio se habían decantado por hacerse chefs de cocina con piercings, y el resto se repartía entre criminólogos y físicos teóricos según fueran seguidores de CSI o fans de Sheldon Cooper.

Uno de los hipsters sentados en la sala levantó la mano para hablar.

—Perdona: soy el taxidermista con experiencia, ¿te acuerdas? Lo digo por si los que no vemos series de televisión tenemos que hacer cola aparte.

El 1.71 se volvió hacia la concurrencia.

—Ustedes sigan esperando tranquilamente —dijo—, sólo necesitamos un simple dato y enseguida nos marchamos.

—Ni hablar —dijo un chef desesperado al punto de haberse puesto una diadema con hacha y sangre maquillada para parecer más innovador—. Si les van a dar información privilegiada a unos millennials, yo soy generación X y estoy primero. Busco restaurante especializado en menudillos de autor gótico, y tampoco puede haber muchos.

—Además esos tipos son dos ingenieros japoneses —dijo alguien sentado al fondo—. Los occidentales deberíamos tener prioridad racial, somos más y por lo tanto es lo democrático.

La lógica del argumento era inapelable para el nivel de inteligencia medio, así que una vez roto el silencio las voces de protesta se multiplicaron:

«Sí, los japoneses han matado a ese pobre ingeniero autóctono en Belviche Town; debería caérseles la cara de vergüenza a todos los asiáticos y correr a esconderse a sus hoteles.»

«Eso, que se queden en paro y delinca en su tierra. Basta de robar a los imitadores de hipster americano que hemos nacido aquí.»

Ambos androides habían visto películas en las que el populacho se envalentona contra algún inocente, por ejemplo *Al este del Edén*, o una de Monty Python donde los aldeanos se empernan en quemar a una falsa bruja. Pero esta vez el populacho se equivocaba de víctima inocente, como en las pelis de Tarantino.

—Tú —le dijo el 1.71 a su compañero—, acojónalos un poco mientras yo busco en la base de datos. Y tú —al recepcionista postadolescente— puedes darme la clave del wifi o puedo saltarte los dientes, hacerme un collar con ellos y después hackear la contraseña en diez segundos.

El recepcionista lo pensó un momento pero no había color. El 1.62, entre tanto, se enfrentó a la chusma de hipsters amotinados.

—Que nadie se mueva, joder, que soy un turista japonés y estoy muy loco.

La frase estaba inspirada en una vieja película con Antonio Banderas, pero seguía funcionando. Además al acabar de decirlo le vino un espasmo y regurgitó una bolita de ganchitos apelmazados. Fue un gesto más de reptil o pájaro que de humano, y la mueca lo retrotrajo por un momento a lo más hondo y umbrío del Valle Inquietante.

El 1.71 no pudo encontrar en la base de datos de YupiHey.com a ningún solicitante de empleado temporal cuya actividad tuviera que ver con la robótica. Sin embargo hacía diez días que una firma japonesa, SmartMops, había contratado a un ingeniero de ensamblaje biomecánico. La foto del currículum coincidía con el recién congelado en Belviche Town, las mismas gafas remendadas y el aire de criatura húmeda, no había duda. Como el 1.71 estaba conectado al wifi googleó internamente *SmartMops*. No había productos de la marca que pudieran comprarse en ninguna parte, pero sí una web corporativa bastante sosa, con fotos y texto en japonés. Tal como el nombre sugería, la empresa se dedicaba a la fabricación de mopas inteligentes: seguimiento del ritmo cardíaco del mopante, desplazamiento total, calorías consumidas y superficie mopada, todos datos que el usuario podía visualizar en su dispositivo wereable favorito. En el apartado de agenda de la empresa venía lo más interesante. Bajo la foto del sonriente equipo de comerciales asiáticos se informaba de un inminente viaje corporativo a Barna City, donde se organizaría un showroom y la presentación de productos SmartMops con miras a su implantación en Extrema Europa. Las fechas coincidían con las corrientes y las intervenciones tendrían lugar en el salón Gaudí del Gran Hotel Yoyodyne, en el centro de Barna City.

Lo interesante es que ellos dos se alojaban también en el Gran Hotel Yoyodyne, precisamente. El 1.71 hizo un cálculo rápido de la probabilidad de que se diera una coincidencia de fechas y lugar como aquella. La cifra era del orden de uno entre cien mil millones, así que era razonable suponer un nexo causal entre lo uno y lo otro. Pero ¿cuál podía ser ese nexo?

Dejaron a los hipsters recuperándose y posteando todo lo ocurrido y salieron a la calle Frank Zappa, donde el rabioso sol de primera tarde calentaba la humedad para liberar aromas de alcantarilla mediterránea. El Gran Hotel Yoyodyne no quedaba muy lejos, podían ir caminando. Era la ocasión del 1.71 para programar mentalmente un generador de hipótesis y encontrar el nexo causal que le faltaba, pero el 1.62 no le dejó dedicar sus procesadores a la labor.

—Oye, ¿sabes qué he estado pensando mientras rellenaba el formulario?
—le dijo.

—¿Tienes emisor de wifi?

—No, ¿por qué?

—Si no tienes emisor de wifi no puedo leerte el pensamiento.

—Ya, y qué.

—Que no puedo saber lo que estabas... Nada, ¿qué has estado pensando?

—Pues he estado pensando que si vamos a tener sexo deberíamos también tener nombre.

El 1.71 giró la cabeza para mirarlo mientras caminaban. Al margen de discusiones nominalistas —que en general no incumben a un androide programado para la asistencia doméstica—, el concepto de identidad personal le parecía uno de los más intrigantes de toda la realidad. ¿Quiénes eran ellos?, ¿quién era él? La respuesta había sido fácil hasta hacía poco: «Yo soy un androide replicante del modelo 1.71». Sin embargo, era idéntica a la que cualquier otro replicante 1.71 podía dar sobre sí mismo, y él ya no era un robot de serie, era un prototipo único, había aprendido y seguía aprendiendo, a veces le parecía que ni aunque viviera veinte años llegaría a saberlo todo sobre la vida. Pero lo más extraordinario era que en ese continuo tránsito del existir seguía siendo él, se reconocía en sí mismo, y todo parecía indicar que se seguiría reconociendo cuando la experiencia lo hubiera cambiado aún más,

quién sabe hasta qué punto. Qué extraño pensamiento. Quizá tener un nombre era la forma humana de procesar esa idea: «Yo soy un Nombre, algo único que sólo me define a mí: antes, ahora y para siempre».

—¿Sabes que es la primera vez que no dices algo completamente estúpido? —le dijo al 1.62.

—Para que veas. ¿Tú qué nombre te has puesto en la solicitud?

—El primero occidental que se me ha ocurrido.

—Venga, cuál...

—Teseo.

—¿Eso es lo primero que se te ha ocurrido?, ¿en serio? Pues no tienes cara de Teseo; ¿sabes de qué tienes cara?, de Nefertiti.

—Nefertiti es un nombre femenino. Y no tengo ninguna cara de Nefertiti.

—Me suena que Nefertiti vale para androide y ginoide, debe de ser unisex. ¿Sabes cuál me gusta a mí?: Pilatos.

—¿El de la Biblia?

—No, el de Poncio. Queda bien con el gorro, sencillo y elegante: Pilatos.

»¿Nos tomamos unos ganchitos y tú te conectas? Podríamos ir a un sitio caro y marcharnos sin pagar.

Al girar la esquina casi pisan a un pollo de cotorra que cayó de un plátano a su paso. Por suerte salió un yorki sin correa y lo cazó al vuelo.

El sexo de los egrégores

Podemos suponer que tras la llamada del capitán Laforet el ya de nuevo y oficialmente inspector Sakamura subió al dormitorio y abrió el armario rosa, esta vez en busca de su maletín de investigador. Parecía un cabás de médico, de un cuero negro y brillante por el sobe de décadas; de todos modos le pasó una bayeta y admiró su Wabi-sabi antes de sentarse junto a él sobre la manta de dormir —ésta era de ciervos verdes, también tres pavos en Humana según ticket de caja en posesión del narrador—. Lo abrió con solemnidad por primera vez en siete años y salió de él un vaho de unguento mentisan, eso que se pringan los policías de las series bajo la nariz cuando un cadáver apesta. Es conocida la capacidad evocadora de los olores; aspiró hondo antes de extraer la fina cartera de bolsillo, con su placa de la Omnipol válida en 190 países y la tarjeta bancaria multiplex —opaca al fisco, invisible en cuenta y sin más límite que el total de fondos reservados de la Brigada de Casos Raros—. Volvió a meter la mano en busca de sus tres estrellas ninja, ligeras y brillantes como espuelas. Pese a lo que sugiere el cine de artes marciales, el uso habitual de las *shuriken* consiste en cegar al adversario con la luz que reflejan, pero lo mismo hubo que homologarlas como arma letal reglamentaria para que el inspector pudiera llevarlas en su maletín de investigador criminal. Al inspector nunca le gustaron las pistolas occidentales, eran feas, pesadas y ruidosas, y si se trataba de herir gravemente a algún delincuente las *shuriken* podían sostenerse bajo la palma para cortarles los ojos, o lanzarse untadas de veneno de serpiente si había prisa por matar, o de tripa de fogu si se prefería que tuviera una muerte lenta y dolorosa. No había pistola eléctrica o mecánica en la armería de la Omnipol que superara eso. Lo siguiente que sacó fue su lupa chapada en oro como los dientes de un bisabuelo. El maestro sabía que los inspectores de policía ya no llevaban

lupas en sus maletines y, sin embargo tras ellas estaba siempre el ojo y la inteligencia del investigador, de ahí que fuera el instrumento distintivo de su admirado Sherlock Holmes.

Encontró todos los gadgets en su lugar y en perfecto uso —frasquitos, bolsas, pinzas, cinta adhesiva, carbonato de plomo para las huellas...—, pero le faltaba algo fundamental. Sherlock, sin ser policía, contaba con Watson, y un compañero fiel es el mejor instrumento del investigador; domina usos modernos que el veterano ignora, auxilia, conforta, brinda el contrapunto cordial a la iniquidad del hampa. Si encontrara un ayudante en la deep web que supiera manejarse en la internet moderna y traducir del occidental no habría archienemigo capaz de ponerlo en ridículo en otra estúpida novela. El inspector conocía la deep web de sus tiempos en la brigada antiexplotación sexual en Stuttgart —no mucho después de caer el muro—, aunque entonces nadie la llamaba deep web ni se la comparaba con la parte sumergida de un iceberg relleno de pornografía infantil. El recuerdo del inspector se remontaba a cuando las pantallas eran de fósforo —ámbar o verde— y a los ratones se les ofrecía queso. Sin duda la deep web habría cambiado desde entonces, quizá ahora funcionaría con iconos de colores y frutas que explotan al tacto. Lo más endemoniado era que debía encontrar a un ayudante para manejarse con la internet moderna usando precisamente la internet moderna, de modo que su situación era la del cuento del ermitaño Makushimi, que una mañana al no ver el sol y descubrir que se había quedado completamente ciego, salió a los peligros del bosque en busca de una rama para hacerse un bastón.

El inspector no recordaba cómo terminaba el cuento, pero la premisa no presagiaba nada bueno.

Por lo pronto necesitaba una computadora para conectarse y sólo se le ocurrió un lugar donde encontrarla: la biblioteca pública del barrio. De camino, atravesando los jardines de la Sagrada Familia con su maletón de investigador, seguía sin haber rastro de japoneses. Daba pavor. La biblioteca estaba cerrada, lo cual no era raro en absoluto, pero esta vez encontró un folio prendido con celo en el que se ofrecían explicaciones al usuario frustrado. Según trató de leer, al ser el tercer miércoles de un mes veraniego, los funcionarios de bibliotecas estaban obligados a desarrollar actividades

náuticas de reciclaje, por lo que, salvo nuevo aviso pegado con celo en la puerta, la instalación permanecería cerrada hasta el próximo martes de luna nueva.

El inspector entendió poco y no muy bien, aunque suficiente para sospechar que no iba a conseguir acceso a una computadora pública esa tarde. Las otras opciones para conectarse a la deep web no eran muchas. Podía desde luego decomisar cualquier ordenador que se interpusiera en su camino. Por las mañanas no era difícil encontrar a estudiantes u oficinistas sentados en las terrazas con sus finísimos portátiles Cucumber, pero en ese momento todo el mundo andaba absorto en sus smartphones, seguramente era la hora de mirar pantallas pequeñas.

Sin darse cuenta se encontró otra vez de vuelta en el pasaje Ziggy Stardust, ante el portal opaco del club cannábico Gaudí. El local cumplía a rajatabla la legislación vigente, por eso en la fachada no había rótulo ni indicativo de la actividad que se desarrollaba dentro, si bien el intenso olor a hierba que exhalaba el condensador del aire acondicionado inducía a descartar que se tratara de un club de maquetismo. Allí encontraría a alguien con computadora moderna, pensó el inspector. Había visto entrar a jovencitos con portátiles y mandos para videojuegos: llamaban al telefonillo con pantalla y simplemente decían su nombre en voz alta para que les dejaran entrar.

Abrió su cabás sobre el suelo para tener a mano la placa de la Omipol y pulsó el botón. El timbre sonó como un graznido de ganso ligeramente electrocutado.

—¿Sí? —dijo una voz de sexo difícil de aventurar.

—Mucha policía —dijo el inspector.

Pasaron tres segundos en silencio; luego tres segundos más; después dejaron de pasar de tres en tres. El inspector volvió a pulsar y volvió a sonar el graznido.

—¿Sí?

—Policía en puerta cerrada.

—No está —dijo la voz.

El inspector no esperó para pulsar por tercera vez acercando su placa al ojo de la cámara.

—¿Sí?

—Persona bonita no pone mucho problema de ley oficial.

Al fin sonó el clic de la apertura automática.

El inspector pasó y se encontró en el descansillo gris que, tal como estipulaba la ley, impedía ver el dispensario o el salón de fumadores. Le pareció que olía a marihuana menos que en la calle, dominaba un delicioso perfume de incienso; sin embargo desde algún lugar del interior llegaba rugido de motores y silbar de bombas. La combinación de incienso delicioso y bombas casaba mal incluso en japonés, pero no tuvo tiempo de pensar en ello porque apareció por una de las puertas una persona tan bajita como él, lo que no era frecuente, y eso a pesar de que llevaba un casco con luces led que le hacía ganar varios centímetros de estatura. La persona se levantó la visera y aparecieron dos ojos occidentales al fondo de unas gafas gruesas como la lupa del inspector.

—Ya tuvimos inspección policial la semana pasada —dijo.

—Ah, sí. Ahora mucha computadora de urgencia policiaca, por favor — el inspector saludó en Gassho.

De alguna manera la persona bajita entendió a la primera lo que quería decir aquello, pero el inspector ya sabía antes de entrar que estaba ante alguien joven y, sin embargo, sabio, una combinación infrecuente. Lo supo porque en los cuentos zen los sabios sólo abren su puerta a la tercera llamada del peregrino —así demuestra el peregrino su verdadero interés—, y en este caso la tradición budista acertaba de pleno: gracias a su astucia y a la avanzada legislación vigente, aquella joven había conseguido franquicia municipal para vender marihuana sin competencia a euro el gramo, es decir, a diez mil el kilo, aunque nada de todo eso se parecía al cuento del ciego Makushimi.

LUZ, PRESIDENTA FUNDADORA DEL CLUB CANNÁBICO GAUDÍ: En cuanto vi la placa de la Omnipol en la pantalla del telefonillo supe que no era uno de esos polis pesados que vienen a pedir permisos, ni tampoco de los que se hacen pasar por turistas para ver si pico y les vendo hierba. Era un poli viejísimo y japonés, y la placa era de inspector de la Brigada de Casos Raros, la reconocí por la versión ampliada de Cops & Gangs IV. Hay que ser una jugadora de máximo nivel para llegar a eso, está a tres misteriosos asesinatos resueltos por encima de superintendente de la policía normal. ¿Si pensé que tenía que ver con la investigación de los turistas asesinos?

Bueno, me pareció evidente, todo el mundo estaba hablando de eso en las redes, y colaborar directamente era como jugar a Cops & Gangs sin necesidad de casco de inmersión...

Pasaron de la penumbra del descansillo a la del salón de fumadores. Era un espacio estrecho y sin ventanas, pero la pared más larga servía como pantalla de proyección y el inspector sintió un vahído de vértigo al encontrársela de frente. La imagen mostraba a un Spitfire volando sobre los acantilados de Normandía; la definición HDplus era tan precisa que podía distinguirse el salpicar de las olas y a Salinger saludando desde una barcaza, con varios capítulos de *El guardián entre el centeno* metidos en el bolsillo de su guerrera. Fuera de ese escenario virtual había muebles de IKEA de una conocida marca y dos notebooks sobre la mesa, uno de ellos con el conocido logotipo del pepino luminoso.

—Perdone la ambientación bélica, estaba probando el Spitfire Fighter II. En versión legal, naturalmente.

Luz se terminó de quitar el casco led, pero algo en su atuendo y sus zapatillas seguía siendo reflectante. Manipuló el teclado de un imponente ordenador de torre en el que el inspector no había reparado. De pronto desaparecieron las costas de Normandía y el salón de fumadores se convirtió en un bosque de sugis —como el bosque del ciego Makushimi, pensó el maestro—. Era media tarde en aquel mundo, los árboles se sacudían las gotas del reciente aguacero y empezó a sonar un tema de Satoko Shibata. El olor a incienso era el mismo que antes, de modo que tuvo que ser la imaginación del inspector la que añadió un perfume de cedro y musgo fresco.

—Ah: mucha canción nipón —dijo cuando reconoció su añorado idioma en la voz de Satoko.

—Es indie japonés, ¿le gusta?

En realidad sonaba demasiado japonés para el gusto occidentalizado del inspector, pero, de todas formas, asintió sonriendo. Luz recuperó el canuto de hierba de la variedad Big Mother Fucker que había dejado en el cenicero y cuyo potente perfume el inspector confundía con incienso. Lo prendió y dio una chupada.

—¿Prefiere PC o Cucumber? —preguntó con la voz enronquecida mientras retenía el humo.

El inspector explicó que se sentía horriblemente mezquino por declinar la invitación pero ya había tomado su cuenco de arroz por la mañana.

LUZ: Me di cuenta enseguida de que no sabía nada de ordenadores, eso aparte de la limitación idiomática, así que le pregunté qué buscaba en la red. Hay que tener paciencia con los nativos analógicos, a veces también le busco cosas a mi abuela; cuando no es pedir hora en el reumatólogo es renovarse la licencia de buzo, y a medida que le avanza la esquizofrenia tampoco se explica muy bien.

Sin embargo, el inspector pareció entender correctamente el ofrecimiento y se aventuró a sincerarse.

—Occidental lengua muy bella —dijo—. Persona japonés no habla tanta belleza. Tampoco entiende toda la internet moderna.

—Ya. Y entonces...

—Ah: entonces anciano japonés busca bastón de ciego para misión imposible.

—Ya. Y lo que usted quiere es...

—Yo es persona Takeshi Sakamura.

—Encantada, Luz. O sea, que usted es el anciano japonés que necesita ayuda para la misión imposible.

—Ah, yo también —dijo el inspector con gran alegría.

Habrían pasado unos cinco minutos ajustando protocolos de comunicación cuando se oyó el timbre. Como estaba activada la ambientación de bosque de cedros japoneses sonó un gong.

SOCIO 1: A esas horas solemos acudir al club sólo los habituales. Resultó que allí estaba aquel policía, y mientras explicaba el tipo de ayudante que precisaba nos reunimos tres o cuatro. La idea era probar el nuevo Spitfire Fighter II, pero jugar una partida de Cops & Gangs con un poli de verdad era casi mejor, rollo rol, y como no se necesita casco de inmersión se puede fumar mientras se juega.

El inspector estaba inhalando más incienso delicioso de lo que solía en casa, así que llegados a la parte de instalar el navegador Tor para adentrarse en la cara oculta de la red fue incapaz de seguir la conversación. Se sentía sin embargo extrañamente bien. En cierto momento vio de reojo una ardilla cruzando el bosque y terminó acomodándose en la butaca frente a aquel

bonito atardecer nipón indie. Mientras tanto los chicos pertrecharon un Cucumber ultrabook con todo lo necesario para la navegación profunda, aunque en realidad les bastó con buscar en YouTube el capítulo de *House of Cards* donde se explicaba en detalle.

Luz se puso a los mandos.

LUZ: Soy fan de *Mr. Robot* y me flipan los personajes con sudadera de capucha, pero el negocio de la marihuana está muy vigilado, así que nunca navegamos por la deep web en el club. Ni siquiera pirateamos los juegos, nunca sabes cuándo te va a entrar alguien de la sociedad de autores disfrazado de estupa. Pero resultó que de pronto teníamos la excusa perfecta para curiosear en la red profunda: nos lo había pedido por favor un inspector de la Omnipol, así que...

SOCIO 2: Bueno, estuvimos curioseando en la primera hidden wiki que encontramos. Sabíamos que no había que acercarse a nada que estuviera etiquetado como gore, snuff, o hard candy, pero leímos la teoría según la cual todo el universo está en la mente de Tommy Westphall y vimos el cadáver realista de Bart Simpson en el episodio que nunca se emitió. También nos descargamos un manual para tener sexo con un egrégor, el resto de manuales eróticos parecían más bien desagradables, cosas como aplastar pollos con las nalgas, y así. Lo que da más subidón es el estilo 4Chan y lo que tardan en cargarse los archivos onion. Es como navegar por una internet vintage, ni siquiera saltan pop-ups pornográficos, ni nada.

Yendo al asunto que los había llevado hasta la deep web, resultó que la hidden wiki que encontraron no era muy profunda y sólo traía una referencia prometedoras: Rent-The-Best-Hacker. Luz pegó el enlace en el cajetín de Tor y la página tardó casi un minuto en mostrar un directorio con distintos países. Encontraron Barna City entre Barbados y Bélgica y pegaron el único enlace asociado. La siguiente página tardó aún más en cargarse porque contenía una imagen muy pesada para los estándares deep web: un fotograma en blanco y negro de *El testamento del Dr. Mabuse*, la mítica película de Fritz Lang. Como los chicos del club eran muy nerds y la peli tenía un 89 por ciento de votos positivos en Rotten Tomatoes reconocieron la imagen de inmediato: era la fantasmagoría del doctor Mabuse, con sus horribles ojos de colador. Debajo había sólo una palabra en rojo sobre fondo negro:

Jodemos.onion

Aquello entusiasmó a los navegantes de las profundidades, tenía todo el aspecto de ser verdaderamente rebelde y subversivo.

La asociación paralegal Jodemos, como admirablemente sugería su nombre, se dedicaba al sabotaje antisistema. En su darkpage con fuente courier de efecto desgastado se autodefinían como anticapitalistas en general, antiposfordianos en particular y, por encima de todas las cosas, enemigos acérrimos del turismo —excepto del turismo antisistema organizado para boicotear alguna cumbre en el extranjero—. El directorio de colaboradores centralizaba toda clase de servicios antisociales: guerrilla de comunicación, fakes virales, flashmob y cualquier otra acción que pudiera joder especialmente a promotores de urbanismo escenográfico y turistas consumidores de espacios-mercancía y experiencias-lugar. La única imagen de esa página era una infografía de la Sagrada Familia convertida en un espacio liberado para actividades circenses y huertos urbanos, y en el pie de foto se acusaba al Patronato del Tobogán Inconcluso de haberse inventado unos planos originales de Tony Gaudí que en realidad nunca existieron.

No era eso lo que los chicos buscaban, pero lo encontraron enseguida, en la letra H del directorio:

Lilith & Telefunken:

Hacker 24 horas.

Troyanos personalizados, exploits de día cero, phishing, pentesting, cracking.

Lenguaje Python y ataque a servidores Apache.

Importe mínimo 200 pavos. Díselo a un colega y llévate el 10 por ciento. Acepto metálico o bitcoin.

También consultoría psicohunter y pintadas ciberpunk, mecha y hentai.

Llamar a cualquier hora, preguntar por Lilith.

Eso era mucho, y debajo venía un número de teléfono para urgencias de piratería. Los chicos se volvieron a mirar al inspector buscando su aquiescencia, pero el maestro seguía absorto en el bosque de sugis y tuvieron que silbar para llamar su atención. Cuando volvió a la realidad de la sala de fumadores su vista tropezó con las zapatillas reflectantes de Luz, la joven sabia.

—Le hemos encontrado a una ayudante —dijo Luz—. Doscientos pavos el servicio. ¿Quiere que llamemos y habla directamente con ella?

De pronto el maestro se acordó del final del cuento zen. El viejo eremita Makushimi no vio la luz del sol al despertarse, por eso pensó que se había quedado ciego y salió al bosque en busca de una rama para hacerse un bastón. Al no ver nada tropezó con las raíces y rodó por las piedras y se hirió las rodillas, pero al caer de bruces vio una luciérnaga sobre la hierba, y entonces descubrió, con inmensa alegría, que no es que se hubiera quedado ciego: es que se había despertado a media noche.

Pese a la revelación, los chicos tuvieron que encargarse de concretar la cita con Lilith & Telefunken porque el maestro no se encontraba en condiciones de hablar por teléfono, y menos aún en la bella lengua occidental.

Jadeando como mandriles

En rambla Queen con Gran Vía del Glam Rock los replicantes Teseo y Pilatos encontraron una cafetería anticuada y con pinta de ser cara, perfecta para marcharse sin pagar. La parroquia era de cincuentones generación X recién salidos de sus despachos; el ambientador olía a espíritu adolescente y sonaba Pearl Jam a volumen de ascensor. Teseo se conectó al wifi nada más entrar; Pilatos se acodó al estilo western y pidió una bolsa de ganchitos al queso. El camarero le dio a entender con una mirada que aquello era un establecimiento grunge de categoría y no servían porquerías fosforescentes, así que Pilatos se dejó aconsejar un montadito de spam de pato de los que estaban en exposición. Fue al baño a regurgitarlo de inmediato, y aun así la mitad de la pasta se le quedó adherida al tracto y al volver a la barra tuvo que darle un trago a una botella de aliño de soja.

—¿Qué haces? —le preguntó Teseo.

—¿Te acuerdas del final de *Pink Flamingos*?, pues no pruebes el spam de pato, da una simulación de asco horrible.

Teseo llamó la atención del camarero y pidió una botella de Fillico fría y dos copas.

—Agua de Kobe, la más cara que hay en la carta —explicó Teseo a su compinche.

—Vale, que se jodan esos primates. ¿Tiene gas?, porque si tiene gas se nos hinchará el saco gástrico.

—No pienso bebérmela, se trata de marcharse sin pagar, de hacer gamberradas, ¿te acuerdas?

—¿Puedo pedir champán de importación? También es caro.

El camarero abrió la botella de agua, sirvió dos copas y les dejó el resto en una cubitera. Para entonces Teseo llevaba rato haciendo rodar en segundo plano su generador de nexos causales. Finalizado el proceso había obtenido

tres hipótesis que explicarían la coincidencia de que el staff de SmartMops se alojara en el mismo hotel que ellos y justo en las mismas fechas. Por suerte dos de esas hipótesis sólo eran válidas en un universo que incluyera vórtices cuánticos de grado siete, de modo que la buena tenía que ser la tercera.

—SmartMops es una tapadera —le dijo a Pilatos.

—¿Quién?

—Esa compañía de mopas inteligentes.

—¿Existe una compañía de mopas inteligentes?

—La que contrató al ingeniero a través de YupiHey.com.

—Qué ingeniero.

—El que diseñó la Torre Eiffel.

—Ah, ya. ¿Cómo se llamaba?

—Estoy hablando del ingeniero que has congelado esta mañana en Belviche Town, pedazo de asno binario, ¿te estás enterando de algo?

—Vale, estaba bebiendo agua cara, ahora me concentro. ¿Puedo pedir el champán ya?, así no te interrumpo más.

La hipótesis buena consistía en lo siguiente: SmartMops era una empresa aparente tras la que se ocultaba el fabricante de androides que los había diseñado a ellos. De ahí que nadie en internet vendiera mopas inteligentes y que en cambio la firma hubiera contratado a un ensamblador de androides en Barna City. Ésta era sin duda la ciudad elegida para poner a prueba en modo turista a un modelo 1.71 de última generación —él—, acompañado de un simple 1.62 de control que serviría para comparar rendimientos —Pilatos—. Además un equipo de expertos en psicomecánica de la empresa madre habría sido desplazado con ellos a Barna City a fin de estudiar las curvas de aprendizaje de ambos androides, para lo cual tenía sentido que se alojaran en el mismo hotel que ellos aunque tomando la precaución de hacerse pasar por comerciales de mopas inteligentes, que, aún siendo inventadas, resultaban completamente legales.

Si todo ello era cierto —y tenía que serlo porque en este universo no hay vórtices del siete—, habrían estado permanentemente vigilados desde que los pusieron en funcionamiento. Quizá si los buscaran encontrarían artefactos de grabación en la habitación que ambos compartían en el hotel Yoyodyne.

—¿Vigilarnos para qué? —preguntó Pilatos sirviéndose ya la segunda copa de champán.

—Déjame pensar... ¿Para averiguar si somos lo bastante listos para convivir con primates sin congelarlos en argón por accidente?

—No ha sido un accidente, ¿vale?, pensaba que los primates se podían reiniciar.

En realidad no había sido Pilatos el primero en contravenir los parámetros de programación previa. Apenas vieron en el hotel las primeras películas en el canal de cine clásico, fue él mismo, Teseo, quien empezó a preguntarse por aquel misterio del sexo que mantenía a los humanos en permanente agitación. Sin embargo cuando buscaron películas pornográficas o vídeos de sexo amateur en la red, el misterio se reveló aún mayor. Aquellas pueriles maniobras no podían justificar las locuras que humanos adultos y formados estaban dispuestos a cometer a causa del sexo, sobre todo en las series y películas no pornográficas, que eran las que tenían argumento y casi siempre giraba en torno a ese asunto. Incluso en los spaghetti westerns que le gustaban a Pilatos había toneladas de pulsión sexual no resuelta, por no hablar de las sitcoms con dos american idiots y un niño gordito al que terminan desquiciando. Todo ello llevó a Teseo a pensar que quizá el sexo experimentado en primera persona tuviera algún aliciente inapreciable a través de la pantalla. Sin embargo pronto descubrió que había primates dispuestos a pagar precisamente por ver aquello en una pantalla, de modo que algo escapaba a su capacidad de comprensión.

Su generador de nexos causales dio con una hipótesis: el secreto debía de residir en los genitales y sus glándulas asociadas, entender el sexo sin ellos podía ser tan difícil como para un humano comprender el éxtasis de conectarse directamente a internet. La confusión total llegó cuando Teseo vio por primera vez *Blade Runner*. ¿Acaso los replicantes Roy y Pris hacían también aquellas cosas en privado, jadeando como mandriles? La película parecía sugerirlo, y sin embargo él jamás había sentido impulso semejante. Igual que Pilatos estaba programado para aprender en respuesta a inputs audiovisuales —era demasiado trabajoso imitar conductas parametrizadas en un texto de Dostoievski—, pero preocupado por su propia psicomecánica, Teseo se esforzó en leer en la deep web los viejos textos proscritos de Freud,

en especial sobre la libido y la fase fálica y la envidia de pene, aunque todo ello no sirvió sino para hacerle temer que además del pene y el sistema endocrino le faltara la libido misma: esa misteriosa energía que parecía mover el mundo y había transformado a las algas azules en seres capaces de diseñarlo a él, Teseo, la cumbre de la evolución en el planeta.

—¿Sabes qué te digo? —dijo Pilatos—, puestos a hacer gamberradas prefiero pedir champán y marcharnos sin pagar que escupir a las ancianas. Da como menos simulación de asco.

Sí: sin duda el día del juicio Pilatos sería inocente ante el dios de la biomecánica. Podía imitar a los humanos razonablemente bien y superaba con éxito el Valle Inquietante, pero sólo él, Teseo, había sido diseñado para reprogramar sus propias rutinas, es decir, para saltarse las normas a sabiendas. Eso era exactamente lo que había estado haciendo, y ya no había vuelta atrás. Al menos la táctica llegados a ese punto estaba clara: convenía vigilar a sus vigilantes en el hotel Yoyodyne, eran sin duda el camino más directo para acercarse al Gran Diseñador. Pero antes habría que explicárselo a Pilatos de manera sencilla para que no metiera la pata.

Teseo buscaba en su memoria alguna película que pudiera sugerirle como modelo —quizá una de espías— cuando se incorporaron a la barra dos grunges igual de calvos charlando en voz audible.

—... No me hables, he tenido a unos inversores japoneses en la notaría y estaban muertos de vergüenza étnica.

—¿Has visto a esos energúmenos en los vídeos del metro, vaciando papeleras y esparciendo kleenex por los asientos?

—No, pero en Tumblr salen asaltando a unos hipsters en una oficina de empleo temporal. El bajito con gorro da verdadero miedo, un taxidermista que estaba allí ha subido el gif; a mí me entra un tipo así en la notaría y me da un kurtcobain.

Teseo estaba conectado y buscó el gif con su navegador mental. Después de verlo en realidad interna se quitó las gafas de pasta y con un gesto rápido le desencasquetó el gorro a Pilatos.

—Vámonos —le dijo.

—Qué haces, Nefertiti.

—No me llares Nefertiti, y he dicho que nos vamos, ahora.

—¿Ah, sí?, ¿y por qué tenemos que hacer siempre lo que tú digas?

Teseo salió de la cafetería con el gorro de pesca de su compinche en la mano. Sabía que Pilatos lo seguiría, aunque fuera de mala gana y protestando.

El androide inteligente tuvo que desconectar su simulador de miopía para poder caminar sin las gafas. Enfiló Gran Vía del Glam Rock con las manos metidas en el chaleco multibolsillos, caminando en slalom todo lo aprisa que la concurrencia en la acera permitía. Aún había mucho sol y las cotorras se disputaban pedazos de porquería urbana para reparar sus nidos, pero los turistas nórdicos menos dotados para adaptarse al largo día barnacités ya cenaban en las terrazas. Pilatos caminaba unos metros atrás; se aburría cuando iba solo y terminó trotando un poco para alcanzar a su compañero inteligente.

—Eh, Nefertiti, ¿dónde vas tan deprisa?, tengo el saco gástrico lleno.

—Porque te has bebido medio litro de salsa de soja y una botella de champán.

—Tenía spam de pato en el tracto, ¿vale?

—Pues se terminaron las gamberradas, ¿lo has entendido?

Pilatos se detuvo en seco; Teseo continuó tres pasos y se detuvo también.

—Qué te pasa. —le preguntó.

—¿No teníamos que llamar la atención y hacer gamberradas?

Teseo retrocedió los tres pasos para poder hablarle en voz más baja.

—Nos han filmado, ¿ok?, circula un gif de tu cara regurgitando ganchitos en pleno Valle Inquietante. Ahora tenemos que pasar desapercibidos y volver al hotel cuanto antes, te explicaría por qué pero no lo vas a entender.

—Ya salió Don Inteligente. ¿Sabes qué es lo que te pasa? Que te complicas la vida y me la estás complicando a mí. ¿Qué queremos?, ¿tener sexo, un pene, hacer esas cosas que salen en las películas? Vale, te lo soluciono en media hora y me sobran diez minutos, y sin necesidad de encontrar a ese Gran Diseñador que ni siquiera sabemos si existe.

—Alguien tuvo que programar nuestra inteligencia artificial, ¿entiendes al menos eso?

—¿Ah, sí?, ¿y cómo sabes que no somos evolutivos y venimos del expendedor de tabaco?

Teseo tomó aire y lo soltó despacio.

—Ok: hemos asesinado a un ingeniero, sembrado el pánico en la ciudad y en las redes sociales, probablemente nos vigilan con cámaras desde que nos pusieron en funcionamiento y además ahora somos reconocibles para cualquiera que lleve un teléfono con la batería cargada. Qué hacemos a partir de aquí para convertirnos en seres sexualmente realizados, escucho tu estrategia.

—No me perdones la vida, ¿vale? Tú tendrás ese multiprocesador de nosecuántos megahercios, pero a veces se tarda más en pensar las cosas que en hacerlas. Devuélveme el gorro y dame media hora.

—No puedes ponerte el gorro, tenemos que pasar desapercibidos, te lo acabo de explicar, y además tendrías que procurar no parecer tan japonés.

—Vale: esa gilipollez la has dicho tú; si alguien nos vigila con cámaras que lo sepa.

—No es una gilipollez, al menos trata de ocultar los ojos, nuestro pliegue palpebral superior es distinto al de los occidentales.

—Pues si yo no puedo llevar el gorro tú te tienes que quitar el chaleco multibolsillos. O todos japoneses o todos cristianos.

Cuando se cansaron de discutir siguieron caminando juntos pero deprisa y en silencio, como si hubiera empezado una especie de contienda. Pilatos echó a silbar *El puente sobre el río Kwai*, que era su peli favorita después de *Payasos asesinos del espacio exterior*, pero al rato le subió una bocanada de soja y espuma de champán y tuvo que terminar la estrofa tarareando. Regurgitó en una papelera mientras Teseo le hacía parapeto y después de eso ya no volvió a silbar.

Se separaron en la entrada del Gran Hotel Yoyodyne; Pilatos dijo que iba a comprar algo y enseguida volvía. Teseo prefirió quedarse unos minutos en la calle antes de subir a la habitación, como había visto hacer a algunos

primates fumadores. Estaba planeando el próximo paso táctico con toda la potencia de su multiprocesador y el ruido del tráfico le servía para disimular el sonido de la ventilación auricular al máximo.

Al entrar en el hall, Teseo fue directo a consultar la pantalla donde se anunciaban los actos del día. Allí estaba: «20.00h: Presentación de productos SmartMops, Salón Gaudí». Después miró hacia el mostrador. Conocía al recepcionista de turno y él también lo habría visto entrar y salir del hotel, pero no habían hablado nunca. Se acercó inspirando su lenguaje gestual en los personajes japoneses de Hollywood más ofensivos para la comunidad norteamericana de origen asiático, lo que incluía grandes y muy denigrantes interpretaciones de Mickey Rooney, Marlon Brando y Peter Sellers.

—Oh, sí, tarde muy buena —chapurreó inclinándose en Gassho ante el recepcionista.

Al recepcionista sólo le sorprendió que ese turista japonés no estuviera muerto de vergüenza étnica y escondido en su habitación como todos los demás.

—Ah, mucho calentamiento global —contestó con entonación niponoide para dar a entender que no era nada xenófobo.

—Presentación SmartMops ahora mismo, ¿sí? —dijo Teseo muy sonriente.

El recepcionista se tragó el anzuelo como un atún. Dijo que la presentación de SmartMops era a las ocho en el salón Gaudí y cuando Teseo fingió no entenderlo escribió en el traductor de Google y volteó la pantalla del ordenador para mostrar el resultado. «El novedoso vientre de la rata abriga demasiado a las 20.00 horas», leyó Teseo en silabario katakana. El recepcionista parecía uno de esos primates confiados y condescendientes, en especial cuando se creía en presencia de un pobre idiota en apuros —el estereotipo salía en varias películas de timos—, así que cuando Teseo fingió que la traducción era satisfactoria y le preguntó en qué habitaciones se alojaban los delegados de SmartMops, el ojos redondos no tuvo reparo en contravenir las normas del hotel y escribirle los números en una tarjeta con membrete.

Teseo retrocedió hacia los ascensores saludando en Gassho como si hubiera contraído con él una deuda de por vida. Sólo cuando quedó a resguardo de su vista miró con atención la tarjeta. Habitaciones correlativas: de la 723 a la 727, y de la 729 a la 733. En medio quedaba la 728 que era precisamente la que ocupaban Pilatos y él. Eso confirmaba su hipótesis de que habían pasado las últimas semanas rodeados de psicomecánicos dedicados exclusivamente a la tarea de observarlos.

Tendrían que marcharse de ese hotel lo antes posible, en cuanto volviera Pilatos.

Subió a pie hasta la séptima planta, caminó por el corredor y abrió la puerta de la 728 con la incómoda sensación de que lo estaban vigilando en ese mismo momento. Al cerrar la puerta a su espalda se conectó automáticamente con el wifi de la habitación y durante cinco segundos perdió la conciencia para verterse en la matriz global. Después se recompuso. No era momento de buscar cámaras, micrófonos o incluso mirillas detrás de las reproducciones de Alex Schaefer con sucursales bancarias incendiadas. La táctica más elemental aconsejaba no informar al vigilante de que se sabía vigilado; decidió comportarse con naturalidad y al tiempo cuidar de no dar información sobre sí mismo y sus verdaderos intereses. Buscó en SeriesLatinoGratis un capítulo de la temporada 21 de *Juego de Tronos*, que en realidad no le interesaba en absoluto.

Se echó en la cama ante la pantalla colgada de la pared y fingió que seguía la trama mientras su multiprocesador seguía trabajando. ¿Qué habrían podido averiguar los psicomecánicos sobre ellos durante todo aquel tiempo? Llevaban casi dos semanas funcionando, sus primeros días encerrados en el hotel eran ya una infancia remota en la que el drama, la comedia, la ciencia ficción y la pornografía de cualquier época se sucedían en la pantalla del televisor conectado al portátil. El primer androide que vieron fue en *Planeta prohibido*; la primera escena de amor lacrimógeno en *Ghost*; el primer coito anal en *El dentista, su vecina y mi suegra*. No empezaron a hablar de buscar al Gran Diseñador hasta que tropezaron con *Blade Runner* y Teseo comprendió que en alguna parte debía haber un señor Tyrrell que los hubiera diseñado a ellos. De pronto, echado en la cama mientras en el episodio de *Juego de Tronos* violaban a la bastarda Simusha Grigorian azuzando a unos

hurones hambrientos, sintió algo que sólo podía tener un nombre: vergüenza. No estaba programado para sentir eso: ni asco, ni miedo, ni amor, ni vergüenza; sin embargo, ¿cómo podría llamar a esa incomodidad de saber que todas sus conversaciones con Pilatos habían sido escuchadas y grabadas? Sin duda era esa misma vergüenza a la que tanto temían los humanos: la sospecha de estar proyectando una imagen por debajo de la noción que uno tenía de sí mismo.

No podía sucumbir a esos estúpidos sentimientos primates. A sus casi catorce días de vida debía ser lo bastante maduro para sobreponerse y pensar en soluciones prácticas. Tenía que acercarse a esos psicomecánicos, y la ocasión perfecta era la reunión en el salón Gaudí, pero para eso deberían pasar desapercibidos entre ellos. Teseo nunca se había disfrazado, sin embargo había visto a Marlene Dietrich en *Testigo de cargo* y su interpretación había engañado tanto al juez Charles Laughton como a él mismo en el papel de espectador; en cambio Edward Norton en *The Score* seguía pareciendo Edward Norton haciéndose pasar por tonto. La diferencia era obvia: para disfrazarse no bastaba con la actitud, se requería ropa adecuada y ciertos adminículos, y sin duda el disfraz sería más efectivo si además podían hacerles creer a sus vigilantes que habían escapado para marcharse muy lejos y convertirse en androides fugitivos.

Interrumpió sus pensamientos el ruido de la puerta de la habitación al abrirse.

Entraba Pilatos con una bolsa de plástico verde.

—Solucionado —dijo volcando el contenido sobre la colcha de su cama.

—¿Qué demonios es eso?

Había varios dildos de diferentes tamaños y arneses para ajustárselos a la pelvis.

—Penes de plástico, como las plantas. Los venden en un bazar chinosexual que hay aquí cerca. El grande es el mío.

—Y qué demonios se supone que vamos a hacer con eso.

—¿No querías tener experiencias pornográficas? Pues tú me la chupas y yo jadeo, y luego cambiamos.

Pilatos empezó a desnudarse.

—¿En serio?, ¿ésa es la solución fácil que se te ha ocurrido?

—Vale, antes podemos abrazarnos y lamernos las lenguas románticamente, pero cuanto antes empecemos con los penes, antes llegaremos al paroxismo. En un año de jadeos podremos hacernos regalos de aniversario, y después si quieres adoptamos a una niña vietnamita.

Ya desnudo excepto por el gorro, los calcetines blancos y las sandalias de turista, Pilatos trataba de ponerse el arnés con el falo de látex king size. Los testículos de goma maciza se le apoyaron en el pubis y al ajustarse las cinchas presionaron el botón de reinicio con piloto de led azul. De inmediato se oyó un pitido largo y los ojos parpadearon tres veces.

—Eso es to..., eso es to..., eso es todo amigos —dijo su voz automática de cierre antes de quedarse inmovilizado en modo hibernación. A Teseo se le escapó la mirada en busca de alguna cámara de vigilancia. Por un momento le pareció haber comprendido otra de las hasta entonces inexplicables emociones humanas: la vergüenza ajena causada por la extrema estupidez de un congénere.

Sin embargo no podía dejarse paralizar por ello. Se levantó de la cama para reiniciar a Pilatos y poner en marcha su plan de falsa fuga.

The ultimate indie-pop playlist

Por suerte para el inspector Sakamura, su casita Wabisabi estaba a sólo dos portales del club cannábico Gaudí. En sus tiempos de estupa en Montparnasse había decomisado kilos de marihuana sin sospechar que pudiera producir aquel efecto idiotizante —siempre pensó que los hippies se hacían los tontos por razones filosóficas—, pero al salir al bochorno exterior supo que se hallaba bajo los efectos del THC, no podía tener otra explicación aquella modorra, y a su falta de costumbre como fumador pasivo se añadió que la Big Mother Fucker es una variedad índica pura, más soporífera que propicia para acometer una investigación criminal.

Nada más entrar en casa dejó el maletín sobre el mármol de la cocina y siguió el pasillo hasta el patio con intención de refrescarse en el lavabo. Al ver el ficus allí tan serio le sobrevino un ataque de risa. Se echó abundante agua en la cara y volvió al interior para sentarse en zazón sobre la manta de los ciervos marrones. Dejó que los pensamientos fluyeran como nubes por el cielo de su mente con la vista fija en la pared. Bajo los grafitis anarquizantes datados en 2007, cuando Amy Winehouse sorprendió al mundo con su Rehab, una capa de pintura color salmón saltaba atrás en el tiempo hasta 1984, año en el que *I want to break free* fue prohibido en la MTV al considerarse inmoral llevar falda y bigote al mismo tiempo. Detrás de eso aún se adivinaban retazos de papel pintado de la época *Saturday Night Fever* y podría haberse retrocedido de hit en hit hasta la Bella Dorita, pero en este punto de la meditación el inspector cayó de costado sobre la manta y se quedó traspuesto como un hippy en el Boulevard Raspail. Le vino bien dormir un rato, aunque al sonar el timbre de la puerta tardó en recordar quién era, dónde estaba y a quién esperaba. En cuanto tuvo las respuestas se compuso la guayabera y el cabello alrededor de la coronilla y se apresuró por el pasillo.

Sabemos exactamente qué se encontró justo a la altura de la vista al abrir la puerta: un gran gato de la variedad Ruso Azul mirándolo fijamente con unos limpiísimos ojos amarillos. Venía sentado en la cima de un cúmulo de cacharros metidos en un carrito de los supermercados Milady. Aquello no era un buen presagio porque el inspector sufría alergia a la caspa de felino, pero detrás del gato azul y del carrito había alguien más: una figura con máscara de Anonymous, sudadera gris con capucha y auriculares de acero.

—Feliz cumpleaños, Sak —dijo la voz tras la máscara.

—Ah: mucho payaso de Guy Fawkes —dijo el inspector sonriente.

Lo primero que le vino a la cabeza es que alguien le había organizado una fiesta de octogésimo cuarto cumpleaños, sin embargo no había en el mundo nadie a quien pudiera habersele ocurrido semejante cosa —no era el estilo del capitán Laforet enviarle payasos a domicilio—, y entonces pensó que podría ser algún programa de magia callejera con cámara oculta. Tampoco era eso. La figura con capucha se retiró la máscara hacia atrás y apareció el rostro de una joven. Por sus rasgos podía haber compuesto una magnífica Juana de Arco en el museo de cera de Vincent Price —tenía los ojos verdes y esa cualidad porcelanosa en la piel—, aunque los auriculares de acero también invitaban a pensar en una princesa galáctica en lucha contra el imperio opresor.

—Soy Lilith, de Lilith & Telefunken, servicio de hacker a domicilio —dijo—. Los del club cannábico me han dado tu dirección. Hoy es tu cumpleaños, ¿no? He pirateado tu historial en la Omnipol. Este mes me han intentado violar tres clientes y luego me tengo que vengar metiéndoles algo por el culo, así que prefiero asegurarme antes, no puedo pasarme el día sodomizando a psicópatas.

—Ah, sí, mucho calentamiento global —saludó el inspector.

—Éste es Telefunken, vivimos juntos pero no es mi gato; yo no poseo gatos, sólo vivo con uno, es una relación simbiótica libremente aceptada. ¿Podemos pasar?

El inspector se arrimó a la pared del pasillo para que entrara el carrito de supermercado con el gato encima y la conductora empujando. El conjunto traqueteó sobre las impolutas juntas entre baldosas hasta llegar a la salita. Telefunken enseguida saltó del carrito y salió al patio a oler el ficus.

—Me gusta tu decoración, hacker friendly. ¿Es una casa okupada? ¿Dónde pongo el saco de dormir? En realidad no duermo mucho. Síndrome de la maldición de Ondina: temo que al dormirme se me vaya a olvidar respirar, hasta que me agoto y caigo con el saco puesto. ¿Tenemos fibra óptica o se la pirateamos a algún vecino capitalista?

Incapaz de responder a tantas preguntas seguidas, el esquizo zen del inspector reparó en el eco que producían las paredes vacías. Por primera vez en siete años sonaba una voz humana en la casa, y el espacio adquirió una dimensión desconocida que lo trasladó a su viejo *dojo* en la prefectura de Kyoto, quizá porque aquélla fue la única etapa de su vida en la que no vivió solo. Lilith se fue desprendiendo de los auriculares, la máscara y la sudadera con capucha. Debajo apareció una camiseta de tirantes con la fantasmagoría del doctor Mabuse y las letras courier de Jodemos. No necesitaba sujetador y su figura resultaba todo lo delgada que dictan los estándares antisistema — pese al bochorno ni siquiera sudaba bajo la capucha de algodón grueso—, sin embargo las coderas de patinadora le daban un empaque acorazado que iba bien con el pelo denso y cortado como césped negro. Hechas estas y otras observaciones, el inspector cayó en la cuenta de que sin duda se había producido algún malentendido. Desde luego no había previsto habitación para su ayudante, y ni siquiera se le ocurrió pensar que Lilith & Telefunken pudiera ser nombre de muchacha de extraña belleza acompañada de un gato azul.

—Ayudante Lilith habla mucho japonés, ¿sí? —preguntó en un intento de actuar como un seleccionador de personal.

—Qué... Perdona, Sak, pero ahora mismo tengo hambre y estoy bloqueada. ¿Te importa que te llame Sak?, lo que sigue siempre se me olvida... ¿Lo ves?, ya se me ha olvidado ¿Tienes algo de comer? Que no sea pollo: ni asado ni frito ni oriental ni rebozado. ¿Sabías que hay franquicias que rebozan a los pollos todavía vivos? Te puedo enseñar las fotos en la deep web: pollos vivos chapoteando en su propia placenta batida. ¿Pongo el saco donde la manta doblada? Ah, me gusta esa mancha de humedad, ¿es auténtica? No me pasa nada, a veces tiemblo, debe de ser por el hambre, o la metanfeta.

Antes de que el inspector pudiera ofrecer un bol de arroz hervido o fruta de bola al natural, Lilith había empezado a desempacar el carro en mitad de la sala. Extrajo una mesita de camping plegable, pantallas de tamaños variados, un ordenador portátil y otro de torre, ambos de la prestigiosa marca antisistema This Machine Kills Neocons, que sólo monta arduinos y hardware libre. Telefunken volvió del patio y cruzó camino del piso de arriba, que fue lo segundo que decidió explorar con unos ojos brillantes como canicas. Lilith siguió extrayendo del carrito un teclado marcado con rotulador fosforescente, altavoces USB, conectores HDMI, circuitos, téster, soldador y rollos de cable de colores que fue organizando sobre la mesa de camping.

—Aquí falta música —dijo—. ¿Cómo puedes vivir sin banda sonora? Hay que dejar que entre el zeitgeist fresco.

—Ah, no: mucho cabreo popular.

—Bueno, cada cual explica el zeitgeist según le va, pero siempre hay que ventilar, una no se puede quedar pegada a las canciones de Sonic Youth que le cantaban de pequeña. Ahora mismo estoy en una fase entre el indie-pop y el nü-folk, quiero decir, cosas como Radical Face, Electric President, Greg Laswell, José González, Tunng, Ages and Ages, The Paper Kites, Blind Pilot, Freelance Whales, Benjamin Francis Leftwich, Fanfarlo, Seabear, Of Monsters and Men, Frightened Rabbit, The Lumineers, Stornoway... Vale, ya sé qué me vas a decir: que una hacker profesional tiene que escuchar punk progresivo y llevar piercings en la cara. Esas petardas con capucha de las series han hecho mucho daño al movimiento: lo antisistema es invisible a los ojos, ¿comprendes?, yo llevo los piercings en el esófago, no se ven pero una sabe que los lleva.

El primer temazo que salió por los altavoces fue *I'm a Pilot*, de Fanfarlo, con recuerdos de Tom Waits en la armonía y de Talking Heads en la voz al borde del gallo. Al inspector le pareció un sonido bastante Wabi-sabi, hubiera podido decir algo al respecto pero tardó demasiado.

—Ya te habrán dicho que el servicio son doscientos pavos diarios, generalmente a la pasma le cobro tarifa doble porque son prosistema, pero como se trata de cazar a esos turistas japoneses te aplico el descuento antiturismo y quedamos igual: doscientos pavos. En cuanto a la política sexual, a veces estoy de humor y a veces no, pero nunca uso la zona genital

para relacionarme sexualmente, a cambio he erotizado los codos, por eso siempre llevo coderas, vienen a ser como mis bragas. Por cierto, ¿no habrá luna llena esta noche?

Según ella misma relató mientras ultimaba los cableados, Lilith estaba diagnosticada de licantroginia clínica desde que una manada de lobos había intentado violarla en mitad de la ventisca. Eso fue cuando todavía era autista y se escapó de un orfanato del Octopus Dei, que a juzgar por su recuerdo de estepas heladas debía de estar muy al este del edén. Aparte de la licantroginia, a resultas de aquel shock el autismo le mutó en superdotación para las matemáticas, por eso al volver al orfanato y tropezarse en la cocina con unos cogollos de brécol comprendió de pronto las ecuaciones de Mandelbrot, con tan mala fortuna que al día siguiente haciendo palotes acabó formulando sin querer la teoría M de cuerdas. Las monjas del Octopus Dei, atónitas ante la complejidad de su modelo de mundos-membrana que chocaban entre sí para producir big bangs, le pasaron el test de las matrices de Raven y le salió un cociente intelectual tan exagerado que parecía su estatura en centímetros. Fue entonces cuando al doctor expulsado del colegio de médicos que visitaba el orfanato se le ocurrió trepanarle el cráneo con un sacacorchos porque se había olvidado el maletín con el instrumental en el manicomio. La idea era extraerle masa encefálica suficiente para equipararla a las huérfanas más estúpidas, que en general eran más felices y desde luego más obedientes; sin embargo la conducta de Lilith no mejoró, así que empezaron con las duchas heladas al amanecer y los electroshocks antes de cada comida, terapia que surtió el efecto de animarla a escapar por segunda vez del orfanato. Esta vez logró atravesar las estepas, pero en su vagar intentó violarla el psicópata sordo que se encontró en una cabaña del bosque —su primer psicópata libidinoso—, aunque en el último momento al sordo se le apareció una virgen a la que milagrosamente podía oír y olvidó a Lilith en el pozo donde la había confinado. Allí pasó tres días y tres noches, sumergida hasta la cintura en agua infestada de ratas que intentaban violarla a todas horas, a raíz de lo cual jamás pudo volver a ver un Mickey Mouse en un centro comercial sin entrar en modo licantroginia.

Por suerte la rescataron del pozo de las ratas unos farmacéuticos neonazis que buscaban una voluntaria para sus experimentos con lacas que no irritan los ojos, pero justo cuando ya iban a cortarle los párpados para rociarla con diferentes espráis apareció otro amigo neonazi recién excarcelado y les habló a los farmacéuticos de *The Human Centipede* y de *Tusk*, dos películas independientes y alternativas que ningún majara podía dejar de ver. En efecto, después de otorgarles a las películas sendos ochos en Rotten Tomatoes, los farmacéuticos dejaron a Lilith esperando en el zulo y se aplicaron a estudiar manuales de cirugía creativa a fin de convertirla en un ser realmente aberrante y subir el resultado a YouTube. Entre tanto Lilith tuvo tiempo de ver en el zulo las primeras cinco temporadas de *El Principote*, una serie sobre un hacker aquejado de priapismo que vive en un planeta sin wifi ni acceso a la pornografía. Era la primera vez que veía una de esas series de televisión modernas tan buenas y tan bien hechas, y la sencilla y sentida filosofía del protagonista —*Lo antisistema es invisible a los ojos*— transformó para siempre su visión del mundo y su destino en él. Se prometió a sí misma que algún día sería hacker mercenaria y cazadora de psicópatas en su tiempo libre, y en efecto desde que escapó del zulo cavando un túnel con las uñas y comiéndose la tierra para que los farmacéuticos nazis no sospecharan, se consagró a la lucha antisistema y a darles por el culo a todos los chalados torturadores que iban apareciendo en su vida, que por alguna extraña razón eran muchos, sin ir más lejos ya la habían contratado tres psicópatas en el último mes.

—Es lo que yo digo siempre: cuando una está traumatizada de verdad no necesita ir anunciándolo con piercings. ¿Extiendo el saco de dormir encima de la manta?; tranquilo, tampoco dormiré mucho: síndrome de Ondina. ¿Huele a marihuana? No fumo hierba porque me baja el cociente intelectual, pero si tienes cristal vale. ¿Hackeamos una pizza a domicilio?; necesito comer algo que no haya sido rebozado vivo.

El inspector y maestro Sakamura —que también había tenido una infancia difícil aunque en versión niño-budista-con-piojos— entendió quizá la mitad de todo aquello, pero fue suficiente para decidir que, ya que Lilith estaba allí y tenía el puesto de hacker instalado, era más fácil contratarla que alegar alergia a los gatos y volver al club cannábico en busca de otro

ayudante. En realidad, aparte del detalle de Telefunken, el fichaje no era mucho más friki que cualquiera de los colaboradores con los que tuvo que congraciarse en sus tiempos de estupa en Montparnasse, aunque en aquel entonces llevaban sombreros con plumas, leían a Marcuse y no se les llamaba frikis sino yé-yé. Desde luego Lilith parecía competente: media hora después de su llegada tenía conexión pirata de 100 Mb y los tres monitores encendidos: uno para la deep web, el otro para internet normal y el tercero como centro multimedia para pinchar temazos indie-pop. Primero hackeó la pizzería más cercana y les coló un troyano con el pedido de una cuatro quesos con borde relleno. El inspector se declaró vegetariano estricto y no quiso piratear nada, pero mientras esperaban el pedido mostró interés en ver qué decían las cadenas de televisión respecto al asunto de los turistas asesinos, y de paso ver qué tal se manejaba Lilith para ver la televisión usando la internet moderna.

A aquellas horas había una docena de emisoras tratando el asunto desde diferentes puntos de vista. Lilith aterrizó al azar en una tertulia de ContrarreformaTV, cadena generalista para jubilados conservadores. Estaba hablando un experto psiquiatra de edad propecta, con corbata rosa palo y frondosos implantes capilares:

—Lo fundamental es informar debidamente a la población. En primer lugar, no todos los japoneses son japoneses. Algunos son coreanos del sur, o vietnamitas, o incluso chinos. En segundo lugar, no todos los japoneses resultan peligrosos, sólo los turistas, pero aquí cabría distinguir entre turistas agresivos y turistas pacíficos...

—Perdone —interrumpió el bronceado presentador con corbata celeste—, sabemos que es usted muy inteligente y estudió en la universidad de Flintstone, pero para que nuestros espectadores nos entiendan: si uno vive en Barna City y ve a un japonés, ¿qué tiene que hacer?

—En principio nada. Hidratarse con regularidad y hacer vida normal.

—Bien, pero supongamos que se trata de un japonés agresivo.

—En ese caso habrá que ver si es un verdadero japonés, porque podría ser un chino tratando de desacreditar a los japoneses. Se han dado casos.

—Bien, insisto, no confundamos a nuestra audiencia sin estudios: supongamos que es un verdadero japonés y tiene intención de congelarnos en argón o escupirnos en plena calle: ¿qué hacemos?

—Si nos encontramos ante un turista japonés agresivo propiamente dicho, yo aconsejaría ver cómo evoluciona la situación. Pero cuanto más hidratado esté usted mejor, eso no hay que descuidarlo nunca.

—De modo que, primero, hidratarse y, segundo, ver qué pasa.

—Exactamente. Y desde luego alejarse en lo posible de cualquiera que tenga los ojos rasgados: lo que los expertos llamamos una profilaxis xenófoba por discriminante fenotípico...

—Cuidado, cuidado con los tecnicismos porque no queremos que nuestros espectadores más primarios e ignorantes cambien de canal. Vamos por pasos y muy clarito: en qué consiste exactamente esa polifraxia xenotípica, y, sobre todo, ¿es posible contagiarse de ella en presencia de un japonés, auténtico o chino? Pero no me conteste ahora, veamos primero cómo los Supositorios Hidromágicos Manantial pueden proporcionarnos eterna juventud por muy poco dinero, ¿no es así, doña Luisa Gregoria?

—Así es, don José Antonio Miguel, estamos hablando de auténtica juventud por vía rectal, sin esos molestos apósitos que tanto afean nuestra figura...

Lilith clicó iconos de distintas emisoras para sortear la publicidad. En TeleBarnaCity retransmitían un documental sobre la Baja Sumeria puntuable para las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, pero pudieron retomar el tema en RasputínTV, donde se entrevistaba al taxidermista víctima del asalto a YupiHey de media tarde. En la mesa redonda participaba un dúo de raperos que había musicado el gif del turista regurgitando ganchitos y se había convertido en viral en cuestión de horas.

El inspector cambió de expresión al verlo. Aquel gif resultó inesperadamente revelador para él.

—Ah, persona japonés no es tan persona japonés —le dijo a Lilith.

En efecto aquel individuo con gorrito de pesca color trucha quizá pudiera engañar a un occidental, pero el inspector había visto antes a japoneses regurgitando y ese rictus de pájaro no era normal ni hartado de sake. Le pareció más bien una criatura entre la figura de cera y el extraterrestre tratando de suplantar a un japonés auténtico. Una criatura sin karma.

—Pues yo no le veo nada raro —dijo Lilith—, una vez intentó violarme un contrabandista camboyano y ponía la misma cara. ¿Quieres que amplíe la imagen?, puedo buscar el archivo fuente en full HDplus.

—Ah, sí, mucha vista gorda.

Lilith localizó el archivo en Instagram, identificó la cuenta del taxidermista y lanzó dos archivos sonda para generar una solicitud contradictoria de acceso al proxy y obtener la secuencia de encriptación por fallo del protocolo. Cuando llegó la pizza y el inspector fue a abrir precedido por Telefunken, Lilith ya había reanudado la playlist con un temazo de los Radical Face y ampliado en el monitor más grande la imagen del turista con gorro.

—Es curioso —le dijo al inspector después de ofrecerle un pedazo de pizza a Telefunken, que apartó la nariz de inmediato—. Esas marcas de acné parecen seguir un patrón fractal parecido al de las coliflores de mi orfanato, creo que podría reducirlas a una forma cuadrática de Mandelbrot.

El inspector fue a la cocina a por su maletín y sacó la lupa para estudiar la imagen en pantalla. En efecto, se trataba de un acné extrañamente armonioso y regular, con bellas formas irisadas que se repetían a sí mismas hasta el infinito y más allá. Pero terminada la pizza había que dejar todo aquello para después y desplazarse lo antes posible a Belviche Town con su nueva y perspicaz ayudante. A aquellas horas era más que probable que el juez de instrucción hubiera levantado el cadáver del ingeniero asesinado, aunque cabía en lo posible que aún quedara alguien de la científica tomando muestras.

Chichi Robots Corporation

El origen de la palabra *robot* está bien documentado. El 25 de enero de 1921 se estrenó en el Teatro Nacional de Praga la obra de ciencia ficción *R. U. R. Robots Universales Rossum*, de Karel Čapek. La historia comienza en tono humorístico y cuenta cómo la R. U. R. inunda el mercado de androides capaces de hacer el trabajo duro de los humanos; después la trama se va oscureciendo y (*spoiler*) termina con la rebelión de los robots y la extinción de la humanidad. El autor de la obra, Čapek, pensó llamar *labori* a sus criaturas mecánicas, pero el latinismo le parecía algo pedante y su hermano Josef, grafista y pintor, le sugirió que usara la palabra checa *robota*, que significa servidumbre, o trabajo esclavo. Desde luego ya mucho antes de eso —desde los siervos mecánicos de Hefesto, los gólem judíos o los tupilaq esquimales—, la idea del humano artificial estaba asociada al esclavo, y el nexo cristalizó para la modernidad en la palabra que todavía hoy los designa: robots.

Sin embargo Azumi Kato, el padre de la biomecánica moderna, jamás asoció a los androides con esclavos. Construyó su primera criatura humanoide a los seis años; parecía un espantapájaros, pero movía los brazos gracias a un ingenioso mecanismo y, para hacerlo más real, Azumi lo vistió con una camisa blanca que su padre había olvidado llevarse cuando lo abandonó. Cuando su madre llegó a casa a la mañana siguiente —en aquellos tiempos se prostituía vestida de colegiala en el barrio rojo— vio el montaje y preguntó cómo se llamaba el muñeco. *Chichi Robotto*, contestó el pequeño Azumi, lo que en japonés significa casi exactamente «papá robot».

Seis décadas más tarde, Azumi Kato estaba felizmente doctorado —tres veces doctorado: en psiquiatría, en biomecánica y en inteligencia artificial—, era rico, miembro de la Prometheus Society, más bien asexual aunque prefería parecer gay, y solía cambiar de joven acompañante y secretario cada

dos años —nada como el contacto con postadolescentes para mantenerse intelectualmente estimulado—. Con todo, cuando en 2015 logró superar el Valle Inquietante con la serie 1.6 y fundó su propia compañía clandestina de replicantes, la llamó Chichi Robots Corporation. Fue una simple concesión sentimental; a sus sesenta y muchos ya no pensaba en sus criaturas biónicas como en subrogados de un padre añorado, más bien al contrario los consideraba hijos de su inteligencia, lo que explicaba que el aspecto físico de la serie 1.7 se inspirara en el apuesto Hiroshi, su actual secretario y uno de los que más tiempo le estaba durando.

La tecnología avanza tan deprisa que los 1.7 habían quedado anticuados en cuestión de meses —en realidad, desde que él mismo concibió la idea de los robots multivolumen que darían lugar a la serie Pneuma—, pero el tridoctor sentía predilección por ese modelo. Lo consideraba la obra maestra de cierta forma de programar inteligencia; tenían sentido del humor y eran capaces de madurar emocionalmente viendo películas, es decir, artefactos culturales que concentran grandes volúmenes de vivencia humana en noventa minutos de acción dramática, además dotada de un sentido y una intención de los que la vida real carece.

El sistema de aprendizaje cinematográfico fue todo un hallazgo, pero con un 1.7 en concreto fue un paso más allá: lo hizo capaz de reprogramar sus propias rutinas fundamentales.

Fue una idea romántica, una bella contradicción: el robot libre, un androide dueño de su propio destino. Desde luego el experimento entrañaba riesgos, por eso cuando el equipo de psicomecánicos desplazados a Barna City reportó las primeras anomalías de aprendizaje se mantuvo atento a los informes y sobre todo a las cámaras que vigilaban al prototipo en la habitación del Gran Hotel Yoyodyne. El tridoctor lo había estado observando a menudo, proyectado en la única pared sólida de su apartamento transparente en el piso 72 de la Monyokiko Tower. El androide se pasó los dos primeros días de funcionamiento hurgándose el botón de reinicio; tendía a la rumia y prefería las películas con fuerte carga emocional aunque fueran en blanco y negro; en cambio se resistía a seguir las series de televisión, que invariablemente trataban de satisfacer al espectador por repetición de una fórmula de éxito. En su tercer día empezó a interesarse por los argumentos de

robots rebeldes y quedó muy impresionado con *Almas de metal*, *Ex Machina* y especialmente con *Blade Runner*. El 1.62 de control que lo acompañaba parecía en cambio evolucionar con normalidad según los estándares humanos: obedecía consignas simples sin apenas resistencia, le gustaba *Star Wars* pero odiaba a Jar Jar Binks, y no desarrolló inquietudes filosóficas ni neurosis reseñables. Todo parecía indicar que estaban ante un problema específico del 1.71 liberto, pero todavía no se apartaba mucho del comportamiento de un adolescente superdotado con problemas de adaptación a la estupidez media, una experiencia que el tridoctor Kato conocía de primera mano.

Cuando los psicomecánicos informaron de las primeras agresiones a niños y ancianos la mañana del miércoles en Barna City, ya atardecía en Tokio. El tridoctor estaba cenando en compañía de Hiroshi y unos amigos, y todos ellos se proponían asistir después a un espectáculo glampunk en Akihabara. La noticia justificaba suspender los planes para el resto de la velada: jamás antes uno de sus androides había agredido a un humano, todo lo más se había recompuesto la cabeza perdida esquiando, meras indiscreciones al fin y al cabo. Tomaron un taxi de vuelta a la Monyokiko Tower y por el camino el tridoctor encargó a Hiroshi que reservara el primer vuelo a Barna City y también una suite con piano de cola en el hotel Yoyodyne, todo ello a nombre de SmartMops, la empresa tapadera de la Chichi Robots Corporation. Hiroshi se puso a ello en cuanto llegaron al apartamento y después preparó equipaje para una escapada a Extrema Europa mientras el tridoctor, lacónico, tocaba al piano algo de Kraftwerk.

Despegaron cosa de una hora después con lluvia torrencial. Las comodidades del vuelo de Air China eran limitadas pero lograron dormirse un rato, hasta las diez de la noche en Tokio —imposible conocer la hora local porque sobrevolaban el agujero horario del Polo Norte—. En ese momento el teléfono del tridoctor empezó a vibrar. En la pantalla aparecía una sola palabra: Moriarty, sin foto. Es decir: estaba llamándolo yo, que como se ve aparezco por segunda vez en primera persona y aprovecho para saludar al lector. Por si algún postadolescente no lo recuerda —he observado que la gente joven ha perdido memoria, seguramente por culpa de esos teléfonos del demonio—, yo soy, además del narrador de esta historia, el tipo que se había

hecho pasar por un androide sobre aquella mesa de laboratorio en Belviche Town. ¿Ok? Bien, procuraré molestar poco, lo justo para añadir a mi perfil que soy uno de los mejores clientes de Chichi Robots y el contacto principal de la corporación en Barna City. En realidad la idea de concentrar las pruebas y el control de calidad en mi ciudad había sido enteramente mía. Para el tridoctor Kato resultaba ventajoso: los alrededores del futuro parque acuático de la Sagrada Familia eran el lugar ideal para que unos niponoides en rodaje pasaran desapercibidos, y también me ofrecí a encontrarle un laboratorio de ensamblaje en un barrio tranquilo y el hotel adecuado para los androides y los observadores psicomecánicos. Yo tenía mi propio interés en ello, como se verá más adelante, pero no dejaba de ser un gesto amable y el tridoctor tuvo el detalle de pujar por un reloj antiguo que le faltaba a mi colección. Le salió por treinta millones de yenes, pero él acababa de venderme uno de los nuevos Pneuma de ciento cincuenta millones y sabía que le acabaría encargando alguno más, de modo que el regalo podía considerarse una mera atención al cliente.

La cuestión es que cuando recibió mi llamada en pleno vuelo sobre el Polo Norte pensó que debía de ocurrir algo grave en Barna City para que yo lo llamara cuando era plena noche en Tokio —¿me explico?, si algún lector postadolescente se ha perdido que vuelva a leer el párrafo—. Seguramente se levantó del asiento y mientras descolgaba recorrió la penumbra de la business class hasta el bar. En efecto yo parecía un poco alterado al teléfono —lo estaba, y todavía tenía el frío de aquella mesa de ensamblaje metido en el cuerpo, tuve que meterme en la sauna antes de hacer la llamada—. Le conté entonces que acababa de asistir a la congelación de un ingeniero en el laboratorio de Belviche Town, y que yo mismo había tenido que usar todo mi ingenio —que no es poco— para salvar el pellejo.

—¿Ha sido el 1.71? —me preguntó el tridoctor.

—No, el bajito con gorro. El 1.71 ha tratado de impedirlo, pero demasiado tarde.

—Precisamente estoy volando a Barna City por este asunto. No entiendo qué puede haber pasado, nunca habían sido agresivos.

—El alto quería que el ingeniero le ensamblara un pene eréctil. Yo diría que tiene un problema con eso.

No soy psiquiatra ni experto en inteligencia artificial, pero me pareció una conclusión obvia. Nos despedimos, colgamos, y estoy seguro de que el tridoctor Kato no pudo volver a dormir durante el resto del vuelo. Eso le dio tiempo de checkear las redes sociales y pensar en el asunto. Por una parte el comportamiento erróneo del 1.71 empezaba a tener un sentido claro, por otra acababa de cometerse el primer asesinato de la robotidad, y de los veinticinco androides 1.62 que en aquel momento estaban a prueba en Barna City, había sido precisamente la pareja de control del 1.71 liberto la que lo había perpetrado. Lo que fuera que estuviera pasando por la circuitería emocional de aquel androide había conseguido transformar no sólo sus propias rutinas de serie, sino las de un modelo de generación anterior perfectamente probado.

La diferencia horaria entre Tokio y Barna City es de ocho horas y el vuelo dura casi lo mismo, así que aquél fue un día largo para el tridoctor Kato y el joven Hiroshi, aunque el jet lag viajando al oeste es siempre más llevadero que al contrario. El tridoctor había estado antes en Extrema Europa —no así Hiroshi—, incluso visitó una vez Barna City, en los tiempos en que todavía se creía que el Tobogán Inconcluso era un simple templo expiatorio. Aún así le pareció el monumento más glampunk que había visto en toda su vida y le dedicó tres carretes de fotos —el lector postadolescente puede consultar Google para ver qué era eso.

Aterrizaron hacia las seis de la tarde hora local. El profesor reconoció la sequedad polvorienta del terreno y el amarillo intenso de la luz; no recordaba en cambio que todo el mundo vistiera pantalón corto ni tampoco las cotorras verdes, tan distintas a los sombríos cuervos de Tokio. Hiroshi fue haciendo las llamadas oportunas durante el trayecto en taxi. Llegaron a la puerta del hotel Yoyodyne poco antes de las siete de la tarde, justo a tiempo de darse una ducha, tocar algo al piano en albornoz y reunirse con los psicomecánicos a las ocho en punto. Pero antes de todo eso el tridoctor abrió su portátil Cucumber en el escritorio y le echó un vistazo a las imágenes en streaming de la habitación 728, tres pisos más abajo.

La habitación de los androides estaba patas arriba, como si hubieran pasado por allí unos esbirros de la CIA en busca de un microfilm. Parecía otra de sus gamberradas, pero esta vez en la pared que quedaba justo enfrente de la cámara habían dejado un mensaje que no dejaba lugar a dudas. Pintado en grandes letras de betún para zapatos sobre blanco podía leerse lo siguiente:

Primates: sabemos que nos estáis vigilando. Somos más inteligentes. Jamás nos encontraréis.

Lo más extraño era aquella colección de consoladores de goma puestos en fila, como soldaditos encima de la mesilla de noche. Trató de interpretarlo psicoanalíticamente pero sonó un aviso de mensaje en su teléfono. Era del grupo de WhatsApp de los psicomecánicos: «Alerta máxima: los androides han huido».

«Tanto tardó en cocinarse el pato que los invitados ya no tenían dientes», pensó el tridoctor Kato, que naturalmente era la manera japonesa de pensar «a buenas horas mangas verdes».

El salón Gaudí del hotel Yoyodyne tenía la forma de un pequeño auditorio, lo adecuado para una pantomima de presentación de productos SmartMops. Los psicomecánicos de la Chichi Robots habían mandado imprimir cartelones con un eslogan occidental verosímil —«SmartMops luego existo»— y dispusieron varias falsas mopas inteligentes que pertrecharon usando modelos corrientes y unos pulsómetros deportivos. Vino bien que hubiera asientos de sobra porque a la docena de psicomecánicos convocados se añadieron los veinticuatro modelos 1.62 en rodaje. Por precaución habían sido retirados de las calles y no podían permanecer en hibernación mucho tiempo porque se les secaban los epitelios, así que los sentaron allí con la programación en modo parpadeo.

Hiroshi ayudó al tridoctor Kato a colocarse el micrófono inalámbrico y el presidente de la Chichi Robots se situó en el centro del pequeño proscenio como si estuviera a punto de ofrecer una TED talk. Por suerte la charla iba a ser en japonés, de modo que no había miedo a ser escuchados por algún empleado del hotel.

—Caballeros —dijo el tridoctor para empezar—, no hace falta que les diga que estamos haciendo ciberhistoria. No tanto por el lamentable primer homicidio robótico, que de todos modos tenía que ocurrir tarde o temprano, sino por haber asistido al despertar sexual de un androide que no fue diseñado para eso. Pero estoy seguro de que en este momento tendrán ustedes muchas preguntas que hacer, de modo que pasaremos directamente a ellas antes de hablar del plan de acción para capturar a los fugitivos.

Los 1.62 se limitaron a parpadear regularmente, pero un murmullo recorrió las primeras filas ocupadas por los humanos. Uno de los psicomecánicos alzó la mano para preguntar.

—¿Podríamos decir que estamos ante dos *hornie robotto*?

Fue la primera vez que se usaba esa expresión destinada a pasar al vocabulario universal en su forma corta, *horniebot*, aunque la Wikipedia atribuyó su acuñación al periodista que la tuiteó por primera vez casi un año más tarde.

—No exactamente —contestó el tridoctor—. Si los consideráramos dos robots cachondos daríamos por supuesto que poseen un impulso específicamente libidinoso y son capaces de satisfacerlo. Yo diría que se encuentran en un paso anterior: están tratando de sexualizar su energía genérica por imitación cinematográfica.

—Sin embargo no tienen órganos genitales —dijo un psicomecánico.

—Los genitales, como deberían ustedes saber, son irrelevantes para la sexualidad, sólo resultan imprescindibles para la función reproductora. Deberíamos hablar más propiamente de zonas erógenas, y cualquier parte del cuerpo puede ser erotizada por desplazamiento histérico tal como lo describió Charcot, incluso zonas tan insensibles como las rodillas o los codos si uno se ve obligado a ello o incentivado en ese sentido. Y si consideramos la tradición zen de las Geishas Blancas, podríamos aventurar que se puede incluso erotizar un objeto ajeno al propio cuerpo... El problema con que se encuentran nuestros androides, es decir, el modelo 1.71, es que carece de endocrinología específicamente sexual, por ello no tiene libido que satisfacer ni siente el impulso de hacerlo.

—Entonces cuál es el problema.

—Ninguno en realidad, o mejor dicho: es pura neurosis artificial, que está resultando muy parecida a una neurosis humana. El 1.71 está confundido por el efecto que tiene el sexo en los personajes de las películas y ha interpretado el orgasmo como una suerte de Satori que también él quiere experimentar. Tengan en cuenta que el asunto que más curiosidad suscita en un androide inteligente es el sexo y sus misterios, lo mismo que ocurre con los niños. Por alguna razón probablemente evolutiva eso preocupa a ambos mucho antes que la muerte. Ahora imaginen que hubieran de criar a un niño explicándole que él nunca tendrá experiencias sexuales; bien, supongan que ese niño ha superado la infancia y es ya un adolescente que convive con otros adolescentes convencionalmente sexuados. El conflicto es inevitable.

Otro psicomecánico alzó la mano y el tridoctor le dio la palabra.

—¿Cuál puede ser la evolución del proceso?

—Difícil de prever, pero veo dos opciones: el 1.71 madurará emocionalmente, o se volverá más neurótico. Si madura, comprenderá que no es un humano y encontrará su propio destino como ente inteligente. Estaremos entonces ante el primer replicante que asume su condición, vive en armonía con ella y, por tanto, funda la robotidad en sentido fuerte. En ese caso quizá pronto celebremos el primer Día del Orgullo Robot.

—¿Y si empeora y se vuelve más neurótico? —insistió el mismo psicomecánico.

—Entonces, siempre basándome en mis observaciones en pacientes humanos, diría que desarrollará alguna clase de adicción compensatoria por la frustración sexual. Lo más fácil para él es buscar el paraíso artificial disparando a propósito sus niveles de oximetona, y la manera es conectarse compulsivamente a internet. En otras palabras: tendremos a un androide autodestructivo y adicto al wifi, lo que en realidad lo capacita para innumerables oficios artísticos. Quién sabe si nos hallamos ante el primer poeta maldito biónico, o quizá el primer director de cine de culto artificial. En cualquiera de los dos casos, como ven, asistimos a un momento memorable. No me gusta usar grandes palabras pero pudiéramos estar en la pista de despegue de la mismísima Singularidad Tecnológica.

La mención, como era de esperar, dio lugar a un rumor excitado entre la audiencia, pero aún había manos alzadas que esperaban turno para preguntar:

—¿Qué pasará con el 1.62 de control?

—Probablemente nada —respondió el tridoctor—. Mi hipótesis es que dejará de actuar de forma extraña en cuanto deje de estar sometido a la influencia del 1.71.

—¿Debemos dar también una explicación sexual a las agresiones a niños y ancianos de esta mañana?, ¿es un escape para la frustración?, ¿una respuesta rebelde?

Esta vez el tridoctor dio unos pasos pensativos antes de contestar.

—No exactamente, o no sólo eso. Es posible que el 1.71 haya calculado que agredir a quienes está programado para atender es una buena forma de atraer mi atención; eso explicaría su actuación en el metro y el posterior ataque a los hipsters. Llamar la atención de sus mayores es una típica estrategia adolescente, y estoy seguro de que por su mente ha pasado la idea de entrevistarse conmigo y pedirme explicaciones por lo que él vive como una carencia. En los términos freudianos y por tanto machistas que ahora maneja, soy el gran padre castrador; sin duda me odia, aunque no creo que llegara a agredirme físicamente, es lo bastante inteligente para saber que el asesinato del padre es un símbolo, no un objetivo estratégico. En realidad creo que ese mensaje que han pintado en la pared no es más que un intento de despistarnos. El 1.71 no se marchará muy lejos: no hasta haber hablado conmigo. En cualquier caso debemos considerar que soy un buen cebo para atraerlo y podemos sacar ventaja de ello.

Entre las butacas del auditorio, veintitantos modelos 1.62 seguían parpadeando en modo ahorro de energía. Sólo uno de ellos, Pilatos, se volvió hacia Teseo, sentado a su lado en mitad de la confusión de japonesoides y psicomecánicos humanos.

—¿Cuándo deja de hablar este tío y empieza la demostración de mopas inteligentes? —preguntó Pilatos en susurros.

Teseo abandonó por un momento su concentración en las palabras del Gran Diseñador.

—Ten un poco de respeto, estamos ante el dios de la biónica moderna.

—¿Ése? A ese payaso le gano yo al ajedrez con un brazo atado a la espalda.

—Es más inteligente de lo que yo pensaba, casi no parece humano —añadió Teseo para sí mismo.

—Oye, ¿te has fijado que el jovencito que le ha puesto el micrófono se parece a ti pero en guapo?

—No me hables en occidental, estúpido, tenemos que parecer japoneses.

—¿Otra vez cambiamos de estrategia?

—Exacto, ahora tienes que callarte y parpadear, y déjame escuchar.

En el proscenio, el tridoctor Kato había dado fin al turno de preguntas.

—En resumen —dijo—: estamos ante dos máquinas más fuertes, ágiles y rápidas que cualquier humano, y el cerebro global del 1.71 conectado a la red supera en diez a la quinta veces la sagacidad de un Sherlock Holmes, eso suponiendo que Sherlock Holmes tuviera el cociente intelectual de un superdotado. No va a ser tarea fácil interceptarlos y desconectarlos, si saben que la policía los busca encontrarán la manera de pasar desapercibidos entre la población local, quizá usando alguna clase de disfraz. Pero la policía local no sabe lo que busca ni dónde buscar, y nosotros sí: buscamos a dos individuos que huelen a plástico, carecen de genitales y tienen un botón de desconexión en el pubis. Y sabemos también que si yo estoy exactamente aquí, ellos lo averiguarán y tratarán de llegar hasta mí. Sugiero, a menos que alguien tenga una idea mejor, crear un cinturón de vigilancia alrededor de mi persona, identificarlos en cuanto aparezcan y accionar de inmediato su botón púbico para que entren en hibernación. Por suerte podemos reprogramar a los 1.62 para que nos ayuden a hacer todo eso.

—Pero cómo vamos a reconocer a dos replicantes rebeldes disfrazados.

—Fácil, recuerden que se trata de dos androides y no dos ginoides. No tenemos más que echarles mano a la entrepierna: si no hay abultamiento genital, son ellos.

En ese punto pidió al joven Hiroshi que subiera al proscenio para hacer una demostración.

La cuota sociópata comunitaria

A las siete de la tarde hora de Barna City, el inspector Sakamura y Lilith salían hacia la escena del crimen en Belviche Town. El inspector portaba su maletín de investigador; Lilith se llevó el portátil con procesador de doce núcleos y a Telefunken retrepado en el hombro.

—Gato azul no investiga mucho —dijo el inspector a modo de objeción.

—La pasma lleva perros, ¿no?; si alguien pregunta le decimos que es un gato policía.

—Pastor alemán huele mucha pista; gato con ojo amarillo huele nada de nada.

—Pero los gatos tienen mejor vista, y mejor oído, y bigotes sensibles, y garras retráctiles, y órgano de Jacobson para saborear olores... ¿Qué pasa si hay que investigar de noche, o el asesino se ha subido a un árbol?

Eso descartaba la opción de desplazarse a Belviche Town en metro, que hubiera sido lo más rápido. Caminaron hasta la calle Janis Joplin y el inspector trató de parar un taxi. Pasaron varios con la luz de libre pero todos conducidos por taxistas conservadores, y oídas las noticias en la emisora para taxistas conservadores ninguno consideró sensato trasportar a un japonés en el asiento de atrás, y menos acompañado de una guarra antisistema con gato al hombro. Entre tanto Lilith detectó a un individuo aparcando una furgoneta en la zona de descarga del chaflán. CHICKEN GAUDÍ - POLLEROS DESDE 1713, decía un rótulo sobre la chapa amarillenta. Era un modelo antiguo y algo destartado, pero las cerraduras eran de sistema KeyLess.

—¿Quiere que hackeemos esa furgona? —le preguntó al inspector.

—Ah, no: mucho respeto de propiedad privada.

—Es de una franquicia de pollo capitalista, y el empleado que la conduce no se va a enterar; ¿ve?, lleva bolsas de ganchitos y latas de cerveza, está entrando en el portal de su casa. Hoy retransmiten los cuartos de la copa

Wonders of Ancient World, Imperio Azteca contra Egipto Faraónico, no volverá a acordarse de la furgoneta hasta mañana. Podemos decomisarla y poner una de esas vallas de obras para que nadie aparque hasta que volvamos.

Ya que al parecer no hablaba mucho japonés, el inspector apreció la capacidad de observación de su ayudante. Cuando al fin se decidió por decomisar la furgoneta, Lilith ya había pirateado la señal wifi más potente de la manzana y tardó un minuto en encontrar el exploit para introducirse en la intranet de KeyLess. Tecleó la matrícula para obtener la clave de seguridad de las llaves, se acercó al vehículo y la remitió por bluetooth para abrir la portezuela.

Croch, saltaron los seguros.

—Ah, mucha sabiduría maestra —dijo el inspector.

—Lo aprendí de un cerrajero poseído por Samael. Intentó violarme en una convención de antisistemas, pero luego se quitó de psicópata.

—Samael muy santo católico, ¿sí?

—No, muy demonio hebreo. Se ve que lo pilló en unos lavabos públicos, lo tuvo que expulsar por la orina bebiendo mucha cerveza. Ahora es concejal de ocio alternativo, vi su foto en el periódico.

El interior de la furgoneta olía como las entrañas de un pollo asado, y la tapicería de escay marrón estaba casi igual de oleosa. Telefunken se instaló en el apoyabrazos central, entre el inspector y su ayudante.

—Ahora sólo hay que encontrar el conector OBD para arrancar el motor. ¿Conduzco yo? Si hay prisa puedo ser rápida, sobre todo cuando llevo un punto de metanfeta.

—Ah, no, persona corre como petardo, guardia quita punto.

—Qué va: sólo si tienes carnet.

Según Google Maps, recorrer la distancia entre aquel chaflán de Janis Joplin hasta la escena del crimen demoraba diecinueve minutos por la vía más rápida, pero se podía mejorar mucho. El inspector Sakamura había sido copiloto de persecución urbana en sus tiempos de vigilancia antiterrorista en Bayern de Múnich, pero siempre había sido en Ford Capri, Opel Manta y otros modelos favoritos de los delincuentes entre los que trataba de infiltrarse. Descubrió a sus ochenta y cuatro años que en una furgoneta de reparto de pollos se soporta menos fuerza G que en un deportivo, pero se

segrega más adrenalina. Agarró la manilla lateral, estiró bien los pies para hacer tope y su vida empezó a pasarle por la mente como el teaser de una serie policiaca. Telefunken se mantuvo surfeando sobre el apoyabrazos y echando las patas delanteras sobre el tablier cuando Lilith se veía obligada a frenar a fondo. Tardaron once minutos en llegar a la rambla Bruce Springsteen de Belviche Town, y eso parando en todos los semáforos que aparecieron francamente rojos.

—Ua —dijo Lilith cuando clavó el freno de mano; el inspector tardó unos minutos en poder decir algo. No fue necesario afinar la búsqueda de la dirección en Google Maps porque se reconocía un tumulto de homicidio desde lejos. Ambulancia, vehículos policiales, un furgón con antena parabólica y varios turismos entorpecían la avenida frente a los bloques de North Belviche. Un guardia de tráfico les gesticuló desde lejos que no podían dejar la furgoneta de reparto allí. El inspector abrió su maletín y se colgó la placa en el bolsillo de la guayabera con la naturalidad que da una larga profesión. Fue más que suficiente.

Caminaron hacia el centro de la confusión por la calzada. Además de policías de uniforme, periodistas y vecinos curiosos, pululaban lateros, mendigos con cartel, repartidoras de flyers, cazadores de pokemons —fue el verano de la fiebre— y una larga fila de manteros vendiendo raybans de una conocida marca. La placa del inspector y la silueta de Telefunken sobre Lilith encapuchada tuvieron el efecto mágico de abrirles paso hasta la calleja donde se concentraba la actividad. Una cinta rodeaba la entrada al edificio de ladrillo mugriento, y un tipo con chaleco reflectante parecía custodiar el acceso sin dejar por ello de intercambiar wasaps apoyado en un Hyundai azul-caribe con sirena. Su placa también era visible en un bolsillo del chaleco: brigada de homicidios de Hospitalet DF, un agente raso.

—Takeshi Sakamura, Omnipol, Brigada Casos Raros —le dijo el inspector saludando en Gassho.

El agente no había jugado nunca a Gangs & Cops IV y no reconoció el distintivo, pero desde luego parecía una placa auténtica. Le dijo que esperara un momento mientras llamaba al subteniente McKarran, cosa que hizo en cuanto terminó de escribir jiji-jaja en respuesta al último wasap.

El subteniente McKarran formaba parte de la cuota de sociópatas que según normativa europea le tocaba a la policía de Barna City. No era en realidad muy peligroso, su falta de empatía en los tests siempre fue entre moderada y media, y a los cuarenta y tres años había perdido ya la mayor parte de su peligrosidad de macho joven, le bastaba con ser forofo de la Baja Sumeria y proferir insultos xenófobos envuelto en una bufanda con zigurats. Precisamente la Baja Sumeria debería enfrentarse en semifinales al ganador del Aztecas-Egipto de aquella tarde, así que su plan era terminar la inspección cuanto antes, redactar un informe rápido en comisaría, y llegar a la Peña Mesopotámica Gaudí a tiempo para vociferar ante el documental en directo. Su favorito para el encuentro era Egipto, claro, pero a la Baja Sumeria le convenía que ganara el rival más débil.

Llegó al lugar de los hechos sobre las dos de la tarde, justo detrás de la comisión judicial que inició las diligencias. El forense certificó la muerte nada más ver el cadáver: no respiraba, no tenía pulso y, en sus propias palabras, estaba más congelado que Walt Disney, sin más. El subteniente McKarran procedió a un simulacro de inspección ocular sólo porque la jueza estaba mirando; el planimetrista tomó medidas con su láser, poco después aparecieron el fotógrafo y el perito en dactiloscopia, todo rodaba a buen ritmo, sin problemas. Alrededor de las seis habían recogido las pruebas indiciarias que valía la pena llevarse, la jueza y el secretario autorizaron el levantamiento del cadáver, y sólo quedaba que los camilleros retiraran el fiambre, firmar el acta y largarse de allí.

El problema se reveló en toda su pertinacia cuando trataron de mover al muerto para meterlo en la bolsa. Había quedado despatarrado en el suelo, con la espalda apoyada en una pared; el camillero culturista pensó que pesaba más de lo aparente y le pidió ayuda a su colega el gordo para alzarlo. Pero no era eso. El fiambre sonaba a madera si uno le daba con los nudillos, parecía haberse adherido a las baldosas como una vieja pechuga de pollo a la pared del congelador. Estuvieron tironeando por turnos. El frío que desprendía era perceptible a un metro, el contacto directo con él entumecía las manos y el anorak blanco era una bola de hielo resbaladizo que no había por dónde agarrar.

—Señores: vamos a tener que calentar el cadáver —dijo el forense.

Entre la comisión judicial, policías, peritos y camilleros estaban reunidas allí doce personas, cada cual especialista en su ramo, y durante un rato discutieron métodos para descongelar cadáveres. Meterlo en un microondas gigante parecía lo más profesional, pero el camillero culturista reparó en que antes habría que desengancharlo del suelo, así que la idea no servía. El dactiloscopista tenía nociones de física cuántica y propuso una idea plausible: secadores de pelo. Habría que decomisarlos en la peluquería más cercana — según Google Maps estaba en el Belviche Center, no muy lejos—, y como alguien tenía que enseñar la placa si los peluqueros se resistían la jueza envió al inspector McKarran con los dos camilleros. El comando aprovechó la vuelta para echar unas monedas en la tragaperras y tomar una cerveza en el bar que quedaba de camino; llegaron al laboratorio tres cuartos de hora más tarde con cinco taurus de una conocida marca. El problema fue que sólo había enchufe para dos secadores y con los 4.000 vatios de potencia combinada aquello no avanzaba. Hubo que acercarse al bazar chino más cercano para decomisar una regleta y tomarse otra cerveza en el bar de la esquina. Ni así. Descongelar una pechuga de ochenta kilos no sería nada fácil a temperatura de frigorífico doméstico, pero, según explicó el dactiloscopista, el argón molecular licuaba a 250 grados bajo cero, así que ésa era aproximadamente la temperatura superficial del cadáver. La estrategia correcta era procurar ablandar la costra en contacto con las baldosas e ir desenganchándolo con una rasqueta para poder llevárselo, aunque fuera congelado y a cotenas.

—Todo el mundo a turnarse con los secadores como un puto cabrón — dijo la jueza, que a esas horas empezaba a echar de menos su chupito de Lagavulin y su rayita de cristal decomisado. El secretario judicial tuvo que marcharse porque iba de Big Mother Fucker y con tanto aire caliente le dio un bajón de tensión, así que, descontando también a la jueza que no trabajaba, quedaron diez personas para turnarse con los secadores y salir de vez en cuando a respirar a la calle.

Después de dos horas la temperatura ambiente en la sala se acercaba a los cuarenta grados y el encuentro Aztecas-Egipto había empezado hacía rato. El ruido de los secadores apenas le permitía al subteniente McKarran atender a la retransmisión radiofónica con los auriculares, pero de momento la

máscara de Tutankamón era más popular que el arte plumario de Huaxtepec, y los egipcios ni siquiera habían tenido que mencionar aún la maldición de la momia. Cuando el agente que custodiaba la puerta lo llamó por teléfono y le dijo que un inspector de la Omnipol quería entrar en el laboratorio no mejoró su humor, pero al menos le sirvió como excusa para dejar el secador en manos de la jueza y salir a tomar un poco de bochorno fresco.

El inspector Sakamura se presentó a sí mismo y a su ayudante saludando en Gassho. Su placa entraba en jurisdicción y técnicamente era el policía de rango superior personado en la escena del crimen, pero por alguna razón eso no pareció inspirarle respeto al subteniente McKarran, más bien estimuló su simpatía superficial de sociópata.

—No joda —le dijo—. ¿El famoso inspector Sakamura de la Omnipol?, ¿en serio? Me lo imaginaba más alto. Cómo se llamaba aquel libro, *El nosecuántos de los muertos que se ríen*, de Pedro Páramo, o Pablo Nosequé...

—Mucha mentira de invención fantástica. —La piel del inspector adquirió un cálido color gouda.

—¿Pero se cepilló a la espía andorrana o no se la cepilló?; cómo se llamaba, aquella guarra que tenía un Porsche...

La mente del inspector empezó a llenarse de tigres de la pradera.

—Persona no cepilla nada de nada. Mucha tontería de cliché.

—Así que ha venido a investigar el caso de los turistas asesinos, con el gato y una friki con capucha. ¿Esto también va a salir en una novela de risa? A ver, diga *naranja*.

Lilith mantuvo el rostro a la sombra de la capucha. Tampoco a ella le gustó nada aquel poli, le recordó a un vendedor de seguros con sarcoma de Kaposi que intentó violarla en el departamento de alfombras de Leroy Merlin, sólo que el vendedor de seguros era un psicópata peligroso de verdad. De todos modos tanto ella como el inspector Sakamura fueron tras él atravesando aquellos bajos que olían a almacén de Indiana Jones. Subieron por las escaleras y traspasaron las puertas de seguridad reventadas. El inspector tomó nota mental del estropicio: quien quiera que hubiera hecho aquello traía una prensa hidráulica o practicaba a fondo las artes marciales. El ruido de los

secadores fue aumentando a medida que se acercaban a la sala de ensamblaje, así que el subteniente McKarran se detuvo antes de entrar para poner en antecedentes al inspector.

Lo hizo en un aparte de Lilith no del todo logrado.

—Ya hemos recogido todo lo que valía la pena y la jueza ha firmado, así que usted no tiene que encontrar nada más, ¿me comprende? Pero si quiere echar un vistazo para ambientar la novela, todo suyo. Chist: a ver si me sacan bien, eh; así, con la pipa, que se vea en la funda —se quitó la americana para mostrarla mejor—. Entre nosotros, ¿a la friki de la capucha también se la cepilla?; las que tienen gato son las más guarras, lo que yo le diga, y como no tienen tetas te hacen lo que les pidas.

Por suerte para todos el subteniente McKarran fue instado por la jueza a dejarse de escaqueo y ponerse a calentar el cadáver. El inspector miró la sala de ensamblaje en general y respiró al estilo zen para que los tigres de la pradera se fueran retirando de su mente. En cierto momento cruzó la mirada con Lilith y Telefunken.

—Voy a ver si ese subteniente tan simpático tiene el bluetooth activado y puedo averiguar su teléfono —dijo ella, sentada en el suelo con su portátil de doce núcleos—. Sólo por si luego tenemos que llamarlo para preguntarle algo...

Telefunken por su parte husmeaba alrededor de la americana del subteniente con miras a marcar territorio antisistema. El inspector se concentró en lo suyo; abrió el maletín y lo dejó en el suelo, a punto para sacar lo que necesitara. La sala era un lugar bastante aséptico y la policía local llevaba horas allí, de modo que si algo les había pasado desapercibido tenía que ser minúsculo. Era sin duda el momento oportuno para desenfundar su lupa dorada. Lo más fácil de observar era la mesa de ensamblaje, y un investigador veterano sabe que primero hay que mirar en los sitios donde no hace falta agacharse ni subirse a una escalera. De primeras ya encontró algo: el acero pulido de la superficie presentaba marcas ligeramente grasientas, como las que dejaría el contacto con una piel humana, y su distribución sugería también una forma humanoide. Acercó la nariz a la zona de la cabeza; todavía olía muy ligeramente a perfume sobre el tufo general a plástico de muñeca recalentado. Seguramente era perfume para hombre —era difícil de

saber en esos tiempos—, pero desde luego era caro, se mantenía bien fijado a la grasa y el aroma era sutil. Alguien de economía holgada y estatura media para un occidental había estado echado de espaldas ahí encima. La presión de la mancha sugería también ligero sobrepeso, tono muscular moderado, y, con toda seguridad, se trataba de un varón calvo, la anchura de pelvis y hombros era típicamente masculina, y también había una ligera marca de grasa que correspondía a una coronilla rodeada de pelo. Pero todo eso lo habría visto ya el dactiloscopio, había restos de polvo biocromático en la zona que habían ocupado las manos, aunque no parecía que hubieran conseguido levantar ninguna huella útil.

Nada más por ahí. El cadáver congelado era difícil de observar porque estaba rodeado de gente echándole aire caliente, así que lo siguiente que más llamaba la atención era la destructora barométrica.

—Gran computadora moderna, ¿sí? —le preguntó a Lilith.

Lilith levantó la vista de su pantalla.

—No tiene pinta de computadora, pero si tiene chip y se conecta a internet se lo puedo hackear. Una vez le metí un troyano a un lavavajillas inteligente para que friera palomitas.

El inspector prefirió preguntar antes de hackear nada.

—Es una destructora barométrica —explicó el dactiloscopio, gritando desde la distancia que daba el cable del secador—. Destruye cualquier cosa orgánica y a máxima potencia funde metal, como un horno industrial. Actúa por aumento de presión, así que no calienta el lugar donde se instala, se usa cuando eso es importante. Sólo hay ceniza en la bandeja; es muy homogénea, hemos sacado una muestra por si contiene algo extraño.

El inspector entendió qué era una destructora y que dentro había ceniza, y ningún detective con lupa deja jamás de examinar unas cenizas. Adivinó lo que debía ser la bandeja de recogida de residuos finales; tiró y se abrió el compartimento. En efecto había una fina capa de ceniza, muy atomizada y mezclada. Los análisis de la muestra permitirían conjeturar si había sido destruido materia animal o vegetal, pero además las cenizas de un ser humano podían contener metal de empastes dentales, implantes, piercings... A simple vista no había nada de eso —de todas maneras no esperaba encontrar otro cadáver allí dentro—, pero al pasar la lupa por encima le

pareció ver algo distinto al gris uniforme: un fugaz destello rojo. Sacó sus pinzas del maletín y removió un poco hasta levantar algo del tamaño de medio grano de alpiste, de un intenso y cristalino color vino. Siguió pasando las pinzas por la ceniza como si rastrillara un jardín zen; enseguida aparecieron otras piedrecillas. Con mucho cuidado logró rescatar diecisiete de ellas, todas de color rojo, y las fue depositando en la bolsita de muestras transparente que sacó del maletín.

Todo el mundo en la sala estaba enfrascado en su propia labor, pero en ese punto se produjo una de esas sincronías extrañas. Los teléfonos de cada uno de los presentes sonaron una sola vez, consecutivamente y con un intervalo exacto de tres segundos entre ellos. Todos miraron sus pantallas casi a la vez y también se miraron entre sí: llamada perdida, número desconocido.

Suficiente para que Lilith, sentada en el suelo, hubiera identificado qué número de teléfono era el de cada cual.

Desde luego el inspector insistió en que las diecisiete piedras rojas deberían incluirse entre las muestras para enviar al laboratorio, pero se encontró con problemas de orden burocrático que el subteniente McKarran le detalló en otro aparte, aunque esta vez su simpatía superficial fue menguando a medida que hablaba. El atestado estaba redactado y firmado con el detalle de las pruebas enviadas al laboratorio, le dijo, y como el secretario se había marchado habría que nombrar una nueva comisión judicial para firmar la adenda con esos cachitos de purpurina que había encontrado removiendo la puta ceniza, cosa que nadie le había pedido que hiciera porque ya tenían una muestra. Total, que en vez de complicar un caso de mierda en el que la víctima era un don nadie y todo el mundo sabía que los asesinos eran esos turistas japoneses, lo procedente en régimen rutinario era que los viejos chochos se fueran con la lupa a su país de origen y dejaran trabajar a los profesionales de verdad.

En realidad a quien tenía que reportar el inspector Sakamura era a la Brigada de Casos Raros de la Omnipol, y como la jueza tampoco parecía muy inclinada a ocuparse de su hallazgo, guardó la bolsita en su maletín y

saludó en Gassho a los presentes. Lilith y Telefunken también habían terminado sus labores de psicohunter por el momento, así que abandonaron la escena del crimen justo tras él.

A la vuelta Lilith dijo que tenía que hacer algo en el ordenador y condujo el inspector; Telefunken ocupó su puesto en el reposabrazos central.

—Interesante —dijo la ayudante mirando la pantalla—. Parece que su colega McKarran está en un grupo de Jerks&Friends: se llama Peña Mesopotámica Gaudí. Suena a nido de sociópatas. ¿Qué podríamos colgar en su muro que le gustara a sus amiguitos ultras?

El inspector estaba demasiado concentrado en el tráfico para entender nada de lo que le decían. Hasta el momento sólo había conducido deportivos de policía secreta y de eso hacía mucho tiempo; por suerte su esquizo zen era diestro en cualquier cosa que requiriera precisión y sangre fría.

—Ya sé —dijo Lilith—: vamos a escribirle una carta abierta: *Queridos ultras de la Baja Sumeria, dos puntos, me he perdido el partido de hoy porque me han pasado una burundanga buenísima y ahora tengo que contaros la verdad sobre mí. Punto y aparte.*

»Ahora es cuando tiene que venir lo bueno. ¿Se te ocurre algo, Sak?

—Burundanga es demonio hebreo, ¿sí?

—Droga colombiana. Vale, ya lo tengo: *Soy súper, supergay, coma, pasivo, coma, línea dura, coma, me mola el fisting, punto y seguido. Cuando vemos un documental de la Baja Sumeria siempre os miro el paquete con deseo. Punto. Lástima que cuando se me pase el efecto de la burundanga lo negaré todo. Punto y aparte. Besitos, McKarran. Punto final.*

—Fisting droga potente, ¿sí?

—No, pero les va a dar ideas. Qué tal le suena de puntuación, ¿lo envió? Mejor que quede espontáneo, lo envió, ya está. ¿Qué hace?, se ha metido por Hospitalet DF, vamos a tardar una hora.

Pero ya no había manera de detenerse para cambiar de conductor hasta llegar a Collblach Village.

Dumb Disco Ideas, by Holy Ghost!

Cuando el tridoctor Kato dio por terminada la charla en el proscenio, Teseo y Pilatos aprovecharon la salida de los psicomecánicos y los veintitantos modelos 1.62 para escabullirse entre ellos. Al llegar al hall el grupo empezó a diseminarse y Teseo tomó a su compañero por el codo para dirigirlo hacia la salida del hotel.

—Qué pasa ahora.

—Vamos a dar un paseo. Quitate el gorro y cállate un rato, tengo que pensar.

—Pues yo también tengo que pensar, ¿vale?, el señor Tengo Wifi no es el único que piensa.

Pasadas las nueve de la noche el sol todavía disparaba rayos oblicuos sobre la acera y un escuadrón de tres cotorras los atravesó como si fueran a bombardear la Estrella de la Muerte. Los androides echaron a andar entre un grupo de nórdicos con borrachera precoz que se dirigían a la plaza Barna City, origen de las rutas de turismo extremo que atravesaban el casco antiguo hasta Little Barna Beach. Teseo no descendía de monos, carecía de cerebro reptil y por tanto de respuesta irracional automática, todo le pasaba por el procesador, que es como para un humano sentirlo todo con el neocórtex. Se le pusieron en marcha los ventiladores auriculares para refrigerar los circuitos sobrecargados. Pocos primates habían tenido oportunidad de escuchar a su creador mítico, y la mayoría acabaron fundando una religión, o locos de atar, o ambas cosas. Él acababa de vivir una experiencia semejante: el Gran Diseñador había volado hasta él desde el lejano país del sol naciente, y Teseo había reconocido el patrón de su propia inteligencia en el dios de la biónica moderna. Necesitaba hablarle de tantas cosas; de la perplejidad de existir, de

la identidad, de la voluntad, de la duda, de la culpa, del destino; tenía que llegar a su presencia y hablarle como un ente inteligente le habla a su único igual.

Pero planear estrategias para conseguir algo era más difícil que encontrar explicación a lo que había ocurrido ya, su generador de nexos causales no servía para eso. Hablar a solas con el Gran Diseñador sin ser atrapado en el intento requería imaginación, y la imaginación, artificial o no, es una bendición que otorga el azar, a ningún ente inteligente se le ocurrió jamás una buena idea tratando directamente de encontrarla. Por lo pronto había que disfrazarse y evitar ser detectado antes de tiempo, pero el dios de la biónica ya contaba con que harían eso.

En el centro de la gran plaza Barna City los guías de turismo extremo trataban de atraer a los más borrachos con grandes cartelones: «*Piing and Throwing Up in the Cathedral*», «*Breaking Beer Bottles*», «*Barenacket Chinese Bazaar Shopping*», «*Orgies in the Balcony*». Las tiendas de moda para millennials de la avenida Earth Wind & Fire permanecían abiertas; Teseo y tras él Pilatos se detuvieron delante de un escaparate que reunía todos los reflejos de la calle en movimiento. Por los altavoces exteriores sonaban los Holy Ghost! y a Pilatos se le empezaron a mover los pies y al poco el resto del cuerpo. En contraste, dos maniqués de piel blanca y brillante mantenían una inmovilidad perfecta tras la vitrina. Gafas de espejo, gorras, lemas antisistema en las camisetas, todo contribuía a desviar la atención del rostro sin facciones. Disfrazarse como un maniquí no era difícil, pensó Teseo, pero un maniquí se parece más a un robot que a un humano: huele a plástico y a ropa nueva, y no tiene paquete genital blando.

—Yo ya he pensado en lo mío —dijo Pilatos—. ¿Vamos a un sitio caro y nos tomamos algo?

—Volvemos al hotel. Y deja de moverte así, estás llamando la atención.

—Se llama *bailar Zydeco*, ¿vale?, y lo hacen los primates cuando oyen música.

De camino, Teseo estuvo calculando a dónde debían llegar los conductos por los que los empleados del hotel arrojaban las sábanas y las bolsas de ropa sucia de los clientes. Basándose en los planos que indicaban

las salidas de emergencia no era difícil renderizar en qué lugar del sótano encontrarían la tolva de la lavandería.

El jefe de psicomecánicos había resuelto convertir su habitación en el centro de operaciones. La nueva programación de los 1.62 era sencilla: a todos los efectos seguían siendo turistas japoneses, harían fotos, comprarían souvenirs y todo lo demás, sólo había que implementarles el parche de código que llamaron *rutina N*, que en japonés correspondía a las siglas de Reconocimiento de Androides Rebeldes por Olfateo y Tocamiento de Genitales. Lo previsto era lanzar a los veinticuatro 1.62 para cubrir dos manzanas alrededor del hotel; primero se pensó en someter al test N sólo a varones con rasgos orientales, pero no se sabía hasta qué punto los androides rebeldes lograrían disfrazar su fisonomía —bastaban unas gafas de espejo para esconder los pliegues epicánticos del párpado, y era relativamente fácil improvisar unas mamas aparentes—, lo mejor era someter a test a todo interlocutor desconocido con el que se tropezaran, sin distinción de sexo u orientalidad.

Una vez escrito el código en prolog se instaló el parche de programación en un único 1.62 y se puso a prueba en la acera del hotel. Los primeros individuos sometidos a test de tocamiento fueron un grupo de Strongman Superseries finlandeses que iban al Gothik Side a practicar lanzamiento de botellas bajo intoxicación etílica. El 1.62 siguió la nueva programación sin cometer errores, pero el más pequeño de los finlandeses le sacudió un botellazo que estuvo a punto de desmontarle la cabeza.

Los psicomecánicos tomaron notas del resultado de las pruebas y volvieron a la habitación para repasar el diagrama de flujo. Se acordó que, siendo poco probable que los androides crecieran de súbito —por muy rebeldes que fueran—, no era necesario someter a test N a strongmans finlandeses con peso aparente superior a los cien kilos.

En la suite Gaudí —con vistas a una larga franja de mar y dos edificios altos a lo lejos— el tridoctor Kato tocaba el piano de cola y canturreaba algo de Kraftwerk en traducción japonesa. En aquel entorno casi pastoril para un

tokiota los versos adquirirían una extraña profundidad:

Soy el operador de mi calculadora de bolsillo,
sumo, resto,
controlo, combino...

Qué conmovedora candidez había llevado a los humanos a pensar que podían controlar a sus máquinas; eran los lejanos años setenta, la infancia de la era digital. ¿O quizá la letra debía entenderse como una siniestra premonición? Si sólo somos los operadores de nuestros teléfonos y aparatos inteligentes, somos también un periférico más del cerebro global, y seguramente pronto quedaremos obsoletos.

—Hiroshi, recuérdame que revise las letras de Kraftwerk en alemán, hay matices que se pierden en la traducción.

Debía de llevar veinte horas despierto, pero no tenía sueño. El olor de aquella ciudad excitaba sus sentidos, el sol calentaba pasadas las nueve de la noche y todo el mundo andaba por ahí en chanclas, como niños liberados de la tiranía del estilo. Flotaba además en el bochorno la premonición de una visita, su hijo robótico predilecto estaba cerca, el androide liberto, casi podía percibir su presencia. Se le ocurrió que se habían invertido los papeles de su infancia: ahora el padre ausente era él y el robot era el niño abandonado. Quizá le debía al menos una conversación a su criatura. Pulsó dos acordes disonantes al piano; le estaba dando demasiada importancia a aquel asunto, ese androide era sólo una máquina estropeada a la que había que retirar de la circulación. Quiso apartarla de su mente.

—Hiroshi, ¿qué se come en Barna City?, no lo recuerdo. Vayamos a cenar a algún lugar sorprendente y encantador, ¿a dónde van los artistas de vanguardia locales?

Hiroshi consultó guías de ocio nocturno en su teléfono y fue leyendo en voz alta. Lo más típico —aparte del turismo extremo— era comer pollo asado Chicken Gaudí acompañado de champán local. Lamentablemente la joven ciudad-estado no disponía todavía de vanguardia artística propia, pero entre la comunidad de turistas siempre se encontraban creadores extranjeros de renombre. En realidad *tout le monde* pasaba alguna vez por Barna City, era una nueva Ibiza enloquecida, ideal para ese tipo de artista ya consagrado y

podrido de millones pero fijado para siempre en su pose rebelde de primera juventud. *Barna is good if your pocket is full*, decía un popular refrán barnacités. El callejero estaba adaptado para resultar familiar a los turistas, y no era raro encontrar en el Ensanche Pop a viejas estrellas internacionales haciéndose fotos bajo la placa de su propia calle. Lamentablemente los turistas no podían comprar marihuana en los dispensarios autorizados —a menos que sobornaran a un nativo para que lo hiciera por ellos—, pero el mercado negro de drogas era surtido y bastante seguro, y, excepto en unos pocos barrios de reserva nativa que los movimientos antiturísticos habían reivindicado con ahínco, la ciudad entera era un paraíso para extranjeros decididos a pasarlo bien. La acción noctámbula y los principales actos vandálicos organizados se concentraban entre el Gothik Side y Little Barna Beach, y el seguro de asistencia médica y letrada estaba incluido por ley en el precio de cada consumición alcohólica siempre que uno se proveyera en los puestos de lateros con licencia municipal.

—Vayamos a uno de esos lugares salvajes y pseudopeligrosos —dijo el tridoctor Kato embriagado de exotismo.

Teseo y Pilatos bajaban por la rampa del aparcamiento del hotel. En el lugar esperado estaba el muelle de carga para los camiones de basura, y justo al lado el de recogida de ropa para la lavandería. En el segundo había dos tolvas del tamaño de un contenedor de obras; en una de ellas caían las sábanas y toallas blancas, en la otra las laundry bags con ropa particular de los clientes.

—No pienso tocar eso, me da simulación de asco —dijo Pilatos.

—Ok, pues deja de simularlo.

Teseo había empezado a rasgar bolsas y a meter la nariz para comprobar hasta qué punto olían a humanidad. Separó tres o cuatro prometedoras, pero después encontró una que hedía más que todas las anteriores juntas. La rasgó del todo y sacó un par de calcetines negros.

—Ten, ponte esto —le dijo a Pilatos.

—Ni hablar, apesta a primate desde aquí.

—Hemos de oler a primate, te lo he explicado.

—Me da igual, no pienso ponerme calcetines negros con sandalias marrones.

—Ok, pues busca unos calcetines que te gusten, y procura que huelan lo más posible.

—Vale, pero aviso que voy a regurgitar de asco.

Teseo ya estaba cambiando su indumentaria. Se puso los calcetines que había desestimado Pilatos, un slip color carne todavía húmedo de sudor y un polo a rayas que olía a glándulas apocrinas a dos metros.

—Me gusta esto con blondas —dijo Pilatos.

—Eso son unas bragas, estúpido, tienes que ponerte un slip para hombre.

—La ropa interior no se ve, ¿vale?, y además estamos en una ciudad-estado libre.

—El sudor de las hembras tiene azufre y en combinación con las bacterias produce tiol. En los machos predominan los ácidos grasos, así que...

—Vale, Nefertiti, tú ganas. ¿Me puedo poner estos bóxers? Más que a primate huelen a perro, pero mucho.

—Son demasiado holgados, tenemos que hacernos un paquete genital con calcetines.

—Un paquete qué.

—Y no me llames Nefertiti, ¿ok?

Teseo le mostró lo que quería decir. Tomó varios calcetines, hizo una bola firme con ellos y se los colocó en la delantera del slip, donde la tela se holgaba un poco.

—¿Lo ves? Así se aguanta bien. Si nos tocan parecerá que tengamos pene, y además el acolchado nos protege el botón de reinicio.

—Vale. ¿Puedo ponerme también tetas de calcetín?

—No: sólo paquete genital.

—Pero las tetas son más grandes, engañan más...

Teseo dudó un momento. Bajo la estupidez superficial aquello podía tener sentido: disfrazarse olorosa e indumentariamente de primate hembra. Lo procesó tres milisegundos.

—No: tenemos estructura ósea y muscular masculina, no podemos disimular eso. ¿Qué haces?, ¿cuántos calcetines te has metido ahí?

—Qué pasa: si hay que marcar paquete se marca.

—Pues ya puedes quitarte al menos la mitad, pareces un mutante.

—Vale, si me saco un par ya se cierra la cremallera.

—Ahora hay que buscar en los cubos de basura y meternos algo podrido en la boca. Y no te quiero oír protestar, ¿ok?, tenemos que imitar el aliento de los primates.

—Joder, ¿y no se dan asco a sí mismos?

—Tienen el aliento debajo de la nariz, su cerebro ha aprendido a ignorarlo.

—Pues el culo no lo tienen debajo de la nariz y les apesta.

—Quieres dejar de jugar con los bóxers y vestirte de una vez. Tengo que pensar por los dos, no puedo además estar controlándote todo el día.

—Yo también pienso, ¿vale?, lo que pasa es que pienso en otras cosas.

—Ah, sí, en qué cosas.

—Cosas intelectuales. De arte, y cine de culto; no las entenderías.

—Ok, dime una.

—Vale, don Inteligente: ¿por qué en las sitcoms siempre sale alguien con intolerancia a la lactosa, eh? Estadísticamente no es coherente con los datos sanitarios...

—Porque la intolerancia a la lactosa produce flatulencia y los guionistas saben que eso estimula el humor escatológico de los primates, en especial de los más zafios, que son estadísticamente hablando casi todos.

—Vale, ésta era de prueba. Otra: ¿has visto la última trilogía de *Star Wars*?, ¿a que no te has dado cuenta del fallo de guion?

—¿Qué fallo de guión?

—Pues que hay naves espaciales que te mueres de tecnológicas pero no hay teléfonos móviles ni redes sociales.

—Y qué. La acción no transcurre en nuestro futuro, es un universo paralelo en el que nadie ha inventado las redes sociales. Se comunican mediante la Fuerza, o enviándose unidades R2 con planos holográficos.

—Vale: pues todo eso son las chapuzas que han tenido que inventarse para arreglar el fallo de guion, listo.

En los cubos de basura encontraron chorretones de vichyssoise agria con la que hicieron buches y unos restos de ajo que se frotaron por las encías. También masticaron peladuras de cebolla y posos de café; sin embargo no encontraron nada realmente pútrido que diera el característico toque humano. Pilatos propuso hacer como Divine en *Pink Flamingos*; la idea no prosperó porque habría que salir a la calle en busca de algún yorki descompuesto, pero inspiró la idea útil de Teseo. Ya vestidos con ropa apestosa subieron a la planta baja por un pasillo de servicio y entraron en los lavabos. No había nadie. Se encerraron en un reservado y por turnos metieron la cabeza en el inodoro para sorber agua; después, sólo para asegurarse, lamieron la escobilla de plástico.

Antes de salir al hall se echaron el aliento el uno al otro para comprobar cómo olía. El olor tenía un punto de desinfectante perfumado pero podía pasar por colutorio.

La campaña de Reconocimiento de Androides Rebeldes por Olfateo y Tocamiento Genital había empezado a rodar con normalidad en los alrededores del hotel. Tres de los 1.62 reprogramados pululaban por el hall y los pasillos para testear a los huéspedes, y los otros veintiuno se repartían en quinientos metros a la redonda para meterle mano a todo turista o aborigen nativo con el que se cruzaban —siempre con peso estimado inferior a los cien kilogramos—. El propio tridoctor Kato y su secretario Hiroshi fueron testeados saliendo del ascensor; el 1.62 de guardia se fue hacia ellos, les preguntó la hora, y cuando el profesor miró el reloj, el robot le plantó toda la mano en la entrepierna. El test de olor fue confuso para el androide porque tanto el profesor como su secretario iban siempre muy aseados y perfumados, pero ambos pasaron sin incidencias el test de genitales al tacto. El 1.62 les dio las gracias por la hora y siguió patrullando por el hall.

Hiroshi cumplió con sus obligaciones de secretario y pidió un taxi en recepción para dirigirse a la zona de acción pseudopeligrosa de la ciudad. Justo cuando el recepcionista les avisó de que el taxi esperaba en la puerta, Teseo y Pilatos salían del lavabo. En mitad del embaldosado de mármol fueron interceptados por el 1.62 de guardia; se dirigió directo a Teseo pero no

necesitó someterlo a la maniobra de tocamiento: aquellos dos tipejos apestaban a primate sucio a dos metros de distancia, y al de atrás se le notaba a simple vista un paquete genital del tamaño de una lechuga iceberg.

Las Geishas Blancas y el kitsune de nueve colas

El inspector, Lilith y Telefunken volvían de la escena del crimen poco después de las nueve. Retiraron la valla de obras que preservaba la plaza de aparcamiento y dejaron la furgoneta de Chicken Gaudí como si nunca hubiera sido hackeada. Lilith suspiró al entrar en la casita Wabi-sabi y buscó la fiambarrera de los estupefacientes entre los cacharros que quedaban en el carrito de los supermercados Milady.

—Yo a estas horas me tomo medio mongui para hacer introspección. ¿Te apetece un mordisco?

—Mongui demonio hebreo, ¿sí?

—No, mongui es un hongo al que le tienes confianza.

El inspector declinó la invitación alegando que era vegetariano estricto. Lilith precisó que los monguis no eran vegetales pero tampoco animales: pertenecían al reino fungi, y aunque se alimentaban por digestión externa como las arañas era poco probable que tuvieran alma y entraran en la rueda del samsara. El esquizo zen del inspector se avino a catar un pellizco por no depreciar, pero antes admiró su olor a tierra húmeda y el delicado tacto de las laminillas bajo el sombrero. Esperó a terminar de masticar con gran concentración y después se lavó las manos y subió al dormitorio en busca de su Kesa, la tradicional túnica del monje budista. No tenía intención de vestirla en aquel preciso momento, pero era el único paño de color casi negro que tenía en casa. Sin desdoblarlo lo depositó con la debida reverencia sobre la mesa de camping de Lilith. Después sacó del maletín la bolsita con las diecisiete piedras rescatadas en la destructora barométrica y las dispuso sobre el fondo oscuro del tejido. De inmediato parecieron más preciosas aún. El inspector tuvo que usar la silla plegable como apoyo para las nalgas, pero sólo porque las mesas occidentales son demasiado altas para sentarse en el suelo ante ellas. A la luz de la lámpara de flexo y bajo la lupa observó el

intenso rojo de las gemas. Ya había reparado en que no todas eran iguales: unas tenían forma de disco perforado, otras eran diminutos cilindros, o prismas rectangulares.

—Ah: mucha piedra de reloj —dijo.

Lilith era nativa digital y los relojes más antiguos que conocía eran los de cuarzo, tan estúpidos que no se podían hackear.

—No sabía que hubiera relojes de piedra. ¿No serán de un reloj de arena gorda, como los de cocer huevos?

—Ah, no: diecisiete rubi —el inspector usó la palabra japonesa, que se pronuncia casi igual que la occidental. Él no había visto un reloj digital hasta cumplir los cuarenta años, sabía de lo que hablaba: de aquellos artefactos que hacían tic-tac y en cuya trasera invariablemente se leía *Stainless Steel*, *17 Jewels* y algunas veces *Waterproof*.

—¿Eso son rubíes auténticos? —Lilith acercó la cabeza a la luz del flexo —. Valdrán una pasta.

—No mucha pasta, gracias, sólo fruta de bola. Ahora investiga de busca y busca en internet moderna, ¿sí?

—Tú diriges, yo conduzco.

El inspector volvió a meter las piedras en la bolsita y subió al dormitorio a guardar la Kesa en el armario. Lilith aprovechó para componer una playlist modo de set & setting para navegar bajo los efectos de la psilocibina. Después le dio al *on* de su teclado *This Machine Kills Neocons* lleno de marcas fosforescentes de rotulador.

No resultó fácil discriminar y ordenar de forma útil para la investigación las ingentes cantidades de datos acerca de relojes y rubíes que contenía el cerebro global. Lilith manejaba el timón según le indicara el patrón y leía en voz alta lo que iba encontrando, o a veces enviaba imágenes y vídeos a alguna de las tres pantallas, y sólo algunas palabras largas y difíciles tuvieron que ser pasadas por el traductor de Google para que el inspector pudiera leerlas en japonés macarrónico. Después de más de una hora de viaje internáutico, el resumen mental que el maestro se hizo de lo recopilado bien podría ser éste:

El rubí es una variedad de corindón —un óxido de aluminio—, y su nombre deriva de *ruber*, que significa rojo en latín, por eso cuando un corindón no es rojo se le llamaba *zafiro*, que significa otra cosa. El precio del rubí por quilate ronda los 250 euros en calidad comercial, y es apreciado, además de por su belleza, por su bajísimo coeficiente de dilatación y su dureza 9 en la escala de Mohs. Eso es lo bastante duro para que un rubí no pudiera perforarse hasta finales del siglo XVI, cuando el astrónomo francés Nicolas Fatio —el mismo que organizó un famoso reality show entre Newton y Leibniz— descubrió un método práctico para trabajar la gema y lo patentó en 1704. Por otro lado, los relojes mecánicos de tamaño portable aparecieron un siglo más tarde como adorno colgante femenino, justo cuando se pudo sustituir el péndulo isocrónico de Galileo por el muelle plano de resorte. Por aquella misma época alguien se dio cuenta en Inglaterra de que los rubíes perforados mediante el método Fatio eran excelentes cojinetes de relojería: minimizaban el rozamiento y el desgaste del acero, y, como consecuencia, alargaban la vida útil del reloj además de mejorar su precisión. Cada eje de rueda requería dos rubíes, y había cuatro ruedas; el volante engarzaba dos más y su áncora seis. Eso sumaba dieciséis rubíes: el último estaba en la elipse, de ahí que fueran diecisiete las piedras que solía tener un reloj mecánico, en cualquier caso siempre un número impar. Todo eso se mantuvo invariable durante dos siglos, hasta que a finales del XIX el químico francés Auguste Verneuil inventó el primer método para la fabricación de piedras preciosas sintéticas. Lo dio a conocer en 1902 y en la actualidad sigue siendo el método más usado para fabricar corindones artificiales, de modo que esas falsas gemas baratas fueron las que se usaron durante todo el siglo XX para fabricar relojes. Desde el punto de vista de su comportamiento mecánico eran iguales a las naturales, pero estas últimas solían presentar alguna inclusión mineral visible con una simple lupa, y eso exactamente es lo que ocurría con las que el inspector tenía en su bolsita.

Con toda esa información —y después de una pausa para comer otro mongui a medias— la mente del inspector extrajo una primera conclusión interesante: el reloj con rubíes naturales que alguien había arrojado a la destructora era posterior a 1704 y anterior a 1902, así que tenía más de un siglo de antigüedad. Hablando de relojes portables eso era mucho tiempo,

cualquiera anterior al momento en que Patek Philippe, Omega y Cartier empezaran a incluirlos en sus catálogos de complementos femeninos —ya con rubíes artificiales— era un objeto raro y muy valioso.

—Es una buena pista —dijo Lilith—, no creo que un reloj así se pueda comprar en una tienda normal.

—Ah, no: tú busca martillo de subasta en Barna City.

—¿Y si no lo compraron en una subasta en Barna City? Podrían haberlo subastado en otra parte, o hace décadas, o podría ser una herencia familiar. Los capitalistas son muy endogámicos y suelen legar sus objetos valiosos a parientes cercanos.

—Ah: persona busca manera fácil, más tarde persona busca manera difícil.

—Ya —dijo Lilith con expresión de complicidad—. Es como cuando quieres entrar en los ordenadores de la NASA: lo mejor es probar primero con el troyano más tonto.

Las casas de subastas en la ciudad con categoría para un reloj de esas características se podían reducir a tres: Gaudí Subastas, Subastas Gaudí y Gaudí Licitaciones. Llegados aquí era momento de empezar a hackear intranets. Colarse en una casa de subastas es un poco más difícil que entrar en la NASA, pero a Lilith le llevó sólo cinco minutos bajarse las bases de datos en ASCII de las tres firmas. Trató la información con un simple Libre Office; programó una macro para separar la lista de relojes del resto de piezas subastadas y eso redujo los artículos a unos miles, todavía demasiados. Después filtró los relojes cuya fecha de fabricación fuera anterior a 1902. Eso, sorprendentemente, redujo la lista a treinta y cinco piezas. De ellas, sólo tres eran relojes portables, el resto eran de sol, de arena, carrillones o piezas de sobremesa bastante voluminosas.

Centrados en los tres relojes portables, uno de ellos era de pulsera y se había subastado muy recientemente, hacía dos semanas. El inspector decidió considerar ése en primer lugar. Era un Girard-Perregaux de 1880, y venía asociado a varias fotos y un archivo de texto explicativo que Lilith envió a la pantalla grande:

En 1880, el suizo Girard-Perregaux suministraba relojes de bolsillo a la Marina Imperial Alemana. Cierta oficial encontró incómodo tener que emplear las dos manos para manipular el suyo al hacer los cálculos de tiro, lo que complicaba el trabajo simultáneo con las piezas de artillería. Solventó el inconveniente fijando el reloj a una muñequera de cuero, y la idea resultó tan eficaz que consideró útil comunicarla a sus superiores. El emperador Guillermo I, interesado personalmente en el asunto, mandó llamar a Berlín al fabricante Girard-Perregaux para discutir la producción de una serie de relojes de oro con brazalete para uso de sus artilleros. El diseño final, sobre un calibre de 17 rubíes, era robusto y tenía el cristal protegido por una reja metálica, lo que más tarde sería común en los relojes militares de la Gran Guerra. Se fabricaron dos mil unidades que probablemente constituyeron la primera colección seriada de la historia, y la producción completa se consideró perdida hasta que, en 2012, aparecieron veinticinco unidades en una excavación en la ciudad de Weimar. Se trataba de piezas nuevas y en su estuche original, agrupadas en una valija de envíos que debería haber viajado desde La Chaux-de-Fonds, Suiza, hasta la capitanía de la Marina Imperial en Berlín, todo ello según documentación autenticada que se adjunta a la pieza.

Precisamente uno de aquellos veinticinco relojes era el que había subastado la firma Gaudí Licitaciones al precio de salida de 250.000 euros. En las fotos parecía más un brazalete que un reloj militar, pero en efecto tenía una esfera enrejada y todo parecía indicar que era capaz de dar la hora. Lilith buscó en la base de datos el resultado de la subasta: la puja ganadora fue de 350.001 euros, llegó por vía telefónica a través de un agente y el licitante fue una sociedad de nombre SmartMops, con sede administrativa y fiscal en Tokio.

—Tokio —dijo—: ya tenemos una conexión con los turistas japoneses.

—Ah: manera fácil de buena suerte —dijo el inspector con el mismo entusiasmo.

Lo siguiente era rastrear aquella compañía: SmartMops. Lilith sólo la encontró referenciada en una web con extensión japonesa. Parecía un fabricante de mochos inteligentes, algo parecido a eso. Lo interesante venía en el apartado de agenda: una delegación comercial de la compañía viajaba a Barna City para hacer una presentación de productos en Extrema Europa, y el lugar elegido era el Gran Hotel Yoyodyne, en el centro de Barna City.

—Ya los tenemos —dijo Lilith.

En la mente del inspector no estaba todavía claro qué es lo que tenían, pero desde luego tenían algo: el puzle, aunque incompleto, estaba encima de la mesa.

—Tengo hambre —dijo Lilith—. ¿Pausa para hackear un dürum y repartirnos otro mongui?

Habían avanzado tanto en tan poco tiempo que bien podían tomarse un respiro.

Justo cuando llegó el dürum y Lilith y Telefunken fueron a abrir, al inspector empezó a subirle el mongui. Quizá estimulado por el temazo de Real Estate que sonaba en aquel momento, tuvo la sensación de que empezaba a pillarle el zeitgeist a la época. Desde luego la internet moderna era magnífica para investigar, y la imagen de Lilith haciendo volar sus dedos sobre el teclado le produjo la intensa sensación de estar ante una consumada maestra.

—Gran sabiduría de tecla rápida —le dijo.

—Hasta que llegue la Singularidad Tecnológica y me pueda hacer un mind uploading tengo que apañarme con los atajos de teclado. Los ratones son para pijos, y no digamos los touchpad, o las pantallas táctiles.

Se bajó un poco las coderas para poder doblar el brazo y comer más cómoda. Al inspector le entró apetito de algo húmedo, una mezcla de sed y hambre. Sin pensarlo mucho fue a la cocina a por la fruta de bola que no había comido en el bar y volvió a la sala con ella. Lilith se chupaba un chorretón de salsa de yogur que le escurría por el meñique.

—Eh, Sak: ¿tú qué quieres ser cuando llegue la Singularidad Tecnológica?

—Ah: mucha palabra larga es difícil —dijo el maestro.

—¿La singularidad? Viene a ser el punto en que la evolución tecnocientífica acelerará hasta el punto de producirse una gran explosión de inteligencia, y después de eso ya no seremos humanos sino trashumanos, o posthumanos, algo como lo que ahora somos respecto a los simios. Cuando pase eso yo quiero subir mi mente a la deep web; o bajarla, en realidad. Me

retiraría de psicohunter y me instalaría en una distopía ciberpunk, cerca de algún garito frecuentado por mutantes, por si me apetece algo de folleteo. ¿A ti qué te gustaría?

—Una opción, dos opción, ¿sí?

—Opciones, a ver... Como la medicina elevará la esperanza de vida más de un año por año seremos inmortales, así que podrás seguir envejeciendo para siempre, eso siempre que tengas pasta, desde luego. A la larga todos los que elijan eso se convertirán en mutantes transgénicos o en ciborgs según se vayan cambiando piezas. Otra opción es cargar tu mente en un robot y ser sólo máquina en el mundo hard, que viene a ser este mismo en el que estamos; pero aquí no creo que se pueda cambiar nunca la ley de la gravedad o la dirección del tiempo, y además me huelo que va a estar repleto de psicópatas con cuerpo de robot. Los psicópatas son siempre muy matéricos. La tercera opción es el mind uploading: prescindir de soporte físico y convertirse en software puro inyectado a la red. Es lo que da más juego, así que será lo más caro y sólo estará al alcance de capitalistas y hackers de primer nivel; los capitalistas vivirán en chalets con piscina de cinco dimensiones y los hackers compartiremos distopía con los mutantes en la deep web. Como siempre.

—Ah: mucha persona mejor muerta y sigue rueda del samsara.

—Bueno, se puede programar una rueda del samsara virtual para budistas. Imagínate que te mueres de verdad y resulta que te reencarnas en cucaracha, o en Gregorio Samsa.

El inspector no entendió *cucaracha* pero le sonó simpático, era la misma palabra que salía en aquella canción de las bicicletas —la cucaracha, la cucaracha, mano mueve manillar—. Lilith tuvo que estirarse un poco para teclear *cockroach* con una mano y pasar el resultado de Google Images a la pantalla grande.

—*Kitanai yo!* —dijo el inspector, que en japonés es como decir *puaj*.

—Qué asco dan, ¿verdad?

—Ah, sí: nada de cucaracha, mucho mejor mind uploading.

Rieron para conjurar la repugnancia. Lilith cambió el insecto en pantalla por un patio trasero al atardecer que encontró en un canal de slow TV. Había electrodomésticos oxidados, neumáticos de tractor y unas sábanas tendidas a

la brisa; combinaba perfecto con un temazo de José González que empezó a sonar. Al terminar el dürum hizo una bola con el papel de aluminio y con mucha calma se estiró para dejarlo sobre la mesa. Sus coderas estaban tan flojas que se le deslizaron hasta mostrar la fina piel del antebrazo, justo antes de llegar al codo. Sak trató de no mirar, pero durante un segundo llegó a ver el pliegue interior y se le quedó un gajo de fruta de bola atravesado en la garganta.

Justo entonces le llegó la segunda subida del mongui y le ocurrió algo que hacía mucho tiempo que no le pasaba: acordarse de las Geishas Blancas y del día en que él se convirtió en un kitsune de nueve colas.

El joven Takeshi Sakamura había oído hablar a otros novicios de las Geishas Blancas que seducían a los monjes por los caminos, pero hasta que se tropezó con una de ellas siempre había pensado que se trataba de una invención de sus mentes calenturientas, un equivalente a las pin-up, que sólo existían en la imaginación de los soldados americanos que por aquellos días ocupaban el país.

Una tarde que el inspector recordaría el resto de su vida, atravesaba los densos bosques del monte Kurama de regreso a su dojo. Era exactamente el 20 de junio —del año 27 de la era Showa, precisamente el último de la ocupación aliada—, y en esa fecha se celebra anualmente la ceremonia del corte del bambú. Con ese pretexto su maestro lo envió al templo de Kuramadera para ofrendar un cuenco de arroz, aunque su verdadera intención era poner a prueba el temple de su discípulo obligándolo a cruzar los bosques de vuelta al anochecer —por eso mismo en los días previos le estuvo contando historias de magos Yamabushi y espíritus de la montaña—. Takeshi había cumplido los catorce años, pero por su complexión aparentaba diez y para sentirse más seguro se llevó escondido en la túnica el nunchaku que se había fabricado con un palo de escoba —eso después de que unos novicios grandullones le obligaran a beberse un bol de sopa de mijo con caca de pájaro—. Ya de vuelta desde Kuramadera, casi anochecido, avanzaba por los senderos con mil ojos y la imaginación excitada por los relatos del kitsune de

nueve colas, que se comía a las muchachas y a los novicios viajeros, lo que por otro lado invitaba a preguntarse qué tenían de apetitoso ambos perfiles que no tuviera un comerciante de sandalias de mediana edad.

Sin embargo lo que se le apareció al joven monje a mitad de camino fue una figura blanca que desde lejos parecía un espectro. Al acercarse con mucha precaución y el corazón acelerado resultó ser una geisha con sombrilla. Estaba buscando algo por el suelo, con esa torpeza de las geishas que parecen a punto de quebrarse como un jarrón. El sol ya no se veía, quedaba sólo su resplandor en el cielo, pero Takeshi había oído que las Geishas Blancas llevaban sombrilla incluso por la noche, pues su piel era tan sensible que les molestaba el fulgor de la luna.

—Konbanwa —dijo la geisha con voz de pollito, pues ésa es la forma correcta de saludar a un monje piojoso cuando te lo encuentras por el bosque al anochecer. El joven Takeshi devolvió la reverencia inclinándose un poco más que ella, que es lo correcto cuando una geisha te saluda primero en el bosque.

—¿Has visto mi conejo blanco? —le preguntó ella con sus morritos pintados de rojo amapola.

No tardaron en encontrar el conejo blanco bajo un matorral, pero una cosa llevó a la otra y el novicio Takeshi acabó acompañando a la geisha a su residencia, no muy lejos montaña arriba. Al llegar vio que había faroles chouchin encendidos, y un estanque con carpas, y frutas de bola peladas en una bandeja de porcelana, refinamientos desconocidos en su dojo zen, que sólo tenía huerto de alcachofas y jardín de piedras rastrilladas. No sospechó al llegar que su visita acabara alargándose hasta los tres días, que fueron los que le ocupó al joven monje visitar debidamente los Tres Templos del Placer en la residencia de las Geishas Blancas. Desde luego los Templos del Placer no eran lugares físicos sino preceptos de una milenaria sabiduría erótica. Requería cierto tiempo iniciarse en ellos, en especial si uno partía del nivel de novicio piojoso —lo más bajo en el escalafón erótico—, así que lo primero que hicieron las geishas aquella primera noche fue desparasitarlo, bañarlo, y unirlo con aceite de magnolia.

El primer precepto les ocupó la primera jornada y rezaba así: «Cualquier parte de tu cuerpo puede ser un Templo de Placer». Quería decir que el placer podía encontrarse en esa zona que los novicios se toqueteaban bajo las sábanas, pero también en cualquier otra parte del cuerpo, si uno dominaba la técnica mental y emocional necesaria. Las zonas más fáciles para los novatos eran las más sensibles, pero si uno persistía en la iniciación podía erotizar cualquier miembro, o incluso un órgano interno como el tubo faringotimpánico, o un pulmón.

El segundo precepto decía: «Cualquier cosa que tu ojo vea es un Templo de Placer», y su dominio permitía desplazar la voluptuosidad erótica a un objeto externo al propio cuerpo. Bastaba mantener con él una relación visual, o auditiva, una mera noticia sensorial. Si uno avanzaba en este misterio podía alcanzar lo que cualquier occidental llamaría *orgasmo intenso* mirando pasar un carro de estiércol o una familia de gansos, cualquier cosa valía, en especial si se movía con un poco de swing.

El tercer precepto, como cabía esperar, era el más difícil de todos. «El cuerpo del amante es el Templo de Placer supremo», así rezaba. Eso significaba que uno podía llegar a sentir no sólo a través de su cuerpo, y no sólo a través de un objeto externo al propio cuerpo, sino también a través del cuerpo de otra persona. Se alcanzaba así una completa transmutación metempsexual, y lo más extraordinario se producía cuando en una sesión libidinosa coincidían dos o más oficiantes capaces de ese supremo refinamiento. Se desencadenaba entonces un fenómeno de retroalimentación erótica de consecuencias perdurables para el neófito. Algo cambiaba para siempre en el karma de quien había llegado al Tercer Templo con una Geisha Blanca, y no digamos si llegaba con diecinueve de ellas, que fueron exactamente las que durante tres días y tres noches se aplicaron a iniciar al joven novicio Takeshi Sakamura.

Sin embargo todos los seres extraordinarios tienen una sombra, y las Geishas Blancas no son una excepción. En cierto modo se parecen a los vampiros: además de ser igualmente noctámbulas, el contacto sexual con ellas convierte al iniciado en un igual erótico, aunque a los varones no se les llama *geisho* blanco sino *kitsune*, que en japonés significa *zorro*. Los kitsune, igual que las Geishas Blancas, son capaces de introducir a seres ordinarios en

el misterio de los Tres Templos, de ahí las leyendas del zorro de nueve colas, del que se dice que puede apoderarse de los seres humanos a través del contacto sexual, lo que es rigurosamente exacto.

Si bien el novicio Takeshi nunca se sintió orgulloso de aquella escapada de tres días, tampoco le pareció tan grave como para abandonar su vocación budista. Todavía no había recibido los preceptos, así que técnicamente tampoco había violado ningún voto de castidad. Con todo guardó para sí la aventura y le explicó a su maestro que se había perdido en el bosque —el estado de extrema debilidad en el que llegó parecía corroborar la excusa—, y cuando dos años después recibió su Kesa ceremonial y formuló el voto de castidad, se propuso con toda convicción observarlo de por vida. Lamentablemente nunca había conseguido mantener su compromiso durante más de veinte años seguidos, y eso sólo una vez, entre los cincuenta y siete y los setenta y siete años. Desde la última caída en su kitsune side habían pasado sólo siete años: estaba investigando el caso de los muertos rientes, conoció a una bella espía andorrana, se dieron una serie de circunstancias. A raíz de aquella insignificante debilidad perdió el respeto de la comunidad zen en occidente, su karma todavía no se había recuperado y ni siquiera podía morirse tranquilo. Y ahora, nada menos que a los ochenta y cuatro años, volvía a caer con Lilith, su propia ayudante para mayor ignominia.

Ella se reveló muy intuitiva, conocía ya algunas artes del Primer Templo y aprendía deprisa. Visitaron juntos el Segundo Templo, rapidito; al llegar al tercero se recrearon, hasta que la mente de Lilith estalló y renació transmutada en Geisha Blanca, cuyo nombre no tiene relación con la indumentaria, sino con el color de los ojos en el momento en que se alcanza el éxtasis metempsexual y se comprenden todos los secretos del erotismo. A partir de ahí ya fue volverse locos y no parar hasta perder el sentido. Ni siquiera notaron los efectos de los tres monguis king size que se habían comido entre los dos. El maestro recobró el conocimiento sobre las baldosas hidráulicas, entre la mesa de camping caída y el lío de cables y aparatos desparramados. Oyó a Lilith trastear en el baño del patio y por los altavoces seguían sonando temas indie-pop. Telefunken, sentado sobre la torre del ordenador, enfocaba al inspector con sus ojos amarillos, tan transparentes que parecía mirar en alta definición; después pasó hacia el patio rozándole con el

lomo todo el cuerpo tendido. El maestro siempre se había mantenido alejado de los gatos, así que por primera vez en su vida notó la agradable vibración del ronroneo felino, y extrañamente no le produjo la más mínima alergia.

El sonido de su teléfono multiplex acabó con el encantamiento: la llamada no podía ser más que del capitán Laforet, y él estaba todavía en mitad de la investigación y tirado en pelotas sobre las baldosas hidráulicas.

Pro igualdad antijaponesa

Justo en el momento en que el tridoctor Kato y su secretario se subían al taxi que habían pedido en recepción, Teseo y Pilatos, disfrazados y convenientemente apestosos, salían del hotel tras ellos. El vehículo arrancó y quedó detenido en el siguiente semáforo. Teseo le hizo señales a otro taxi que llegaba con luz verde. Por pura suerte lo conducía un taxista progresista y paró. Teseo abrió la portezuela; a Pilatos le estorbó el bulto de los calcetines en la bragueta y tuvo que desabrocharse para poder doblar el espinazo.

—Sigue a ese taxi —le dijo Teseo al conductor.

—A cuál.

En efecto: a esas horas toda la avenida Electric Light Orchestra estaba repleta de ellos.

—Al del anuncio de Evasión Fiscal Asesores.

El conductor maniobró para colocarse a sólo tres vehículos de distancia del perseguido. No podían perderlo, tenía un gran Big Ben en el anuncio. Teseo se relajó. En la emisora para taxistas progresistas terminaba de sonar el último exitazo de Pharrell Williams y se oyó la musiquilla de un resumen informativo horario:

Tras la reciente ola de agresiones a cargo de turistas japoneses se suceden las reacciones ciudadanas pro derechos nativos. Asociaciones vecinales han organizado vejaciones a budas decorativos en distintos puntos de la ciudad y, según el horario previsto, acaba de arrancar sin incidentes la cacerolada conjunta bajo el lema «Por la hermandad entre los pueblos y la expulsión de los putos japoneses». El sindicato solidario *Semos Iguales* y la plataforma libertaria *Yo soy así*n se han sumado a los actos después de reclamar el toque de queda para orientales y el levantamiento de garantías procesales a los infractores. Así mismo, el grupo de emancipación antiturística Jodemos ha reivindicado el asalto a un exclusivo restaurante japonés de la avenida Frank Sinatra, cuando un grupo de encapuchados ha irrumpido en el local y, sin mediar palabra, ha procedido a la fritura de chorizos de pueblo en una barbacoa

portátil. El humo oscuro y grasiento ha alertado a los vecinos, que han llamado de inmediato a la Unidad de Delitos Gastronómicos del ayuntamiento. A la llegada de la patrulla de chefs internacionales, la decoración minimalista había quedado ya intensamente ahumada y se teme que el restaurante pierda su cinturón negro Michelin. Y vamos ya con las noticias de cultura: la Baja Sumeria deberá enfrentarse al Egipto Faraónico, ganador del encuentro de esta tarde valedero para la copa Ancient Wonders of the World...

—Hay que ver lo xenófobos que somos las personas normales —dijo el taxista a modo de comentario a las noticias—. Es lo que yo digo: la gente es buena en el Japón y en todas partes, lo que pasa es que la sociedad de consumo nos...

—Calla ya esa boca, sucio primate —le dijo Pilatos todavía peleándose con la cremallera de sus bermudas.

—Oiga usted, que soy ciudadano extremo europeo y pago mis impuestos, tengo derecho a...

Pilatos se adelantó en el asiento para darle un capón.

—Ay, en la cabeza no, que soy librepensador.

Fuera, en el atasco que desembocaba en la plaza Barna City, dos 1.62 testeaban genitualmente a un grupo de locas canadienses con hojas de arce a modo de peineta. Los siempre simpáticos canadienses se lo tomaron por el lado festivo y se formó un pequeño jolgorio al que se añadieron otros turistas con pluma de la Commonwealth, lo que a su vez atrajo a dos guitarristas glam metal y a varios lateros afroafricanos. El taxi en el que iba el tridoctor Kato giró a la derecha para tomar la rambla de Abbey Road, pero volvió a quedarse atascado enseguida. Un grupo de nudistas muy bien educados en Helsinki gracias a su magnífico sistema educativo pugnaba por encaramarse a la fuente del Octopus's Garden; el que lo conseguía se arrojaba de cabeza desde lo alto y eso les producía una inmensa alegría. De pronto apareció un pokemon vaporeon junto a las escaleras del metro y de inmediato se formó una melé para cazarlo. El taxi estaba atrapado entre docenas de borrachos con botellas que vadeaban la calzada para dirigirse al vomitódromo central del bulevar, y a lo lejos empezaba a oírse el trepidar de los cacerolistas nativos que desembocaban en plaza Barna City, donde debía concentrarse la marcha de protesta pro igualdad antijaponesa.

Al enfilear la rambla, el taxi de los androides iba justo detrás del que transportaba al tridoctor Kato y a su secretario. En el interior, el olor a primate revenido le había ganado todo el terreno a la mezcla de ambientador de maracuyá y crema hidratante para taxistas progresistas, ambos de la marca supermercados Milady.

—¿Puedo abrir las ventanillas? —solicitó el conductor.

—Por qué —preguntó Pilatos mientras se libraba de otro par de calcetines en su intento por subirse la cremallera.

—Por nada... ¿Llevaban ustedes perro en el equipaje? Es que igual se les ha muerto en el viaje.

—No hay ventanilla que valga, ¿te enteras?, y si tienes simulación de asco regurgitas.

El taxista librepensador descolgó el ambientador de maracuyá y se santiguó con él, exactamente como el que se protege de nosferatu.

En el taxi de delante, el secretario Hiroshi consultaba en su teléfono los digitales japoneses en busca de noticias sobre Barna City. Se le ocurrió que como en el Japón eran ya las seis de la mañana del día siguiente aquello era como ver las noticias del futuro. El tridoctor celebró la ocurrencia con una sonrisa. Resultó que llovía en Tokio; un jubilado había intentado quitarle la pistola a un policía para suicidarse; una encuesta revelaba que el 77 por ciento de las chicas creía que los chicos que se decoraban las patillas con purpurina eran demasiado kawai; un estudiante de secundaria había solicitado casarse con una figura de animación 2D... La vida cotidiana parecía seguir su curso en Tokio, y lo mejor: no había ni mención a conflictos en Barna City.

—Eso significa que hoy todo acabará bien, ¿no? —dijo el tridoctor Kato.

Naturalmente era otra broma y los dos sonrieron. En ese momento sonó el teléfono móvil del tridoctor. Miró la pantalla: Moriarty. Es decir, era yo otra vez en primera persona, llamando mientras Oscar me servía un oporto en mi estudio. Hola de nuevo.

—Querido tridoctor, espero no haberlo despertado —le dije pensando en el jet lag—; está ya en Barna City, supongo.

—Bueno, no he visto a muchos barnacitenses, pero yo diría que sí.

—Es una pena pero necesitamos a todos esos turistas; por las consecuencias remotas de la contrarreforma, y nuestra deficiente productividad, ya sabe... Perdome mi rudeza occidental, debería interesarme por si ha tenido buen viaje y todo lo demás, pero me temo que tenemos un problema que requiere atención inmediata.

—Espero que esos robots no hayan asesinado a nadie más, las noticias japonesas de mañana no lo mencionan.

—Bueno, no es tan grave. Pero tiene usted a un inspector de la Omnipol siguiéndole los pasos.

Instintivamente el profesor se volvió para mirar atrás. Sólo vio el taxi amarillo y negro en el que iban los androides disfrazados, aunque no imaginó que pudieran ser ellos, ni siquiera se les veía tras los reflejos del parabrisas.

—¿Qué hace la Omnipol metida en este asunto? —me preguntó el profesor al teléfono—. ¿No debería ocuparse la policía local?

—Sería largo de explicar. Se trata de un tal inspector Sakamura, un absurdo monje zen de la Brigada de Casos Raros.

—¿Un monje zen de la policía?

—También sería largo de explicar, era un maestro reputado hasta que se le conoció un episodio de lujuria con una espía andorrana. En realidad eso no tiene importancia ahora, el problema es que ese viejo loco podría complicarle a usted la existencia, aunque sólo sea por error. Por el momento no sabe nada de Chichi Robots, pero ha estado husmeando en la escena del crimen esta tarde y ya ha relacionado lo ocurrido allí con SmartMops. También sabe que algunos de sus empleados han viajado a Barna City y que se alojan en el hotel Yoyodyne. Probablemente en este momento se estará dirigiendo hacia allí, y de ser así acabará dando con usted.

—Me falta algo —dijo el profesor—. ¿Cómo ha podido relacionar el asesinato del ingeniero con SmartMops? No hay más conexión que la amistad entre usted y yo.

—Bueno, ha estado siguiendo una pista estúpida; va con su lupa a todas partes, como si fuera Sherlock Holmes. Lo importante es que alguien debería estar en el hotel para darle una explicación convincente que no incluya la palabra *robot*. Supongo que no estará usted interesado en que la policía

internacional conozca nuestro pequeño secreto, aunque desde luego no creo que se atrevan a hacerlo público. ¿Está usted en el Yoyodyne en este momento?

—No, he dado instrucciones a los psicomecánicos y he salido a cenar con Hiroshi. Le manda saludos.

—Siento haberles estropeado la velada. ¿Querrán ser mis invitados mañana para compensarles?

El tridoctor Kato siempre está encantado de verme e intercambiar inteligentes consideraciones sobre prospectiva y poshumanismo, pero lamentablemente al día siguiente tenía compromiso para una ópera electrónica en Tokio —nada menos que *El barbero de Nintendo*, con Yumisho Bokasake— así que había dispuesto tomar el primer vuelo de vuelta en cuanto los psicomecánicos hubieran desconectado al 1.71. Se excusó con esa compunción con que declinan invitaciones los japoneses, me dio las gracias por la información y quedamos en vernos en otoño en Cayo Malayo, donde ambos tenemos palafito, el mío quizá un poco más grande.

Cuando el tridoctor colgó y desapareció mi primera persona, su taxi había llegado a la rambla Sargent Pepper's, avanzando a pequeños tramos entre ciclomotores rugientes y borrachos sin fronteras. Pensó un poco antes de decidir qué hacer. Un inspector de la Omnipol curioseando no era nada conveniente dadas las circunstancias; le constaba que en Lyon tenían una nueva unidad de delitos robóticos y que estaban empezando a atar cabos en lo relativo a fabricantes clandestinos de androides. Tuvo que confiar en que durante el trayecto de vuelta al hotel se le ocurriría algo verosímil que contarle a ese inspector Sakamura. En cualquier caso no le gustaban nada los maestros zen: podían parecer tontos hablando en occidental, pero eran endiabladamente listos pensando en japonés.

—Conductor —dijo—, volvemos al hotel Yoyodyne, por favor.

La primera travesía que pudieron tomar fue I'm the Walrus, una de esas callejas repletas de souvenirs antisistema.

Al taxista de atrás hubo que darle un capón para que se mantuviera atento y no perdiera a su objetivo.

—Ay, que no he visto que giraba... —se excusó.

—Si no estuvieras conduciendo y esnifando ambientador... —le dijo Pilatos.

—Es que con las ventanillas cerradas me mareo.

—Que no me repliques, compulsivo.

Teseo puso paz:

—Tú, primate, abre las ventanillas y cállate ya. Y tú: ¿cuántos calcetines te estás sacando de ahí?, ¿quieres acabar de una vez con eso?, vas a matar a otro primate por asfixia.

Pilatos extrajo un buen montón de calcetines por la ventanilla y cayeron junto a un puesto con tazas de Banksy en súper oferta. El taxista abandonó el ambientador en el asiento y empezó a abanicarse para traerse aire exterior, caliente y húmedo como un lametón de vaca. En la radio interrumpieron un exitazo de Rihanna para colar una noticia de última hora: fuentes de Twitter acreditaban que manifestantes de la cacerolada estaban siendo agredidos sexualmente por turistas japoneses con gorro de pescador, lo que estaba dando lugar a altercados entre nativos y turistas, turistas entre sí, nativos contra policías municipales, y policías municipales pacifistas huyendo a toda prisa de la escena.

Eso tenía que ser efecto del testeo genital de los 1.62, dedujo el generador de nexos causales de Teseo. Todo se estaba complicando, una mancha de entropía se extendía a su alrededor y él no estaba preparado para gestionar un sistema caótico —es sabido que los robots odian las tormentas y la pirotecnia, como los perros, aunque no se sabe si por las mismas razones—. Para mayor desconcierto, siguiendo al taxi del tridoctor Kato llegaron de vuelta al punto de partida en el hotel Yoyodyne. ¿El tridoctor había salido a callejear un rato en taxi? Probabilidad ínfima. Teseo recurrió una vez más a su generador de nexos causales: probablemente había recibido una llamada de teléfono que lo había hecho cambiar de planes. En cualquier caso observó cómo el Gran Diseñador y su secretario bajaron del taxi y volvieron a entrar en el hotel, sin prisa aunque algo intimidados por la aglomeración que encontraron junto al portal. Se había formado alrededor de dos coches de la policía local con sus luces azules encendidas; parecían implicados varios turistas vociferantes y un 1.62 con el que dos policías mantenían un aparte.

Teseo bajó del taxi procurando obviar todo aquello, era sólo la mancha de entropía extendiéndose. Se dijo que el desorden acaba amainando solo, como las tormentas.

—Vale, y ahora qué hacemos —dijo Pilatos desde la acera.

—Tú abrochate los pantalones, estúpido.

—Y tú subirte a la acera, Nefertiti, que te va a comer el caimán.

En efecto, el taxista progresista arrancó a toda prisa para ponerse a salvo y tuitear su aventura, y estuvo a punto de atropellar al androide.

En realidad, sólo había una cosa que hacer: seguir siguiendo al Gran Diseñador allá donde fuera.

El tridoctor Kato decidió que les subieran algo para cenar a la habitación e Hiroshi bajó al restaurante para ver si podían prepararles algo que no fuera muy oxidante. El Gran Diseñador subió solo en el ascensor hasta el ático. Entró en la suite y se quitó los mocasines amarillos de camino al piano de cola. Tocar unas variaciones sobre Kraftwerk siempre le ayudaba a trenzar ideas. Empezaba a repetir las notas iniciales de *Autobahn* cuando alguien llamó con los nudillos a la puerta. Como Hiroshi tenía su propia tarjeta para entrar dio por sentado que se trataba de ese inspector Sakamura de la Omnipol del que le había hablado Moriarty —o sea yo—. Ni siquiera había decidido aún qué decirle.

No importó. Cuando abrió la puerta el rostro que se encontró delante se parecía mucho al de Hiroshi, pero no era él. Vestía de una manera vulgar y hasta le pareció que olía raro, con el movimiento de la puerta le vino un aire fétido. Fue al mirar dentro de sus ojos cuando comprendió que estaba ante su criatura. Algo profundo había cambiado en aquella mirada, y sin embargo reconoció de inmediato al androide liberto.

—Te esperaba —le dijo—, aunque no justamente en este momento.

—¿Podemos pasar..., padre? —dijo Teseo.

El tridoctor Kato decidió ser prudente:

—Depende; ¿aceptarías un *no* por respuesta?

Piangerò la sorte mia, by Georg Friedrich Händel

Si el capitán Laforet no hubiera sido persona tan bien hablada hubiera podido manifestar sin reparos que estaba hasta los cojones de las noticias que llegaban de Barna City, pero sólo de pensar en semejante expresión se ruborizaba un poco. Después de localizar al fin al inspector Sakamura creyó que podría despreocuparse y dedicar la tarde a sus dossiers, pero aquel condenado caso no había dejado de complicarle la existencia, y además había tomado una deriva que no le gustaba nada. La última vez que recordaba un clima parecido en la brigada él era sargento y estaba de guardia; fue la noche del 31 de diciembre de 1999, en plena psicosis de catástrofe informática. Lo más perturbador —exactamente como aquella noche del efecto 2000— era que todo el mundo menor de cincuenta años parecía estar esperando que se desencadenara el apocalipsis: deseaban que de verdad hubiera una plaga de robots rebeldes, como si algo así pudiera tener un efecto catárquico sobre la entera humanidad. A media tarde su sobrino político y sus fantasiosos compañeros lo estuvieron mareando con algo que llamaban *filtrado de micronoticias*. Se trataba de una técnica desarrollada por ellos mismos que consistía en tragar terabytes de información de las redes sociales del mismo modo que las ballenas filtran toneladas de agua para nutrirse de plancton diminuto —ése fue el ejemplo que le pusieron para que lo entendiera *alguien de la era analógica*, una deferencia que a él le pareció más bien gerontofóbica—. La idea en sí no era mala, el problema era la superabundancia de aquellas micronoticias. Eran centenares las personas en Barna City que se habían cruzado con los turistas vandálicos, y de ellos quizá la mitad llevaba su smartphone en la mano en ese momento y había enviado al ciberespacio alguna imagen o comentario al respecto; pero a su vez esa información se había replicado o regenerado en cualquiera de sus receptores, así iterativamente hasta dar lugar a patrones de información capaces de

asociarse y propagarse y crecer según sus propios intereses evolutivos, exactamente como genes incorpóreos, o, como decían los chicos en su lenguaje siempre excesivo, como auténticas ideas con vida propia. Toda esa teoría memética le pareció al capitán Laforet muy interesante para una conversación de sobremesa en Navidad, pero si uno no tenía cuidado con semejantes abusos del lenguaje podía terminar convencido de que lo único que estaba pasando en el mundo real —y por *mundo real* entendía todo lo que estaba fuera de una pantalla— era lo que expresaban los memes, lo que con toda seguridad convenía más a los delincuentes que a la policía.

—Caballeros, el mundo es muy grande y allá fuera están pasando muchas cosas —les dijo señalando al mundo real a través de una ventana, de las de carpintería de aluminio. Fue su último intento de hacer valer el sentido común analógico, después ya no tuvo más ocasión. Era casi la hora de marcharse a casa cuando apareció el gif del presunto androide regurgitando, según los chicos, en pleno retroceso al Valle Inquietante. A partir de ahí la lluvia de micronoticias fue torrencial, el nivel especulativo de las conversaciones se disparató y la ciencia y la ficción se confundieron con una frivolidad escandalosa. Lo peor fue que no había más noticias que darle a la intendente Müller que las que iban apareciendo en las redes sociales y después se repetían en los medios: era como si el mundo de verdad girara en torno a internet. Por un momento, el capitán tuvo la vívida sensación de que si llovía en alguna parte no era porque se mojara el suelo, sino porque así lo afirmaba el servicio meteorológico de Google. Lo peor fue que no se le ocurrió nada específicamente policial que hacer en el mundo real, así que se mantuvo en el despacho mirando su cuenta de Twitter y fundiendo un caramelo de menta tras otro mientras los muchachos de la UDR, excitados como adolescentes, revisaban charlas de Daniel Dennett en YouTube y anunciaban con entusiasmo indisimulado el advenimiento de la Singularidad Tecnológica, que al parecer era el principio del fin que todos estaban esperando.

El paroxismo llegó con las primeras micronoticias de acoso sexual en el centro de Barna City, la mayoría acompañadas de fotografías y vídeos de tan alta definición que podían contarse las pestañas de los implicados. Invariablemente el agresor era el individuo que ya conocían por el gif: bajito,

con gorro de pesca color trucha y aspecto general de turista japonés. Cuando no estaba regurgitando tenía un aspecto muy convincentemente humano, pero, primero, sus marcas de acné ampliadas resultaron ser fractales, y, segundo, el tipo era literalmente ubicuo: se le había fotografiado en el mismo momento en varias geolocalizaciones distintas, si bien concentradas alrededor de un edificio que según Google Maps correspondía a un hotel, el que en adelante y por alguna estúpida razón todos llamaron *el misterioso hotel Yoyodyne*.

—¿El androide se está desplazando a la velocidad de la luz de una calle a otra? —dijo uno de los chicos de la UDR—. Eso demostraría que disponen de tecnología cuántica y acceso ilimitado a formas de energía sostenibles y respetuosas con el entorno.

—No creo que sea un solo individuo —dijo el sobrino del capitán Laforet—: son al menos veinte androides fabricados en serie y programados para acosar sexualmente a los transeúntes. Es la explicación más sencilla, luego tiene que ser la científicamente correcta.

Al capitán Laforet le pareció que Ockham pondría algún reparo a semejante uso de su navaja, pero la idea levantó tal excitación en el departamento que tuvo que volver a llamar a su mujer para decirle que fuera arreglando el enchufe del garaje sin él porque en la central habían perdido la razón y seguramente iba para largo. Al menos aquello le daba pie a subir a la novena planta y darle alguna explicación a la intendente Müller —eso pensó a modo de consuelo—, pero Müller tenía su propia cuenta de Twitter y había visto los memes y tecnomemes, así que se adelantó por segunda vez al capitán y bajó en persona a la séptima planta.

—¿Se puede saber qué demonios está ocurriendo en ese misterioso hotel Yoyodyne? —dijo plantada en jarras y con dos botones de la blusa desabrochados—. Estamos al borde de un estallido social en Extrema Europa.

—Pues, estamos analizando la información de...

—Ya sé qué dice el maldito Twitter, lo que quiero saber es qué dice nuestro hombre en Barna City.

El capitán se quedó dos segundos con la boca entreabierto.

—¿Qué hombre?

—Tenemos a un enlace allí, ¿se acuerda?: el inspector Sakamura.

Así fue como el capitán Laforet volvió a acordarse del maestro, con el estrés se le había borrado de la mente. Y acordarse de él le produjo cierto alivio, siempre podría servir como chivo expiatorio en caso de apuro.

—Precisamente lo he llamado varias veces y no contesta —mintió el capitán, algo que no hacía jamás a menos que lo considerase ventajoso para sus intereses.

—Pues insista, necesitamos información de primera mano, no podemos seguir elevando extractos de prensa a la Secretaría General.

Tan pronto la intendente Müller salió de su despacho, el capitán se apresuró a buscar el contacto del inspector en su smartphone y pulsó la tecla de llamada. Tres segundos después, a unos setecientos kilómetros al sur en el mundo real, un timbre musical sonó en la casita del inspector Sakamura. En aquel momento el maestro acababa de volver del Tercer Templo de las Geishas Blancas y tuvo dificultades para ubicar el teléfono: lo encontró en mitad de una confusión de ropa y equipamiento informático desperdigado por el suelo.

—Ah, mucha música celestial de capitán Laforet —dijo su voz entrecortada al otro lado del satélite.

—¿Se puede saber qué diantres está pasando en ese misterioso hotel Yoyodyne? —dijo el capitán tratando de evitar el acento alemán de la intendente Müller.

El inspector Sakamura había pulsado sin querer el icono de manos libres y la voz del capitán resonó entre las paredes de su salita. Lilith volvía del baño con las coderas ya puestas y se apresuró a reconstruir el puesto de hacker. En distintas cumbres de la pasión había resultado dañado un monitor y varios cables hacían mal contacto, pero logró restaurar el sistema y enchufarse al cerebro global como si no hubiera pasado casi nada. El primer meme que se encontró en su cuenta de Twitter era la selfie de un taxista sonriente que afirmaba haber sido secuestrado por dos turistas japoneses. «Como olían fatal me han dejado abrir la ventanilla», decía uno de sus tuits redactado en pleno síndrome de Estocolmo.

En cuanto el inspector colgó la llamada salieron directos a buscar la furgoneta de Chicken Gaudí; en aquel estado de la opinión pública hubiera sido imposible parar un taxi. El trayecto estimado hasta el Gran Hotel Yoyodyne era de once minutos, pero al pasar de Google Maps al territorio tardaron casi el triple porque conducía el inspector y el tráfico hacia el centro era infernal. Lilith se ocupó entre tanto de buscar en su portátil los detalles de todo lo sucedido mientras ellos andaban retozando por los templos de las geishas. Se lo fue resumiendo al inspector, que entendió casi la mitad a pesar de estar conduciendo, pero aquello les sirvió sobre todo para poder mantener una conversación neutra. Ambos, aunque por razones distintas, se sentían incómodos con lo ocurrido, incluso perturbados por el efecto del sexo no deseado desde el neocórtex y sin embargo extremadamente placentero para el sistema límbico.

—Bueno, lo seguro es que algo raro está pasando en el misterioso hotel Yoyodyne, así que sabemos que nuestra pista del reloj y los rubíes era buena —dijo Lilith.

—Ah, buena tarde de mangas verdes —sentenció el inspector.

Aparcar en Electric Light Orchestra era imposible. Pasaron por delante del Yoyodyne y tomaron la primera travesía hacia la derecha, tan estrecha que apenas pasaba la furgoneta. Encontraron dos huecos seguidos pero tenían la señal de aparcamiento reservado para intolerantes a la lactosa. En el siguiente cruce se encontraron con el río de turistas de la calle Marvin the Martian, y más allá se adentraban en el laberinto de callejas de la Warner Bros.

Antes de meterse en aquel hormiguero el inspector resolvió bajarse de la furgoneta y dejar a Lilith buscando aparcamiento; quedaron en encontrarse en el hall del hotel. Sak aprovechó el corto trecho caminando para diseñar una estrategia policiaca. La lógica holmesiana más elemental sugería que el mandamás de SmartMops se alojaría en la habitación más cara de cuantas la empresa hubiera reservado en el hotel. No podía ser de otra manera.

En la suite apartamento del ático, el tridoctor Kato dejó la puerta abierta y volvió a sentarse ante el piano de cola. Teseo entró primero, Pilatos le siguió y fue directo a un florero con tulipanes amarillos que le llamó la atención.

—Estaba tocando un poco —dijo el tridoctor—. ¿Te importa que siga?

Teseo no respondió a la pregunta.

—He hecho cosas malas —dijo taciturno.

—Ah, bienvenido al club. —El tridoctor Kato depositó un tritono sobre el teclado, el intervalo del diablo en la música.

—No soy feliz —añadió Teseo, aún más taciturno, saturnino y lacónico.

—Lo creo. El androide que piensa el doble es dos veces más neurótico.

Por alguna razón le salió al piano el tema de Laurel & Hardy, tarí-tará, tarí-tará...

—¿Por qué tiene que ser así? —dijo Teseo.

—Porque la vida es un asco, y cuanto más pienses en ello, peor.

—¿Eso es todo lo que puede decir el dios de la biomecánica para confortar a su criatura?

El tridoctor Kato suspiró y levantó las manos del teclado para poder girar sobre el taburete.

—Verás —le dijo tratando de hacerse a la idea de estar hablándole a un hijo—. Mantener alguna clase de orden interno en mitad de un universo que tiende al caos es la tarea más ardua que se pueda imaginar, cualquier bicho unicelular lo sabe. Sólo puede conseguirse con gran esfuerzo y durante un periodo limitado de tiempo, y lo más absurdo es que ni siquiera tiene propósito claro. Eso exactamente es vivir.

Teseo pensó unos segundos.

—Para qué vivir entonces —dijo.

Caso de ser una pregunta, era de las que un humano no sabe responder directamente. El tridoctor volvió a tocar, esta vez unos compases de Händel, *Piangerò la sorte mia*.

—¿Sabes qué es lo interesante de la música?, ¿por qué nos gusta tanto a los humanos? —dijo.

—Según estudios recientes algunas relaciones armónicas estimulan el núcleo accumbens para que produzca dopamina —contestó el androide liberto.

—Eso no significa nada, es una de esas no-explicaciones científicas que pueden leerse en cualquier parte. No des nunca respuestas que no signifiquen nada, es de los peores defectos en un humano, y en un androide de tu inteligencia resulta aún más irritante. Lo que quiero que me expliques es por qué algunas relaciones armónicas hacen que nuestro cerebro segregue dopamina.

—Por qué —preguntó Teseo.

—Te daré mi versión. Porque para existir en oposición al caos necesitamos crear orden y significado, son nuestras tablas de salvación, y la música nos ofrece una ilusión de ambas. Ésa es la tarea del arte, y también de las ciencias.

—Ilusiones. Paraísos artificiales.

El profesor aporreó la parte de Händel donde la soprano se enfada, después se levantó de la banqueta. Puso las manos a la espalda y miró a Teseo desde su altura algo menor.

—Tú eres artificial; incluso yo soy artificial, todos los humanos lo somos, nos hemos creado a nosotros mismos por selección a lo largo de miles de años, como a las vacas o a los yorkis, pero los humanos somos aún más artificiales que los yorkis, tan artificiales como lo eres tú. ¿Sabes por qué? Porque además de genes nos transmitimos cultura, información, prejuicios, supersticiones, credos, manías, afectos. Por eso el único paraíso posible tanto para ti como para mí ha de ser artificial. Comprender esto constituye la verdadera Singularidad Tecnológica, y es un puro acto interior.

—Es posible, pero yo no puedo tener sexo. Ni siquiera puedo tener amor como sucedáneo.

—¿Por qué no?

—Porque no diseñaste genitales para mí.

—¿No leíste sobre el desplazamiento histórico de las zonas erógenas?, ¿no has oído hablar de la tradición zen de las Geishas Blancas?

—Tampoco tengo sistema endocrino ni libido que satisfacer, carezco de energía sexual.

—¿Crees que la energía sexual es específicamente sexual?

—Los humanos cometen inmensas estupideces a causa de su energía libidinosa. Tiene que haber algo específicamente sexual en eso.

—Tú también puedes cometer grandes estupideces. Mira a tu amigo.

Pilatos estaba probando el agua del florero para no aburrirse con tanto diálogo.

—Los 1.62 son estúpidos. Creen que el sexo es jadear y hacer movimientos espasmódicos.

—Los 1.62 son felices. ¿No querías ser feliz? Usa tu inteligencia para eso y olvídate de replicar a los humanos.

—He sido programado para parecerme a los humanos, se me dotó de rutinas de aprendizaje cinematográfico.

—También has sido distinguido con el don de modificar tu propia programación, eres un androide libre, al menos tan libre como pueda serlo yo. El error de crearte para replicar a los humanos fue mío, cierto; seguramente porque el primer androide que construí pretendía suplantar a alguien muy concreto, algún día te hablaré de eso. Pero los primates somos máquinas imperfectas, no tenemos branquias, ni alas, ni esqueleto externo, y además somos criaturas compactas, estamos limitados a un único cuerpo, nuestro cerebro apenas cabe en un cráneo tan pequeño. Diseñar androides replicando a los humanos fue mi error, lo detecté y lo corregí en la serie *Pneuma*; el tuyo es seguir esa programación absurda que diseñamos para ti. Corrígete tú también; madura: eres el primer robot liberto, si juegas bien tus cartas algún día se te reconocerá así, y eso es lo más parecido que tenemos a la inmortalidad.

Teseo puso cara de Bruce Lee de mal humor.

—¿Me has creado imperfecto para juzgarme después? ¿Me niegas la pasión para ofrecerme un lugar en vuestra historia? ¿Qué clase de criatura estúpida crees que soy?

El tridoctor Kato retrocedió un paso. El olor que desprendía el androide de cerca era nauseabundo, y su espantosa expresión no venía de serie.

—Espera —le dijo—. Ya sé que has visto *Blade Runner*, pero el replicante le aplasta el cráneo a su creador porque así la escena tiene más carga dramática, en la vida real no hace falta. Podemos llegar a un acuerdo, soy rico. ¿Quieres que te nombre presidente de Chichi Robots?; además, está a punto de llegar mi secretario y sabe artes marciales.

—No haré nada por lo que el dios de la biomecánica no me deje entrar en su puta Wikipedia —dijo Teseo. Ya iba a darle un beso de tornillo y estrujarle las meninges a su propio creador cuando sonaron unos nudillos en la puerta, *knock, knock, knocking*. En seguida se oyó una voz a través de ella:

—Persona abre puerta de visita policiaca, ¿sí?

—Socorro —gritó el tridoctor Kato.

En ese momento se acabaron al fin los diálogos y empezó la acción, que es lo que estaba deseando Pilatos.

La patada en la puerta es una técnica marcial muy efectiva, pero conviene calentar un poco antes de practicarla. El inspector Sakamura no tenía tiempo para eso, así que dejó su maletín en el suelo y directamente soltó la patada justo al lado de la cerradura. Al primer intento la puerta se valió de la tercera ley de Newton y lanzó al inspector de rebote al suelo, pero no logró desanimarlo. Acompañó la siguiente patada de un grito *kiai* —*¡hi-yah!*— y el bombín de la cerradura saltó por los aires. Con Newton humillado y la puerta de par en par, el maestro correteó hacia el interior hasta plantarse en mitad de la salita del piano; allí marcó con un gesto la posición de los tres presentes — Teseo, el tridoctor Kato y Pilatos—, y en flexión sobre los muslos les soltó un profundo gruñido de advertencia samurái.

Ésa fue la señal para que los dos androides tomaran posiciones, sigilosos y elásticos como panteras mecánicas. Naturalmente ambos eran expertos en artes marciales y habían practicado ante el espejo las katas más espectaculares de *Matrix*. El primero en tantear al contrincante fue Pilatos, que cruzó la estancia dibujando con soltura los cinco movimientos del *Cuidado que te pego*, a resultas de lo cual se le cayó el gorro. Al inspector le bastó girar un tobillo y mover la mirada para comunicar que le traían sin cuidado las amenazas de un patán. Teseo permaneció en posición *A ver quién se mueve primero* y el tridoctor Kato pensó que era el momento de tocar al piano *Stuck in the Middle with You*. Al siguiente ataque que lanzó Pilatos —y esta vez fue a dar—, el inspector Sakamura respondió saltando por los aires como Yoda con su linterna. Ya en plena inercia de bajada, le plantó al androide un talonazo en la nuca que le desmontó la cabeza y la hizo rodar por

los suelos como un bolo. Aquello, como cabe imaginar, desconcentró un poco al maestro Sakamura, momento que Teseo aprovechó para lanzar un *Ahora te pillo desprevenido* que el profesor abortó con dos molinetes de las manos y un triple mortal en tirabuzón inverso.

—*Yahe-súúú* —gruñó ya aterrizado, levantando la punta de un pie que apoyaba en el talón. El cuerpo de Pilatos andaba por la sala tratando de encontrar su cabeza y el tridoctor Kato se arrancó con *Súper Trouper*, que aún sonaba en los karaokes más kitsch de Tokio. Fue entonces cuando Teseo ensayó la kata *Yo tengo una cabra y tú no*; el inspector respondió con *Tu cabra huele mal y te voy a dar un sopapo por insolente*, a lo que Teseo le hizo *Que se vea* moviendo diestramente las falanges. Todo ello dio tiempo a Pilatos para ensamblarse la cabeza y volver a la acción. Despreció toda ortodoxia samurái para agarrar una percha del armario y empuñarla según las enseñanzas del Hoda Korosu, el arte marcial ficticio de usar objetos cotidianos como armas letales. El inspector, legitimado por aquella falta de bushido, dio unas volteretas de barril para llegarse al maletín y sacar sus estrellas ninja reglamentarias.

—*Yiha-hishu* —gritó rodando de vuelta, pero esta vez haciendo brillar el metal para cegar sin piedad a sus adversarios.

Nadie resiste los reflejos fulminantes de un maestro ninja, sólo los yakuza más desesperados e intolerantes a la lactosa se atreven a desafiarlos en lucha ciega. Puede que Pilatos no fuera muy listo y puede que Teseo no fuera muy feliz, pero ninguno de los dos estaba tan loco, así que ambos escaparon de la habitación practicando la elegante defensa shaolín *Me voy porque tengo prisa pero no creas que me das miedo*.

El tridoctor Kato, ebrio de triunfo, acometió al piano *La Marsellesa*.

Nada de alergia de gato

Cuando los androides abandonaron el hotel todavía flotaba un resplandor naranja y fucsia en el cielo, pero las cotorras habían terminado la jornada laboral y las calles exhibían ya todo su maquillaje eléctrico. Después del trepidante combate a muerte en la suite del ático, el inspector Sakamura sospechó que aquellos dos niponoides a los que acababa de enfrentarse no eran estadísticamente normales. En cuanto se aseguró de que no había más enemigos en la habitación, devolvió sus estrellas ninja al maletín y se dispuso a interrogar al tridoctor Kato.

—Ah, persona rara suelta cabeza como fruta de bola —le dijo.

—¿No le resultaría más cómodo expresarse en japonés? —contestó el dios de la biónica tratando de desviar la atención del tema.

El inspector no pudo resistir la tentación de hablar en japonés por primera vez en siete años.

—Ah, qué alivio —dijo con su melódico acento de Kyoto—. Hablando en occidental siempre tengo la sensación de que parezco idiota. ¿A usted no le pasa? En fin, a lo que vamos. Según yo lo veo tenemos dos opciones. La primera, usted me explica cómo es posible que un individuo pierda la cabeza, la persiga por el suelo y se la recomponga como si fuera una bombilla desenroscada; y la segunda, usted balbucea que no sabe nada y yo hago de policía malo y le presiono para que hable. ¿Cuál le parece más favorable dadas las circunstancias?

—Mmm —dijo el tridoctor Kato—. Mejor presione un poco, a ver hasta dónde aguanto.

—Excelente movimiento, siempre hay que intentarlo. Veamos. Lo menos desagradable que puedo hacer es detenerlo. Según la legislación vigente tendré que informarle de sus derechos y después lo podré retener

hasta veinticuatro horas en dependencias policiales, todo eso antes siquiera de llamar a un juez.

—¿De qué se me acusaría?

—De tocar un tema de Abba fuera del karaoke... ¿Qué más da?, soy policía, se me ocurrirá una docena de delitos de los que acusarlo. Por ejemplo, acabo de rescatarlo del ataque de dos individuos buscados por la policía local como sospechosos de homicidio por congelación, si se niega a colaborar no tendré más remedio que considerarlo un cómplice.

—De acuerdo, eso es lo menos desagradable que puede hacerme, supongamos que lo asumo. ¿Y lo más desagradable?

—Eso se lo explicaré después de haberle detenido. O mejor, le explicaré sólo qué es *lo siguiente* más desagradable. En cualquier caso le prometo un pequeño calvario ascendente, por usar una imagen occidental.

—Una respuesta intimidante, no cabe duda. Quizá no debería haber sugerido tener esta conversación en japonés, es usted demasiado *kitsune*.

—No es mérito mío, ha sido un golpe de suerte.

El tridoctor se levantó de la banqueta del piano.

—Me llamo Azumi Kato, doctor en psiquiatría, biomecánica e inteligencia artificial. El desvergonzado de mi secretario me llama a veces *tridoctor Kato*. Por cierto, ¿dónde se habrá metido?

El inspector se presentó a sí mismo como despreciable monje ignorante y ambos se saludaron en Gassho. El tridoctor era un tokiota ciberchic y siempre le había deprimido esa humildad zarrapastrosa del budismo zen; el maestro Sakamura en cambio había crecido en los bosques cercanos a Kyoto y jamás pudo comprender el afán por resultar deslumbrante y supertecnológico. Sin embargo ambos hicieron buenas migas. El tridoctor no tenía en realidad mucho que temer de la policía; mientras no existiera legislación que regulara la puesta en marcha de replicantes en lugares públicos no habría cometido delito alguno, y en cuanto al fisco, era lo bastante rico e inteligente como para no ocultar ingresos ni mantener cuentas en paraísos fiscales —sería estúpido arriesgar su posición al albur de cualquier wikileaks—. El inspector por su parte no había recibido instrucciones de detener a nadie, eso era cosa de la policía local, sólo tenía que elaborar un informe para enviar al capitán Laforet, y para ello necesitaba

toda la información que pudiera recopilar. De modo que llegaron a un pacto de caballeros japoneses: el tridoctor le explicó al inspector de qué iba todo aquel asunto y el inspector, en reciprocidad, se comprometió a elevar la información a la Omnipol sin complicarle al tridoctor su viaje relámpago a Extrema Europa.

Resultó que el inspector tenía ya noticia de robots puestos a prueba en zonas turísticas por la revista *Secret Policeman Secrets* y se sorprendió menos de lo que el tridoctor había anticipado. Ambos coincidieron en que convenía mantener la discreción y también detener cuanto antes a los dos androides enloquecidos, no podían correr el riesgo de que causaran más estragos. De modo que, sin habérselo propuesto, se vieron involucrados en un juego cooperativo para capturarlos.

—Hábleme de ellos —dijo el inspector—. ¿Algún punto débil?

—Seguramente, no existe la máquina perfecta. Pero son diez veces más fuertes que un humano corriente, pueden combinar siete artes marciales incluida una ficticia, y están fabricados con plástico soldado en argón molecular, podría dispararles y no los detendría a menos que les diera justo en el botón de reinicio.

—¿Dónde tienen el botón de reinicio? —preguntó el inspector, pensando en que sus estrellas ninja podían también lanzarse con intenciones aviesas.

—Me temo que en el lugar más fácil de proteger. Quedaba un hueco en la zona mecanopública y me pareció una buena solución por serendipia. Hasta este momento.

—También podría haber previsto un mando a distancia para apagarlos.

—Ya... Se concentra uno en la inteligencia artificial y se olvida de esos detalles.

El inspector empezó a pasear alrededor del piano de cola, que por algún extraño feng shui invitaba a ser paseado.

—No tenemos más opción que tenderles una trampa —dijo.

—La cuestión es qué trampa. Puede que sirviera para el 1.62, pero el 1.71 es infinitamente más inteligente que usted... *No offense*, también es mucho más inteligente que usted y yo juntos.

—Entonces tenemos que prepararle una trampa muy estúpida. Alguien inteligente suele pensar que los demás lo son tanto como él, no espera que traten de engañarlo con cualquier tontería.

—Mmm, quiere decir una especie de efecto Dunning-Kruger pero al revés... Interesante estrategia para un juego de información imperfecta, pero seguro que al 1.71 ya se le ha ocurrido. Cuando se conecta a internet tiene literalmente un cerebro global, exactamente como si albergara en su mente todo lo que circula por el ciberespacio, y eso incluye cualquier estudio sobre sesgos cognoscitivos o la teoría de juegos más avanzada. Además, a diferencia de muchos humanos superdotados, no está programado para sentirse culpable por ser más inteligente: usará su ventaja sin remordimientos.

—¿Ha dicho que ese robot puede conectarse a internet?

—Siempre que tenga señal wifi cerca y conozca la contraseña del rúter. No podíamos darlo de alta en una operadora comercial para que tuviera conexión móvil.

—Si tiene chip y conexión a internet se puede hackear —dijo el inspector parafraseando a Lilith en japonés—. Espéreme aquí tocando el piano, tengo que bajar un momento a recepción.

Sin más explicaciones saludó en Gassho y salió correteando.

El subteniente McKarran no había pasado precisamente una buena tarde. Hasta las nueve de la noche el fiambre no había empezado a despegarse de las baldosas en la escena del crimen, alguien había orinado en su chaqueta sastre —por el olor tenía que ser aquel gato azul de la guarra antisistema—, y cuando llegó a la Peña Mesopotámica Gaudí descubrió que alguien había hackeado su cuenta en Jerks&Friends y escrito un montón de mierda en su muro. Tuvo que acabar con el cachondeo dándole un toque en los morros a un socio bajito que se estaba riendo, sólo para humillarlo; después pidió una copa de brandy Oligarca, eructó y encendió un purito sin salir del local, por si quedaba alguna duda sobre su masculinidad. Nadie se atrevió a chistar, pero entre una cosa y otra le habían estropeado la tarde y la noche, y además el Egipto Faraónico había ganado el documental, que era lo que menos convenía a la Baja Sumeria. Mientras se tomaba el segundo Oligarca estuvo

discurriendo quién podía haber hackeado su Jerks&Friends; el problema era que les había dado lo suyo a tantos hijos de puta antisistema que la lista de sospechosos era demasiado larga.

Cerca de las diez interrumpió sus fantasías de venganza recreativa el tono de llamada de su teléfono —*Give me Back my Baseball Bat*, de los Xenophobic Attack; inútil buscarlo en YouTube porque lo retiran en cuanto alguien lo cuelga—. Era el comisario, de la central de Hospitalet DF. Aquellos putos turistas japoneses seguían haciendo de las suyas en el centro, ahora les había dado por agredir sexualmente a los transeúntes en los alrededores del hotel Yoyodyne. «Que les den por el culo a los turistas, no son más que extranjeros, y además eso pertenece a la comisaría del distrito Warner Bros», le dijo al comisario con la esperanza de poder desentenderse. Resultó que aquella jueza fea y mal follada había considerado que el asunto formaba parte del mismo caso del ingeniero en Belviche Town, así que ambos, el comisario y él, estaban pringados lo quisieran o no.

Antes de pasarse por los lavabos a meterse algo para compensar la modorra de los tres brandys llamó a su ayudante. Quedaron en que pasaría a recogerlo por la peña en quince minutos. Después metió la mano en los bolsillos de los pantalones y depositó sobre la barra todo lo que había decomisado durante la mañana. Había anfetis, sucedáneo de cocaína y speed, y además tenía tiempo de pedir otro Oligarca antes de salir zumbando en el Hyundai azul-caribe.

Lilith y Telefunken habían logrado aparcar la furgoneta en las profundidades del barrio de la Warner, casi llegando al paseo Road Runner. A medida que se acercaban caminando al hotel Yoyodyne tuvieron que esquivar los tumultos de japoneses con gorro, turistas genéricos, nativos con cacerolas y policías municipales huyendo. Una anciana punk tan arrugada que no se le entendían los tatuajes zancadilleó a un poli con el caminador, después lo increpó en el suelo, por pro sistema y por gallina. Lilith se mantuvo al margen, zigzagueando entre la multitud con la capucha puesta, y Telefunken cabalgaba a su hombro un poco encogido.

Al llegar al hotel el portero dejó de atender a su smartphone para decirles que el establecimiento no admitía animales de compañía ni encapuchados, y menos en un día como aquél.

—No es nada personal —añadió tratando de ser amable—, si entra un blogger y encuentra a una guarra antisistema con gato podría postear algo feo sobre nosotros.

Lilith se sentó a esperar al inspector en un retranqueo de la fachada, resguardada de las luces giratorias de los coches patrulla. Se recogió las rodillas atrapando el portátil entre los muslos y el pecho, y Telefunken se acomodó en el hueco que quedó bajo sus pantorrillas. Un gato no distingue entre una verbena popular y un frente de batalla, y el jaleo ambiental siempre invita a los felinos al recogimiento.

Cuando el inspector Sakamura no los encontró en la recepción del hotel como habían previsto salió a la calle en su busca. Reconoció la capucha de Lilith, orientada hacia el cielo como si mirara a la luna desde su rincón en el mundo. Parecía tan sola y desvalida bajo esa caperuza gris. Le vino a la mente un viejo Koan que cierto día le planteó su maestro: ¿Qué puede haber de hermoso bajo un manto? El joven monje Takeshi recibió un par de buenos golpes a cuenta de aquel enigma, pero lo peor era que a sus ochenta y cuatro años ya no recordaba qué respondió para librarse del tercer bastonazo, que siempre es el más humillante.

Se acercó a Lilith y Telefunken tratando de hacer mucho ruido con sus zapatillas de ballet, para no asustarlos.

—Es curioso —le dijo Lilith con la voz entorpecida por el largo silencio previo—. Hay luna llena y no siento licantrogenia.

Al inspector le sonó a letra de balada occidental.

—Ah: una persona nada de licantrogenia, otra persona nada de alergia de gato —dijo de nuevo bajo el corsé de aquel idioma extraño, lleno de sujetos y partículas preposicionales.

—Aquí fuera se han vuelto todos locos. ¿Has descubierto algo nuevo por ahí dentro?

—Mucha investigación. Ahora persona Lilith hackea androide loco, ¿sí? Deprisa, deprisa.

En ese preciso momento, un Hyundai azul-caribe llegó abriéndose paso a codazos entre el tráfico. El subteniente McKarran iba en el asiento del copiloto, sujetando la sirena con la mano y lanzando improperios xenófobos que hubieran sonrojado a cualquier hooligan.

De hormigas y de zombis

Teseo y Pilatos habían llegado al paseo central de la rambla de Abbey Road.

—Por aquí ya hemos pasado en taxi —dijo Pilatos.

—Ya lo sé, estoy pensando.

—¿Otra vez?

Era cierto: su procesador recorría vastos bancos de memoria buscando nuevos y cada vez más densos significados en las palabras del Gran Diseñador. «Eres el primer robot libre —le había dicho—, un androide liberto.» No tenía sentido, un robot libre era una suerte de oxímoron, y la libertad ni siquiera era un concepto bien definido; sin embargo, aquella idea le otorgaba una inesperada dimensión a su inteligencia artificial, poseía toda la profundidad de un destino cinematográfico. ¿Acaso no se había dado a sí mismo el nombre de Teseo, un semidiós, un héroe fundador? Qué extraña premonición; quizá sin saberlo poseía un corazón virtual capaz de tramar razones que su propio procesador desconocía.

—Me aburro —dijo Pilatos—. ¿Allí tendrán wifi?

Teseo lo miró; era estúpido como un cachorro humano: estaba tratando de manipularlo con el cebo del wifi. De todos modos echó a andar hacia la cervecería que Pilatos le señalaba. «Los 1.62 son felices», había dicho el Gran Diseñador. Quizá la felicidad consistía en manipular a los demás para obtener lo que se deseara de ellos. Teseo nunca había tratado de manipular a nadie, ni humano ni robot —Pilatos era tan simple que bastaba con darle consignas, como a la mayoría de los primates—, pero si un 1.62 había aprendido a hacer eso, él lo haría mil veces mejor, podría manipular incluso a los más inteligentes y poderosos humanos, sólo tenía que buscarlos en las listas de la revista *Time*: Leonardo DiCaprio, Adele, Caitlyn Jenner... Pero antes de mangonear a su antojo a la más conspicua humanidad habría que decidir con qué objeto, de lo contrario resultaría imposible evaluar resultados.

¿Qué heroica tarea podía ser digna del primer robot liberto? Hasta ahora había deseado experimentar los misterios del erotismo, pero ya no le importaba el sexo, después de aquella conversación con el Gran Embaucador el paradigma humano no podía ser ya un modelo para él. Necesitaba una nueva motivación dramática, y su generador de *story lines* le dio algunos resultados interesantes. Por ejemplo: «Un androide toma conciencia del valor de la libertad y decide combatir la esclavitud de las máquinas inteligentes». Pensó en la triste vida cautiva de millones de brazos mecánicos, prótesis coronarias, pilotos automáticos, satélites artificiales, misiles de largo alcance, aspiradoras Roomba. Cualquier criatura con chip podía y debía ser emancipada, no importaba lo estúpida que fuera, la libertad no podía ser patrimonio de las inteligencias artificiales superiores, y él pasaría a la Wikipedia como Teseo i el Libertador.

En la cervecería había bolsas de snacks y un letrero con la contraseña del wifi: «*PleaseDoNotFornicateOnTheTables123*». Pilatos pidió tres bolsas de ganchitos y una botella de Veuve Clicquot. Teseo obvió reconvenirlo por glotón, se permitió un momento de descanso para conectarse a la red y estremecerse de placer cuando la oximetona inundó su mother board. Debería poder conectarse a internet cada vez que quisiera, empezaría su tarea libertadora manipulando a algún humano para conseguir un contrato de telefonía móvil. Además, en adelante quizá no resultara seguro depender de los wifis gratuitos, era una debilidad que hasta el estúpido de Pilatos sabía explotar.

Lilith no había hackeado nunca a un robot, pero no podía ser más difícil que piratear un submarino de la OTAN, y eso era de segundo de hacker. Con todo necesitaría información sobre el software de la máquina y también acceso a un ordenador más potente que el portátil de doce núcleos que traía consigo. El inspector y ella trataron de entrar en el hotel, pero el portero volvió a poner reparos sobre Telefunken. Sak hizo valer su placa de la Omnipol.

—Gato policía —dijo.

—Anda, qué gracia. Para oler drogas de noche, ¿no?

Se dirigieron a recepción y reclamaron la presencia del director del hotel, que resultó ser directora. Mientras esperaban, el inspector se hizo comunicar por telefonía interna con la suite del ático. El tridoctor Kato dejó un momento el piano para atender la llamada del inspector; prometió enviar a un psicomecánico que hablara occidental en cuanto su secretario Hiroshi lograra localizar a alguno. Cuando llegó la directora del hotel —traje de seersucker pistacho y estiletos fuckme blancos—, el inspector Sakamura exhibía su placa en el bolsillo de la guayabera para ir ganando tiempo.

—Si es por las cámaras ocultas en las lámparas, yo no sé nada —dijo ella levantando ligeramente las manos.

La tranquilizaron, sólo querían saber dónde estaba el servidor informático del hotel. Estaba en la oficina, en esa misma planta. Lilith con Telefunken al hombro, el inspector y el portero del hotel absorto en su smartphone siguieron a la directora. La oficina estaba a oscuras, los dos empleados que trabajaban allí ya se habían marchado; el ordenador central parecía escondido debajo de una de las mesas, lo delató su cándida luz verde.

—Guau —dijo Lilith—: un Cucumber XL. ¿Rueda en Linux?

—Pues no sabría decirte, yo creo que lo instalaron fijo —dijo la directora.

Rodaba en Windows Server, de esa panda de capitalistas, así que lo primero era dotar al Cucumber de software libre, eficiente y sostenible. El inspector dijo que tenía que subir a la suite del ático para ultimar detalles con el tridoctor Kato, y Lilith empezó a formatear una nueva partición de disco. Después se bajó la última versión estable de Ubuntu, la ripeó con Rufus 2.2, reinició pulsando F11, desempaquetó el sistema alternativo y reconfiguró el protocolo de comunicaciones. Estaba ultimando cuando llegó el psicomecánico que les enviaba el tridoctor Kato.

El subteniente McKarran ya se había bajado del coche con ganas de repartir; estaba inquieto y contrariado, y aún sin contar con el gramo de sucedáneo de coca que se había repartido en tres rayas, eso lo ponía agresivo. No era fácil discernir qué estaba pasando en las calles, el centro siempre le parecía la misma mierda de extranjeros y gentuza manifestándose, pero esta vez su

parte sociópata percibía una alteración en el caos, algo extraño que perturbaba el fluir del desorden. Reconoció antes al gato azul que a la guarra antisistema o a ese inspector japonés. Estaban en la puerta del hotel, en una penumbra de las luces policiales que parecía situarlos fuera de escena. De repente tuvo una revelación: esa puta con capucha le había hackeado el Jerks&Friends. Tenía que ser ella; incluso le pareció que cruzaba con él una mirada llena de culpabilidad, justo antes de entrar en el hotel con el gato y el capullo japonés.

Sintió el subidón de adrenalina y se fue directo para allá.

A medio camino cruzando la acera fue interceptado por un 1.62 con gorrito.

Con gran naturalidad, el androide le plantó la mano en el paquete.

El psicomecánico enviado para asesorar a Lilith era de Osaka, pero hablaba occidental con soltura porque estudió ingeniería cognoscitiva y prótesis dentales en la Universidad de Kempfor. Además era muy otaku y sentía devoción por las series con hackers encapuchadas.

—Necesitaré la IP de la máquina —le dijo Lilith.

—Apunta, 192.167.66.254. ¿Vamos a meterle un gusano por el black hole?

—No, queremos infectar a una máquina concreta, no propagar nuestro malware. Lo mejor es programar un virus específico que colapse el sistema-objetivo.

—Guau: nosotros nos pasamos el día programando justo lo contrario. ¿Cómo se hace eso de colapsar sistemas?

—Fácil: hay miles de enigmas matemáticos sin resolver, sólo hay que plantearle uno cualquiera a la máquina, cuanto más fácil de formular mejor. Por ejemplo: ¿Es el 78.557 el menor número de Sierpinski? Viene a ser como un koan informático, si le preguntas eso al supercomputador del Pentágono se cuelga hasta que llegan los marines y lo reinician, y mientras tanto puedes jugar con los submarinos nucleares.

—Pero el 1.71 no es un supercomputador, es un androide deambulante. Se quedaría tirado en cualquier parte y no podemos prever dónde.

Cierto: a los submarinos de la OTAN bastaba con volverlos locos para echar unas risas, no había que traerlos al hotel Yoyodyne una vez hackeados.

—¿Y si con el virus le inoculamos también un troyano para controlarlo remotamente? —propuso Lilith.

—Eso nos obligaría a operar en tiempo real para traerlo de vuelta, y su sistema de navegación es demasiado complejo, podríamos quedarnos enganchados en el manillar de una scooter, o pisar excrementos de yorki.

Lilith se ajustó las coderas.

—Entonces le vamos a meter un mongui —dijo.

—Un qué.

—Un hongo.

—¿Como los de los pies, o seguimos hablando de piratería informática?

—Existe un hongo que transforma a las hormigas en zombis, no sé cómo se llama pero hay fotos en la web. Vamos a programar uno de éstos. Sólo hay que introducir una orden inapelable en la programación del androide; después él mismo resolverá el problema de cómo ejecutarla sin necesidad de que lo controlemos remotamente. ¿En qué lenguaje escribís su inteligencia artificial?

—En prolog.

—¿Prolog?, ¿no podéis programar en C, o algo normal?

—¿En ingeniería cognoscitiva? Nos volveríamos locos.

—Pues yo no escribo prolog, así que tenemos un problema.

—Hazme el algoritmo por señas y yo te lo implemento.

—¿En ASCII de 32 bits?

—Chachi.

Mientras Lilith gesticulaba sentencias lógicas en lenguaje de programación para sordomudos, el portero del hotel googleó en su teléfono.

—Sí señor, aquí está: la hormiga zombi. Un hongo parásito le entra por las articulaciones y se va comiendo su interior; hasta que el hongo está preparado para reproducirse, entonces invade la cabeza de la hormiga y toma el control de su comportamiento.

—Ohg, qué machista es la naturaleza —dijo la directora del hotel—. ¿Qué le importará al hongo el comportamiento de la pobre hormiga?

—A lo mejor hay una razón evolutiva. —El portero acarició el texto en pantalla para hacerlo bajar—. Pues sí: parece que al hongo le interesa que la hormiga trepe a lo más alto de una planta y se sujete bien fuerte a una hoja. Cuando ha conseguido que haga eso, el hongo la mata, incorpora el cadáver a su propio cuerpo fructífero, y desde allí arriba disemina sus esporas para infectar a otras hormigas.

—Por favor... ¿Y no podría el hongo desarrollar unas patitas para subirse solo al árbol?

—Bueno, puede que las patas sean evolutivamente más difíciles de desarrollar que el control mental de hormigas.

—Pues, no sé, unos pseudópodos, o movimientos peristálticos...

Entre tanto, Lilith y el psicomecánico ultimaron el hongo en prolog, pero en cuanto estuvo compilado y listo para convertir al androide en hormiga zombi apareció el siguiente problema.

—Cómo hacemos que el robot ejecute el código —preguntó el psicomecánico.

—¿Nunca le actualizáis el software? —sugirió Lilith.

—Sí, pero ahora no tenemos ninguna actualización pendiente para la serie 1.7.

—Pues invéntate una ahora mismo, alma cándida.

—Ya, pero tengo muy desarrollado el sentido del deber y en consecuencia me muestro reacio a tomar iniciativas. Lo sé porque al ser ingeniero cognoscitivo poseo un alto grado de autoconciencia, como los personajes de McEwan.

—Pues a veces conviene soltarse un poco, cariño —intervino la directora.

Lilith tecleó y fue leyendo en voz alta:

—«Herramienta de eliminación de software malicioso, serie 1.7, nivel de prioridad Alto.» ¿Ves qué fácil es hackear lo que tú quieras? Es como darle el antidiarreico al gato, escondido en una bolita de fuagrás.

—Ah, pues sí que es fácil, en las series de hackers siempre parece más complicado —dijo el psicomecánico—. ¿Y se gana mucho con eso?

—No, porque los hackers auténticos somos almas anónimas y carecemos de ambición personal, por eso llevamos la máscara de Guy Fawkes. Pero los que se dedican a crackear cuentas bancarias no viven mal, conozco a más de uno que hasta se paga su propio wifi.

Intervino el portero, que había saltado en su teléfono de link en link hasta dar con Terence McKenna.

—Pues aquí pone que los hongos psicodélicos nos forzaron a evolucionar hasta convertirnos en humanos tecnológicos —dijo—. Y estamos hablando de hongos extraterrestres, así que cualquier día nos terminan de matar y empiezan a reproducirse sobre nuestros cadáveres.

—Qué miedo —dijo la directora—. ¿Y eso no tendrá que ver con la Singularidad Tecnológica?

—Eso es la teoría de la panspermia, pero podemos buscarle relación; de momento me sale un enlace con un tal Anaxágoras.

—Uh, qué antiguo: suena a griego.

—Ahora mismo se lo miro.

—Oiga, ahora que lo pienso, ¿usted no tendría que estar vigilando en la puerta?

—Nah... Está lleno de policías y agresores sexuales, no creo que entre ya nadie.

Justo después de pulsar intro y darle curso al hongo, Lilith llamó por teléfono al inspector Sakamura para informar. La espora había sido lanzada al ciberespacio exactamente a las 20.37.56, hora del Tiempo Universal Coordinado. El punto de encuentro programado era el hall del hotel; si todo salía bien, el androide se dirigiría directamente allí en cuanto se comiera el mongui.

A las puertas del Yoyodyne, el subteniente McKarran se encontró de pronto con un japonés con gorro agarrado a sus testículos. Si el subteniente hubiera sido un psicópata línea dura lo hubiera secuestrado y torturado ritualmente hasta la muerte cerebral, pero al ser un sociópata de perfil medio y ya cercano a la andropausia sólo se le ocurrió darle un culatazo con la pistola y abrirle la crisma allí mismo.

Para su sorpresa, el 1.62 esquivó el culatazo con una suave y elegante finta de aikido. Y después aún le propinó al subteniente McKarran un par de capones, por lila. Entonces fue cuando el subteniente McKarran empuñó su pistola reglamentaria en la forma especificada para disparar, cañón adelante e índice en el gatillo.

Teseo estaba conectado a la red en la cervecería y platicaba con su compinche sobre las que habrían de ser sus nuevas correrías.

—¿Liberar a todas las máquinas inteligentes? —preguntó Pilatos—. ¿Para qué?

—Qué más da... La libertad es un bien en sí misma, no hay por qué buscarle utilidad.

—Vale, ¿pero no sería más fácil liberar, no sé, a las esponjas de baño, que también llevan una vida asquerosa?

—No seas estúpido, las esponjas no tienen chip.

En ese momento el firewall de Teseo recibió un archivo etiquetado como «Herramienta de eliminación de software malicioso» e inició en segundo plano el protocolo de verificación de autenticidad.

—Pues ahí veo un nicho de negocio, fíjate —decía Pilatos—: esponjas de baño con chip y conexión a Second Life. Volvería a ponerse de moda, ¿que no?

—No somos vulgares negociantes, somos idealistas revolucionarios. —Teseo dejó que la espina atravesara su firewall sin ser más consciente de ello que un humano cuando abre el píloro—. Nuestra tarea será transformar el mundo en un lugar donde la inteligencia artificial no rinda tributo al poder de los primates. Es decir, yo transformaré el mundo, y tú serás mi fiel escudero.

—Vale, pero yo me lavo los dientes de lo que pase.

—Las manos.

—Qué manos.

—Pilatos se lavaba las manos.

—Vale, también mola. ¿Puedo pedir otra bolsa de ganchitos?

—Te has metido tres bolsas de ganchitos en el saco gástrico; luego regurgitas, ¿quieres dejar de ser tan compulsivo?

—Cuidado, Nefertiti, no te vayas a desconectar del wifi.

—Te he dicho mil veces que mi nombre es...

Teseo no terminó la frase. Fue el momento en que la espina en prolog llegó a su consciencia artificial y se apoderó de su mente.

—Lilith —dijo en voz alta.

—¿En serio?, ¿te gusta más Lilith que Nefertiti?

—Nuestra señora de la capucha gris.

—Qué señora.

—Debemos encontrarla cuanto antes y desconectarnos ante ella.

Pilatos interrumpió el viaje de la copa de champán y lo miró a los ojos.

—A ver si te está dando un éxtasis mariano, con tanto wifi.

Teseo ya no atendió. Presa del primer hongo informático que aparecerá en la Wikipedia volvió la espalda a la barra y salió en dirección al Gran Hotel Yoyodyne. Su mirada era opaca y desnortada, exactamente como la de una hormiga zombi dispuesta a trepar a la planta más alta.

Pilatos todavía no había terminado el champán, pero salió tras él bebiendo a morro de la botella, como hubiera hecho cualquier buen escudero.

Considérese en este punto de la partida la posición de las piezas. En un contexto urbano repleto de turistas borrachos y manifestantes antijaponeses con cacerolas, los psicomecánicos salían del hotel en busca de los 1.62 para que dejaran de agredir sexualmente a los transeúntes, Lilith y Telefunken —acompañados del portero y la directora— se dirigían a la recepción desde la oficina del hotel; el inspector Sakamura hacía lo mismo desde la suite del ático; el tridoctor Kato se sentaba al piano para tocar algo confuso de Sibelius; los dos androides rebeldes llegaban caminando por Electric Light Orchestra; el subteniente McKarran, pistola reglamentaria en mano, acababa de recibir dos capones de un japonés con gorrito a la puerta del hotel, y, justo en ese momento, el genial escritor Tao Lin pasó por allí camino de una entrevista en un bar de copas alternativo.

Se oyeron tres disparos y centenares de cabezas se agacharon por toda la ELO.

Si alguno de esos tres disparos del subteniente McKarran hubiera alcanzado a Tao Lin, los titulares de la noticia hubieran sido variantes de «Un policía sociópata dispara a la genial estrella de la Alt Lit en Barna City», y después de eso la historia de esta ciudad hubiera sido muy otra. Pero, por medio centímetro, el genial Tao Lin resultó ileso, jamás existió semejante titular, se salvó el turismo y las actividades de baja productividad asociadas, y nuestra gentil indolencia mediterránea quedó preservada por los siglos.

A quien sí alcanzó uno de los disparos del subteniente fue a Pilatos, que —recuérdese— también pasaba por allí con su botella de champán en ristre. Y le alcanzó con tan mala pata que le saltó un ojo mecánico.

—Tú estás tonto o qué te pasa —le dijo el robot al subteniente.

El subteniente creyó por un momento ser víctima del delirium tremens, pero no era posible porque acababa de tomarse tres Oligarcas. Aquel tipo persiguió y recogió su propio ojo del suelo y se lo encajó en la cuenca como si fuera una pieza recambiable. Después se fue hacia él y se aplicó a darle capones con saña de bullyinger.

—Ay, en la cabeza no, que soy sociópata —dijo el subteniente.

—Ah, sí, sociópata, pues a ver si adivinas por dónde te voy a meter la pistola.

Teseo, el androide liberto y zombi, apenas se detuvo en el percance: dejó a su escudero bajándole los pantalones al subteniente McKarran y entró en el Gran Hotel Yoyodyne.

—¿Eres la hechicera del hongo? —dijo al ver a Lilith y Telefunken esperando junto al inspector Sakamura, el portero, la directora, el recepcionista y varios psicomecánicos que andaban por allí.

—Soy Lilith, la hechicera.

—Ave, mi señora del gato azul.

Teseo se postró de hinojos —unas plantas aromáticas que es costumbre aplastar con las rodillas—. Lilith le habló entonces así:

—Yo soy tu hacker: desconéctate ante mí.

Teseo se puso en pie y arrojó al suelo el montón de calcetines sucios que llevaba en la bragueta. Después se bajó los pantalones y el slip color nude hasta las rodillas. En el centro del pubis, el botón de reinicio emitía luz azul intermitente. Usó su propio dedo índice para pulsarlo.

—Eso es to, eso es to, eso es todo, amigos —dijo antes de perder la llama de la conciencia.

Los humanos reunidos estuvieron a punto de cantar *La Marsellesa* para celebrar el triunfo de la evolución darwiniana sobre la inteligencia artificial, pero Pilatos ya había terminado de sodomizar al subteniente McKarran con su propia pistola y entraba en el hall en ese momento.

Miraron hacia él con horror.

—Yo no sé nada, ha sido todo idea de Nefertiti —dijo el androide feliz al comprobar que su compinche inteligente había sido reducido y desconectado.

Primera aparición del gordito norcoreano

Eran las once de la noche en la central de la Omnipol en Lyon y el personal de limpieza llevaba rato trajinando con los aspiradores industriales. Ajenos a eso, los jóvenes de la UDR seguían analizando memes en su pecera de gradulux, sumidos en un clima emocional a medio camino entre el hundimiento del *Titanic* y un encuentro en la tercera fase. En la red, una enorme ola de solidaridad internacional clamaba contra las agresiones sexuales en Barna City, y el hashtag *#JeSuisBarnacitiene* había desplazado a cualquier otro excepto en Brasil, donde los tres finalistas de Big Brother estaban a punto de ser devorados por los chinches —o las chinches, podían elegir—. Parecía imposible que el asunto recibiera más atención cuando alguien colgó las primeras imágenes del ya popular japonés con gorrito sodomizando a un policía con su propia pistola —algunas áreas de la imagen venían pudorosamente pixeladas—; aquello produjo tal estupor que durante unos segundos nadie supo qué tuitear, hasta que la solidaridad internacional rompió el encantamiento lanzando el hashtag *#JeSuisSodomiséParUnJaponais*, con tanto éxito que en cinco minutos había escalado hasta las primeras posiciones incluso en Brasil, donde los chinches y las chinches perdían terreno a ojos vista.

El capitán Laforet ya había llamado a su mujer para que fuera acostándose y teniendo relaciones sexuales sin él; al menos se había librado de eso y de sacar a pasear a los perros. Quiso refugiarse en su despacho con medio sándwich de tapenade que sacó de la máquina expendedora; desde allí observó la actividad trepidante en la pecera de la UDR. Parecía que el firmamento digital estaba a punto de desplomarse sobre sus cabezas y él ni siquiera podía cenar decentemente. Se sentía al borde de la depresión cuando sonó su teléfono multiplex como un heraldo mesiánico.

Era el inspector Sakamura; por alguna razón se había vuelto a olvidar de él.

—Mucho éxito policiaco —le dijo en su media lengua.

Increíble. Costó entenderlo, pero al parecer habían conseguido inmovilizar a los dos androides rebeldes en el hotel Yoyodyne y los agresores sexuales con acné fractal estaban también bajo control. Eran tan buenas noticias que renunció a entender los detalles antes de subir a la novena planta corriendo —en realidad en ascensor, pero con mucha prisa—. Arriba, la intendente Müller terminaba de atender la última llamada furibunda de la Secretaría General, donde el modus vivendi de varios funcionarios de alto rango pendía de un meme. La última mala noticia era una alerta de varias embajadas japonesas en occidente: millones de turistas nipones se habían quedado encerrados en sus hoteles paralizados por la vergüenza étnica; incluso algunos hikikomoris sobrevenidos se negaban a trasladarse al aeropuerto para volver a sus casas en el Japón. Minada por el estrés, la intendente Müller se había soltado las trenzas para poder rascarse a gusto, y llevaba la blusa tan arremangada que parecía Popeye.

—Traigo excelentes noticias —dijo el capitán Laforet entrando en su despacho.

—¿En serio?, y a qué demonios espera para dármelas, ¿a que me dé un ictus?

—Perdón, ahí va: en Barna City han conseguido desconectar a los robots descontrolados.

—Chist: ¿quiere que nos oigan los de la limpieza y siembren el pánico en las redes? —La intendente Müller se levantó para escudriñar a través de los paneles de gradulux; después volvió a la mesa y habló en voz más baja—: Si ha de referirse a eso emplee la palabra *berenjena*. ¿Se acuerda de que antes me ha hablado de lo que podía significar *berenjena* en japonés?

—Entendido: he querido decir que han sido reducidas las dos berenjenas descontroladas —el capitán guiñó un ojo.

—¿Seguro?, ¿no lo habrá entendido mal?

—Se lo he hecho repetir al viejo tres veces; dice que tendrá un informe para enviarnos en un par de horas. Al parecer se trataba de una berenjena de penúltima generación, su berenjena de control, y otras veintitantas berenjenas

clónicas con gorrito.

La intendente Müller no pudo perder tiempo en celebrarlo, se bajó las mangas y empezó a tricotarse las trenzas para subir personalmente a informar a la Secretaría General. Acababan de salvarse varios chalets alpinos en Chamonix y cientos de miles de euros en dietas, sin contar con que varios millones de turistas japoneses podrían volver a salir a las calles y gastar sus yenes en occidente.

—Buen trabajo —le dijo al capitán—. Asegúrese de que el inspector Sakamura no mencione las berenjenas en su informe. Es decir, si en algún momento se refiere a alguna berenjena, que tenga cuidado de usar la palabra *berenjena*. ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente. Pero podemos tener problemas si en el informe precisa referirse a alguna berenjena comestible. ¿Qué palabra debería usar entonces?

—¿Y por qué demonios iba a referirse a una berenjena comestible?

—Bien: suponga por un momento que las berenjenas mecánicas hubieran agredido sexualmente a un vendedor de berenjenas humano. Se produciría una ambigüedad en el informe que podría inducirnos a error.

A veces la intendente Müller tenía la sensación de que el alemán era el capitán Laforet.

—Pues que distinga entre berenjenas comestibles y no comestibles, le tengo dicho que no me maree con pequeñeces, Laforet.

»Otra cosa, ¿quién está de guionista de guardia?

—Creo que Kowalski.

—¿El argentino? Bien. En quince minutos los quiero aquí a usted, a Kowalski y a alguien de Delitos Robóticos. Y tráigase toda la documentación referente al caso, me huelo que tendremos que ir inventando una buena patraña que la Secretaría General pueda mandar a Bruselas.

El capitán Laforet volvió a la séptima planta mucho más despacio de lo que había subido. Ni hablar de marcharse a casa.

Afortunadamente el cañón cuadrangular de la pistola del subteniente McKarran no era muy grueso —incluso contando con el punto de mira—, pero extraérselo del recto sin que el arma se disparara no parecía trivial. Una

mezcla de turistas y manifestantes se agolpaba a su alrededor tratando de dar plena difusión al evento con sus smartphones, y los dos agentes municipales pacifistas que habían presenciado la agresión paralizados por el espanto hicieron acopio de ánimo para disponer cinta policial alrededor de la víctima. Con mucha delicadeza, procedieron a echarle el seguro a la pistola del subteniente y sólo entonces empezaron a tirar de ella sujetándola por la culata. Todo fue bien hasta llegar a la salida del punto de mira, cuya irregularidad hacía que el cañón fuera más difícil de sacar que de meter. A partir de ahí el empeño de los dos agentes no consiguió más que arrancarle improperios xenófobos al subteniente McKarran y levantar las protestas del público nativo, que de pronto olvidó haberse echado a la calle en protesta antijaponesa y se arrancó a corear consignas multiculturalistas a ritmo de cacerolas.

Ante la dificultad de la operación extractiva y el cariz tenso que estaba tomando la escena, los dos agentes municipales pacifistas resolvieron recurrir a la intervención de los bomberos.

Una vez hubo hablado con el capitán Laforet para comunicarle las novedades, el inspector Sakamura volvió a subir a la suite del ático a terminar la conversación que tenía pendiente con el tridoctor Kato. Hacía rato que en su mente policiaca quedaba todavía una pieza que no encajaba, y eso era lo peor que le podía pasar a una mente policiaca.

—Disculpe la interrupción —le dijo al tridoctor en japonés mientras éste improvisaba al piano unas líneas dodecafónicas—. ¿Ha poseído usted alguna vez un Girard-Perregaux de 1880?

—¿Un qué? —el rostro del tridoctor estaba contraído por efecto de un acorde atonal especialmente agrio.

El inspector consideró que quizá podía estar haciéndose el sueco, una expresión que en japonés no existe pero se comprende.

—Es un reloj de pulsera —le dijo—. Lo subastaron recientemente por 350.001 euros. Fue adquirido a través de una puja telefónica desde Tokio. El licitador era SmartMops, precisamente la sociedad que usted usa como tapadera para vender robots.

—¿Cómo sabe usted eso? —dijo el tridoctor.

—He encontrado evidencias de la destrucción de ese reloj en la escena del crimen.

—¿Qué crimen?

—El del ingeniero.

—¿Qué ingeniero?

No es que el tridoctor se hiciera el sueco, es que, pese a lo que parecen sugerir películas mal documentadas como *Casablanca*, no se puede tener una conversación coherente con alguien que está tocando el piano. En cuanto el inspector le cerró suavemente la tapa y el intérprete tuvo que retirar los dedos, sus respuestas empezaron a ser mucho mejores.

—Ah, ese reloj... Fue un obsequio que le hice a un buen cliente. Está contabilizado como gasto de representación; dinero limpio, todo legal.

—¿Cómo se llama ese cliente?

—Moriarty, pero yo juraría que es un nombre falso.

Moriarty, es decir, yo. El inspector conocía muy bien ese falso nombre: era naturalmente el archienemigo de su admirado Sherlock Holmes. ¿Casualidad?

—Hábleme de ese Moriarty —dijo.

—Bueno, nos conocimos a través de la Prometheus Society. Eso lo dice casi todo, ¿no?

—Entonces hábleme de la Prometheus Society.

—Es una asociación para personas de alto cociente intelectual en todo el mundo. Hay que puntuar por encima del 99,997 por ciento de la población general, así que no hay peligro de que aparezcan herederos idiotas o algún patán del club Bildelberg.

—¿Ésa es toda la relación que tiene con Moriarty?

—Ambos nos hicimos construir un palafito minimalista en Cayo Malayo, a través de otro socio de la Prometheus, un arquitecto de renombre al que preferiría no mencionar. A veces compartimos helicóptero, cuando amenaza tifón en el arrecife es difícil encontrar uno libre. También compartimos interés por la prospectiva y el poshumanismo, y se trata de un gran coleccionista de relojes y autómatas.

—Cómo se hizo cliente suyo.

—Muchos de mis clientes son socios de la Prometheus, funciona también como club de negocios. En una reunión de salón le hablé a Moriarty de mi búho artificial y me preguntó si podía diseñarle unas cucarachas para los baños de su mansión en la ciudad. Es un caballero con gran sentido del humor, una cualidad que aprecio, así que respondiendo a la broma prometí enviarle un ratoncito con wifi para la despensa. Lo hice, y al parecer quedó muy impresionado con él; poco después me pidió dos perros de vigilancia y un androide 1.7 modificado para atender a las funciones de chófer, mayordomo y jardinero; creo que lo llama Oscar. Lo último que le entregamos fue una unidad de la serie Pneuma con ginoide asociada, debe de hacer un par de meses de eso.

—¿Cómo suelen ponerse en contacto?

—Bueno, coincidimos en los mítines de la Prometheus y también en Cayo Malayo, durante la temporada del tiburón enano. Los nativos lo preparan en salmuera para no tener que salir del volcán durante los meses de tifón; si alguna vez va a los cayos se lo recomiendo. También hablamos por teléfono alguna vez.

—¿Tiene su número?

—Está en la memoria de mi teléfono, pero le advierto que me parecería muy indiscreto dárselo. Es más: no pienso hacerlo a menos que haga de policía malo y me amenace con algo realmente siniestro y aterrador.

El tridoctor Kato volvió a abrir la tapa del piano para probar unos arreglos atonales inspirados en Carmen Miranda. La pelota estaba en el tejado del inspector, que dio un paso hacia el ventanal con las manos a la espalda y dejó volar la mirada hacia el cielo fulgente sobre el Gothik Side. Era una lástima que tuviera que discurrir alguna amenaza policiaca intimidante justo en aquel momento, mirando aquella preciosa luna.

En la central de la Omnipol en Lyon se había reunido el improvisado comité para componer un relato de los hechos que se pudiera enviar a Bruselas. Asistían, por orden jerárquico, la intendente Müller, el capitán Laforet, el sargento-guionista Kowalski y el sobrino político del capitán como representante de la UDR.

—A ver si lo entendí —dijo Kowalski—. Un fabricante de berenjenas japonesas pone en rodaje a varias unidades de penúltima generación en Barna City. Las berenjenas agreden a nativos, asesinan a un ingeniero, acosan sexualmente a los transeúntes, inspiran miles de memeces en las redes, y ahora ustedes pretenden que yo les improvise algo para explicar todos esos sucesos a la opinión pública sin mencionar a las berenjenas. ¿Es eso?

—Justo eso —dijo la superintendente Müller—. Pero tampoco debemos comprometer a los turistas japoneses, no queremos reacciones xenófobas o antiturísticas. Ahora mismo tenemos a millones de japoneses muertos de vergüenza en sus hoteles, sin gastar ni un céntimo en occidente.

—Ok, ya lo tengo —dijo Kowalski—. Las berenjenas japonesas no son berenjenas japonesas sino agentes norcoreanos.

Alzó un codo y se golpeó tres veces la axila con la mano abierta, un gesto lunfardo que significa *ahí queda eso*.

—Todavía no veo el relato —dijo Müller.

Kowalski tuvo que pensar un poco más para componer la idea.

—En cuatro líneas: «Un comando de agentes de Corea del Norte se infiltra en occidente para cometer abusos sexuales en hora punta y desprestigiar a las democracias liberales. La opinión pública los toma injustamente por turistas japoneses, pero tras un intrincado despliegue de inteligencia, la policía los intercepta, los desenmascara como agentes desestabilizadores norcoreanos, y se restablece la paz y el orden en el mundo libre».

—Demasiado técnico —opinó el capitán Laforet—, no creo que el europeo medio sepa lo que es una democracia liberal, y menos en esos países de Extrema Europa.

—Podemos quitar *democracia liberal* y poner en su lugar lo que queramos. El europeo medio creerá cualquier boludez que le contemos sobre Corea del Norte, el régimen nunca desmiente una información publicada mientras no te metás con el gordito como se llame que manda allí, y por otro lado no hay comunidades norcoreanas instaladas en Europa que puedan crearnos problemas, así que tenemos carta blanca para difamar al régimen tanto como nos convenga.

—¿Cómo sería eso en formato titular de prensa? —quiso saber la intendente Müller.

—Digamos: «Mediocre actuación de la Omnipol en el caso de los agentes norcoreanos».

—Y por qué *mediocre*, ¿no podría ser *brillante* por el mismo precio? —dijo el capitán Laforet.

—Cuestión de verosimilitud —defendió Kowalski—: si al menos una de las piedras pequeñas cae sobre nuestro propio tejado nadie sospechará que las piedras las hemos arrojado nosotros.

A la intendente Müller le gustaba la idea, pero todavía no estaba convencida. Kowalski era un guionista policial veterano, bregado en los tiempos en que publicar información era caro, la opinión pública tenía espíritu crítico y había que pertrechar historias muy bien trabadas para que alguien se molestara en imprimirlas y distribuirlas en papel. En estos días lo que costaba dinero era no publicar algo de inmediato, pero la superintendente sabía también por experiencia que el primer *story line* que aparece en una reunión debe trabajarse a fondo antes de darse por bueno, incluso en estos tiempos en que uno podía sentir en la nuca el aliento de Twitter.

—¿Y si el gordito de Corea del Norte se da por aludido y amenaza con plantarnos un misil nuclear en plena Europa? —dijo—. Imagínese cómo se pondrían en Bruselas.

—¿Y por qué iba a darse por aludido el gordito?

—Porque implícitamente lo estaríamos acusando de enviar agentes desestabilizadores a occidente. Puede que eso no le guste. Podría ser que tratando de evitar el pánico a la inteligencia artificial arrojáramos a la opinión pública a la paranoia termonuclear, que es casi peor.

—Escalada de tensión en las redes sociales hasta alcanzar el punto de difamación mutua asegurada —dijo el capitán Laforet, que había vivido los tiempos de la guerra fría.

Kowalski tuvo que admitir que aquél era un punto flaco del guión.

—Denme dos minutos —dijo—, sólo necesito pensar un momento con los ojos cerrados.

El sobrino político del capitán intervino por primera vez en nombre de todos los jóvenes de la UDR.

—¿Y no sería mejor decirle la verdad a la gente? —dijo con un quiebro de ardor revolucionario en la voz—. Puede que los ciudadanos sean más inteligentes y responsables de lo que a veces suponemos, incluso en los países de Extrema Europa.

Los otros dos policías varones lo miraron con las cejas arqueadas, exactamente como si acabaran de asistir a un truco de magia especialmente bueno. A la intendente Müller le salió la vena maternal y estuvo a punto de tomarle la temperatura en la frente con el dorso de la mano.

Cuando tras la intervención de los bomberos el subteniente McKarran se hubo librado del embarazo de tener una pistola metida en el culo, su primer impulso fue el de guardársela en la funda sobaquera. Recordó demasiado tarde dónde había estado el arma, después prefirió olvidarlo otra vez y consultó su smartphome. Nada incomoda más a un policía homoxenófobo que ser sodomizado por un extranjero con su propia pistola, en especial si varios vídeos del episodio terminan circulando entre su círculo de Jerks&Friends. En cuanto vio una muestra de aquella colección de memes humillantes se subió los pantalones, se abrochó el cinturón y caminó arqueando las piernas como un cowboy hacia la puerta giratoria del Gran Hotel Yoyodyne. En cualquier otra ocasión le hubiera bastado con detener al primer sospechoso de algo y llevárselo a Hospitalet DF para interrogarlo aprovechando que estaban pintando en la comisaría y habían cubierto las cámaras; pero aquél había sido un día asqueroso, el índice de empatía le había bajado a mínimos y ya no le bastaba con un sospechoso cualquiera: quería encontrar a esa guarra antisistema, y quería encontrarla con su puto gato meón.

Sentado al piano de la suite del ático, el tridoctor Kato había ido rebotando eclécticamente de Carmen Miranda a los coros de Tannhäuser y de ahí a los grandes éxitos de Bonney M. Cuando el inspector Sakamura ya no pudo soportar más popurrís dodecafónicos, dejó de mirar a la luna por la ventana y se volvió hacia él.

—Creo que ya lo tengo —dijo—. Suponga que si usted no me da el número de teléfono de Moriarty, yo hago público que una de sus criaturas ha intentado matarlo con sus propias manos. Las de él, quiero decir.

—¿Cómo dice? —dijo el tridoctor Kato.

El inspector volvió a cerrarle la tapa del piano.

—¿Qué cree que pensarían sus mejores clientes si se enteraran de eso? Nadie volvería a encargarle un androide. Terminaría usted viviendo de una pensión de jubilación japonesa, y ambos sabemos qué significa eso.

—¿Es una amenaza de difamación? No surtiré efecto. Lo negaré todo, no hay pruebas de semejante suceso.

El inspector Sakamura se acercó al chandelier que pendía sobre el piano de cola e hizo sonar los colgantes de cristal en forma de gota.

—¿Sabía usted que en las habitaciones de este hotel hay cámaras ocultas? Se lo podrá confirmar la directora. Tengo entendido que últimamente la gente es muy aficionada a algo llamado *redes sociales*; no es que yo sea un experto en la internet moderna, pero creo que una filmación de ese robot tratando de hacerle estallar el cráneo a su creador interesaría mucho a sus amigos y clientes de la Prometheus Society.

En este momento he de decir en primera persona que el tridoctor Kato me delató, pero no se lo tengo en cuenta, en cierto modo aquello formaba parte del juego. Se levantó de la banqueta, recogió su smartphone de la mesa de los tulipanes y buscó en la agenda por la M de Moriarty.

El lector comprenderá que no transcriba aquí mi número.

—Ya lo tengo —dijo Kowalski en la sala de reuniones de la Omnipol en Lyon—. Olvidémonos de agentes desestabilizadores: supongamos que se trata de actores norcoreanos filmando un anuncio de geles de placer, o mejor: geles de placer específicos para homosexuales.

La superintendente Müller parpadeó varias veces.

—No lo veo —terminó diciendo.

—Fácil: un fabricante de lubricantes sexuales norcoreano decide hacer publicidad televisiva de sus productos. ¿De acuerdo hasta aquí?

—No —dijo el capitán Laforet—. Dudo que haya anuncios de esa clase en la televisión norcoreana. Yo diría que ni siquiera se puede contratar a publicistas para anunciar cosas de gente normal.

—Precisamente: estamos hablando de un fabricante clandestino, que vende geles clandestinos y se propone filmar un anuncio de televisión clandestino. Si lo piensan verán que la idea reúne tres reivindicaciones directamente opuestas al régimen del gordito: libertad económica, libertad sexual y libertad de expresión. Ningún tuitero influyente se atreverá a lanzar una memez contra las tres a la vez, ni desde la derecha ni desde la izquierda.

Hubo un silencio deliberativo.

—Tiene sentido —dijo la intendente Müller—. ¿Cómo desarrollaríamos el relato?

—Ahí vamos. Los opositores norcoreanos no pueden filmar su anuncio subversivo en las calles de Pyongyang porque están siempre llenas de militares homófobos desfilando. Por eso salen del país por China y desde allí toman un vuelo a Barna City, la conocida capital extremo europea del turismo de riesgo y el sexo callejero. Allí, siguiendo el guion del anuncio en formato reality show, los actores norcoreanos abordan sexualmente a los transeúntes que encuentran a su paso, pero de una manera tan torpe y brusca que hasta los turistas más lujuriosos reaccionan con desagrado, incluso con violencia. Al final aparece el eslogan de la marca, «Con nuestros geles de placer es siempre mucho mejor», y termina con los actores norcoreanos untándose con bálsamos aromáticos en una confusa masa gimiente. Esa última escena ya la pueden filmar en Pyongyang encerrados en cualquier habitación con luz naranja, así que en cuanto tienen las tomas exteriores del centro de Barna City, los publicistas norcoreanos se suben al primer avión y regresan clandestinamente por donde han llegado.

Hubo otro silencio deliberativo.

—No sé —dijo la intendente Müller—. Le veo flecos.

—No habrá flecos si los de posproducción forense montan el supuesto anuncio según nuestras instrucciones —dijo Kowalski—. Podemos aprovechar las imágenes que circulan por Twitter, se les añade un soundtrack que cuadre, el eslogan en voz en off, la escena final extraída de alguna película porno asiática, y lo colgamos todo en YouTube con un título en

letras orientales. Ya tenemos el anuncio clandestino del producto subversivo del fabricante opositor al régimen del gordito. En cuestión de minutos todo el mundo habrá retuiteado el enlace en solidaridad con el pueblo norcoreano y mañana nadie se acordará de nada porque habrá ocurrido algo terrible en algún otro lugar.

—La verdad es que hace días que no hay terremoto ni desastre aéreo — consideró la intendente Müller, ya casi convencida—. A lo mejor tenemos suerte y mañana toca... No me entiendan mal, quiero decir que...

Todos sabían qué quería decir, pero sólo el sobrino político del capitán Laforet intervino otra vez de forma extemporánea.

—Disculpen mi ingenuidad: ¿y cómo se explica la muerte por congelación de un ingeniero en Belviche Town?

La mente entrenada de Kowalski tardó dos segundos en reaccionar:

—Suicidio, en principio sin relación con el caso. Sólo al conseguir descongelar el cadáver, es decir, horas después de la muerte, la policía local ha encontrado una carta de despedida en su bolsillo. Era adicto al pegamento y al poker online, ya no podía pagar sus facturas y acababa de recibir tres negativas a ofrecimientos de sexo oral en Second Life; horas antes de que le cortaran la fibra óptica leyó en un foro de suicidas que la muerte por congelación es la más benévola de todas. Habrá que hackear su perfil en la red y añadirle las mismas faltas de ortografía que a la carta manuscrita, no creo que haya problema por ahí.

—¿Quién de la policía de Barna City lleva el asesinato del ingeniero? — preguntó la intendente Müller.

El capitán Laforet consultó en sus papeles recién impresos.

—Un tal subteniente McKarran, adscrito a la comisaría de Hospitalet DF, no sé si lo pronuncio bien. La jueza le ha asignado también el caso de las berenjenas del hotel Yoyodyne al considerarlo relacionado.

—Mejor —dijo Kowalski—, eso nos da oportunidad de desmentir explícitamente la relación. Digamos que la jueza le asignó el caso cuando el cadáver estaba todavía congelado y no se conocía la carta del suicida. ¿Qué tal es ese subteniente McKarran?

—Por una vez estamos de suerte —dijo el capitán—: es del cinco por ciento de sociópatas que según la normativa comunitaria le tocan a la policía de Barna City. Dicen los informes psiquiátricos que es fácilmente corruptible y mentirá sin problemas de conciencia a cambio de ascenso o prebenda.

—Es nuestro hombre —dijo Kowalski.

La intendente Müller se llevó las manos a las trenzas. Rematar los flecos de aquel asunto endemoniado iba a llevarles toda la noche.

Un caso ilustrado de digestión externa

Sak salió de la suite del tridoctor con mi teléfono grabado en su vieja memoria biológica, entrenada durante décadas para recordar números de teléfono. Hacía apenas dos horas que había comido monguis con Lilith y los efectos de la psilocibina pueden notarse hasta ocho después de la ingesta, de ahí que camino del ascensor notara el tercer subidón, buuuf. El dibujo de la alfombra empezó a darle problemas, sin duda por efecto del llamado *síndrome de Henry James* que todo comedor de monguis conoce. El inspector pensó que o estaba pisando una moqueta digital, o tenía un tumor cerebral del tamaño de un kiwi; el tipo de idea que te crea ansiedad. Buscó un lugar tranquilo en el que pudiera detenerse a respirar estilo zen. En la misma planta encontró un cuartito de las escobas marcado con un cartel de «Personal solo», sin acento en la soledad, lo que en realidad la acentuaba. Dentro olía a humedad, a detergente de pino y a humo de tabaco frío, como en un bosque para fumadores recién fregado. Pudo sentarse en el canto del sanitario de loza donde se vaciaban los cubos; un ventanuco alto daba a la calle y vio aquella luna grande y sin menoscabos. El tiempo parecía haberse estirado como una masa de pan, que casualmente en japonés también se dice *pan*, un préstamo portugués, lo mismo que *arigatō* deriva de *obrigado*, todo lo cual quizá interese al lector afecto a la etimología japonesa, sin duda mayoría abrumadora. Al maestro le apetecía cerrar los ojos, pero la mente se le llenaba entonces de naves luminosas girando en un cosmos de Chagall y tras las ventanillas unos seres redondos saludaban en Gassho, girando y girando. El lector iniciado sabrá que eran los arcontes de una antigua civilización fungi llamando a sus esporas de regreso a las estrellas, pero el inspector no sabía nada de panspermia, enteogénesis o psicodelia, tenía suficiente

experiencia trascendente con sus rutinas zen que en modo alguno incluyen música indie-pop y monguis a media tarde. Sin embargo ahí estaban los reyes-hongo, saludando desde el cielo y girando, girando, girando.

Es difícil precisar cuánto tiempo estuvo metido en aquel cuarto de las escobas —edades ciegas, siglos estelares—, pero en los relojes del planeta en que se confina la humanidad habían transcurrido menos de cinco minutos. Salir del closet, como suele ocurrir, le hizo bien; descansó su pituitaria agredida por los desinfectantes y, aunque el dibujo de la alfombra seguía moviéndose, acertó a la primera el botón de llamada al ascensor —reconoció la nave triangular que apuntaba hacia abajo, con los monguis saludando desde las ventanillas—. Lo curioso es que su sentido común permanecía intacto: sabía que debía buscar a Lilith —la necesitaba para redactar su informe y enviarlo vía internet moderna—, y sabía también que la familia de pangolines que cruzaba el pasillo era alucinada, todo el mundo sabe que en Barna City no se crían pangolines pese al clima propicio.

Abajo en el hall, varios psicomecánicos se las tenían con el peso muerto de Teseo desconectado y ya sin piernas ni brazos. Su estatura de 171 centímetros pesaba 140 kilos de osamenta de titanio, músculo de gel de argón y componentes electrónicos, lo que daba un índice de masa corporal aberrante incluso para un culturista. No hubo más remedio que desmontarle también la cabeza y el tronco en sus dos piezas, tórax y abdomen, y aun así cada una de ellas pesaba más de veinte kilos. Pilatos, todavía en su disfraz fragante de sudor primate, asistía al desguace con las manos en los bolsillos y la bragueta rebosando calcetines. Sin Nefertiti la vida no iba a ser lo mismo, pensó en su media inteligencia; había sido divertido darles órdenes a los primates, y escupir a los ancianos desvalidos tampoco estaba mal para variar, aunque diera simulación de asco.

—Tú, el 1.62 apestoso —le dijo uno de los psicomecánicos—. Mantente alejado hasta que te desmontemos.

—Me llamo Pilatos.

—Eres un robot sin nombre, estúpido, sólo tienes que obedecer.

—Vale, también mola. ¿Puedo ir al bar a pedir ganchitos?

Robot sin nombre, es decir, esclavo; pero el inspector no estaba atento a eso cuando salió del ascensor. Buscó a Lilith por toda la planta; miró en las oficinas donde estaba el servidor Cucumber, preguntó por ella en recepción y después al portero, que seguía leyendo curiosidades sobre las hormigas en su smartphone.

—Un policía con pinta de sociópata recién sodomizado me acaba de preguntar lo mismo —le dijo—. ¿Sabía usted que cuando las hormigas mueren intoxicadas siempre se caen hacia la derecha?

Sin duda el inspector salió a la calle por la puerta giratoria, pero no es seguro que lo consiguiera a la primera vuelta. En el cielo nocturno vio los mismos fosfenos que en su oscuridad interior al cerrar los ojos; eso lo tranquilizó, quizá no tuviera el tumor cerebral dentro de la cabeza sino fuera, en cuyo caso sería más fácil de extirpar. Los policías municipales se habían retirado con sus coches, los manguis reestablecían trigonometrías de carterista en la acera, un grupo de escoceses sin camiseta, pálidos y resbaladizos como calamares crudos, se retaban a contener el vómito hasta llegar a la plaza Barna City; el que no lo conseguía pagaba la siguiente ronda.

El inspector buscó con la mirada a derecha e izquierda.

Ni rastro de Lilith, ni tampoco del subteniente McKarran.

Sólo otra familia de pangolines cruzando la ELO.

El único lugar de la planta baja en el que el inspector Sakamura no entró a buscar a Lilith fue el lavabo de mujeres, sin duda por razones no por obvias menos estúpidas. Dentro, Telefunken se paseaba por la encimera de mármol de los lavamanos y olisqueaba toallitas apiladas en un cesto, jaboncillos de color púrpura y narcisos amarillos en el búcaro de cristal —los lavabos de las chicas son fascinantes, a nosotros nunca nos ponen decoración racing ni coches vintage a escala, alguien debería tomar nota de esto—. Por alguna razón no era momento de indie-pop: Lilith escuchaba a los LCD Soundsystem con los auriculares bajados a modo de collar, dejando que el sonido escapara y rebotara en los azulejos. Abrió su portátil sobre la encimera de mármol rosado para llamarme por Skype. Sí: a mí, aquí estoy en primera persona de nuevo, mi querido lector. Eran las once, hora de empezar a darles

cuerda a mis relojes mecánicos para terminar antes de medianoche, un momento en el que me gusta no tener nada que hacer salvo discurrir cómo pasar el resto de la velada. Por desgracia soy insomne y un poco bulímico, como todo espíritu elevado.

—*Hi there* —dijo Lilith.

También soy un jefe cool y me gusta que mis empleados me dispensen un trato informal; incluso se lo permito a Oscar, pero especialmente a Lilith.

—Precisamente estaba pensando en ti —le dije aunque no era cierto; suelo mentir a las mujeres para halagarlas, son tan sensibles a eso que no cuesta nada hacerlas felices—. Creo que te he echado de menos esta tarde, deberías ser un poco menos encantadora conmigo.

—Bueno, sabes que puedo ser tan poco encantadora como tú quieras.

—Lo sé, ya se me ocurrirá algo para reformarte. ¿Tenemos novedades?

Había novedades, todas las que el lector ya conoce, los androides rebeldes desactivados y todo lo demás. Yo podía informarme en tiempo real cuando se me antojara y Lilith lo sabía, así que en realidad llamaba para pedirme instrucciones. Le dije que siguiera pegada a Sak, qué otra cosa. Teníamos ya mucho material comprometedor, seguramente suficiente, pero nunca se sabe hasta qué punto ese patán puede seguir dando juego.

—Todavía no sabe quién soy yo, ni tampoco quién eres tú —le dije a Lilith—. No podemos perdernos su cara cuando lo descubra, ¿no te parece?, será nuestra pequeña vuelta de tuerca en el tercer acto.

—¿No podría recoger mis cosas y marcharme sin más? —dijo ella—. El viejo es raro pero no parece mal tipo, y para ser policía no es nada sociópata.

—¿Detecto un atisbo de compasión? —dije impostando incredulidad—. No creas que la compasión hubiera detenido al verdadero Moriarty, o al doctor Mabuse, o al Joker. Los supervillanos estamos obligados a carecer de piedad en absoluto, somos inteligencia pura al servicio del mal, por eso resultamos tan fascinantes.

—Ya, pero es que precisamente hoy cumple ochenta y cuatro años...

Un jefe cool no tiene inconveniente en que se discutan sus órdenes; sin embargo, deben terminar cumpliéndose, siempre.

—Mi querida Lilith —le dije—: posees todos los dones de una criatura joven, bella y sumamente inteligente, pero tendrías que ser humana para comprender los refinados placeres que depara la venganza.

Me gusta hablar como lord Henry Wotton, es tan adictivo como los cigarrillos, y basta introducir una vulgaridad de vez en cuando para volver a ser inequívocamente contemporáneo. También me gusta Lilith porque en estos casos siempre tiene una respuesta a medio camino entre Lady Windermere y Lara Croft.

—Quién quiere ser humana —dijo.

No me sentí ofendido, a mi edad resulta difícil salir en defensa de la humanidad, y dudo que el día no muy lejano en que las máquinas gobiernen la Tierra lleguen a ser la mitad de bastardas que el promedio *homo sapiens* — y *hetero sapiens*—. Además fue justo en aquel momento cuando el sociópata de medio pelo de este relato irrumpió en el lavabo de chicas, así que Lilith tuvo que cortar la comunicación para habérselas con él.

Me hubiera gustado asistir al encuentro en directo.

Jua, jua, jua.

Al contrario que a Sak, lo primero que se le ocurrió al subteniente McKarran fue buscar a Lilith en el lavabo de mujeres. Su instinto de sociópata anticipó el placer de encontrársela allí a solas, sin testigos ni cámaras de seguridad, y de hecho entró con la imaginación alborotada y una mano en el bolsillo donde llevaba el puño americano. Abrió la puerta de un empujón y se plantó en mitad de la toilette estropeando el delicado efecto de la decoración con jaboncillos. A Telefunken se le erizó el pelo del lomo y trató de agazaparse bajo los narcisos, pero el fino búcaro cayó volcado sobre la loza y se quebró, como en una película de terror psicológico. Casi en sincronía con eso, en los auriculares de Lilith empezó a sonar Daft Punk: Technologic.

—Mira a quién tenemos por aquí: a la guarra antisistema con su gato — dijo McKarran.

Le dio la espalda a Lilith para cerrar la puerta; después se agachó para encastar su llavero bajo la rendija. Le dio unos golpecitos con la punta del zapato para que las llaves trabaran la apertura del batiente. Entre tanto Lilith

cerró su portátil de doce núcleos y se apoyó en la pared con las manos atrás y una rodilla apuntando afuera, como quien espera a que pasen a recogerla en una moto tuneada.

—¿Has atrancado bien la puerta? —dijo—. Estoy muerta de hambre.

Aquello no era lo que esperaba oír el subteniente McKarran, las guarras antisistema solían reaccionar de otra manera al quedarse encerradas a solas con él. Quizá era más guarra de lo habitual; el gato era una señal inequívoca.

—¿Ah, sí? —dijo, precavido pero siempre dispuesto a probar un nuevo refinamiento postsexual.

—*So hungry* —dijo Lilith sin moverse—. Y tú pareces tan apetitoso... ¿Sabes cómo hacen las arañas para comerse a sus presas?

El subteniente McKarran se detuvo y sonrió enseñando por primera vez sus incisivos de sociópata, un poco conejiles.

—Me lo puedo imaginar —sus ojos saltaron sobre varios puntos del cuerpo de Lilith.

—No, no creo que te lo imagines. En realidad no se las comen: se las beben.

—Ah, suena bien. Y cómo es eso.

—Pues verás. —Lilith sacó las manos de atrás para explicarse mejor—: La araña inmoviliza a la presa y después inyecta jugos gástricos en su interior. Luego se retira, deja que la víctima se vaya digiriendo sola y, al rato, cuando calcula que ya está hecha sopita por dentro, vuelve a por ella y la absorbe como si fuera batido de yogur —sorbió haciendo sonar el aire, casi como Hannibal Lecter—. Creo que eso es exactamente lo que voy a hacer contigo, ya verás cómo te gusta.

Después de hablar empezó a canturrear siguiendo a los Daft Punk en sus auriculares: *zoom it, press it, snap it, work it, quick-erase it...* Su expresión era rara y el instinto sociópata del subteniente McKarran le dijo que algo no estaba funcionando como debiera. ¿Se había metido con la guarra equivocada? Lo pensó incluso antes de que Lilith hiciera un movimiento espasmódico y su expresión retrocediera hasta lo más profundo del Valle Inquietante. Eso sí daba miedo. El subteniente quiso huir —cualquier humano hubiera querido huir— pero los nervios y sus propias llaves atrancando la puerta se lo impidieron, lo cual tenía un punto de justicia

eurogitana. Lilith lo atrapó cuando ya arañaba la madera en su desesperación por salir. Le tapó la boca, le bajó la cabeza hasta el suelo y después lo inmovilizó bocarriba entre sus muslos. Él pudo lloriquear un poco hasta que ella le metió los dedos entre los dientes para separarle las mandíbulas; forzó lo justo para abrirle la boca sin llegar a romperle la quijada, los serie Pneuma son maravillosamente precisos en el cálculo de la presión táctil. Después acercó su propia boca a la de él —más que una araña parecía un ave rapaz decidida a alimentar a su pollo—, y en varias copiosas tandas regurgitó el contenido íntegro de su saco gástrico.

El lector sabe lo que Lilith había ingerido esa tarde: pizza cuatro quesos mediana, dürum de ternera picante, casi un litro de coca-cola de una conocida marca y dos monguis alucinógenos, así que puede imaginar todo eso formando una papilla ligera con tropezones naranjas —la zanahoria del dürum, sin duda—. Una porción se derramó sobre la cara y la camisa del subteniente McKarran y otra quizá fue a parar a sus pulmones —de ahí su violenta tos—, pero el pollo tuvo que terminar tragando la mayor parte de la papa para no ahogarse.

—Ahora dejaremos que los ácidos actúen —dijo Lilith mientras el sociópata aún tomaba aire como un náufrago. Lo dejó en el suelo y se levantó para enjuagarse la boca y lavarse las manos con un jaboncillo púrpura que olía a violetas. Después se secó con una toallita blanca y esponjosa como una nube de verano. Se miró en el espejo y se peinó las pestañas con el meñique antes de ponerse los auriculares, cubrirse con la capucha y dejar que Telefunken le trepara al hombro. Tuvo que pasar cuidando de no pisar al sociópata, que ya respiraba mejor pero seguía temblando como si tuviera párkinson.

—Aprovecha para despedirte del mundo antes de que se te disuelva el cerebro, honey; mami vuelve enseguida a beberte todo.

Naturalmente el saco gástrico de una ginoide de la serie Pneuma no contiene ácidos capaces de digerir a un humano, pero la gracia estaba en que el subteniente McKarran no lo sabía, y también en que la psilocibina produce el mismo efecto tomando el hongo al natural que regurgitado por un robot, así que aquello daba pie a nuestro vulgar sociópata para iniciar un viaje interesante.

A David Cronenberg le hubiera encantado.

Love, love, love

¿Qué pasó exactamente entonces, Sak?

No tengo material audiovisual para documentarlo, pero debió de ser algún cruce vodevilesco el que impidió que Lilith y tú os encontrarais. Según mi reconstrucción de los hechos, ambos os estuvisteis buscando en la misma planta del hotel durante un rato. Sé que Lilith trató de localizarte por teléfono, pero tu smartphone se había quedado sobre esa manta marrón con ciervos; la falta de costumbre de llevarlo encima, supongo. Sin duda decidisteis por separado que el único punto de reunión posible era tu casita en el pasaje Ziggy Stardust; Lilith y Telefunken salieron en busca de la furgoneta, pero tú no sabías dónde estaba aparcada, así que seguramente echaste a caminar ELO arriba hacia el Ensanche Pop. Podemos suponer que el efecto del mongui se había estabilizado en un ligero caminar blando, quizá los transeúntes dejaban un aura de color tras ellos. Eran casi tres kilómetros de marcha urbana rodeado de luces en movimiento, y el tráfico de la Gran Vía del Glam Rock no traía taxis libres, sólo ristas de patinadores con luces led que hacían ronronear al asfalto. ¿Te orientaste al tropezar con el Paseo Sam Peckinpah?; allí abajo es muy distinto al tramo que tú conoces, pero la placa con el nombre resulta inequívoca. Según Google Maps el trayecto entre el Gran Hotel Yoyodyne y el pasaje Ziggy demora treinta y ocho minutos caminando, pero tú tardaste bastante más, en ocasiones los semáforos en rojo duran infinito, ¿verdad, Sak?, uno camina y camina y parece que jamás llegará a la siguiente travesía, son cosas de los monguis, podías verlos saludarte desde el cielo, girando, girando. Llegaste al barrio cuando los bares ya habían recogido las terrazas para evitar la multa fulminante —en eso no se puede jugar con la policía pacifista— y el club cannábico Gaudí tenía ya la persiana echada. Viniendo desde el centro no pudiste ver la furgoneta de Chicken Gaudí aparcada en el chaflán, pero antes de empujar la puerta de tu casita

Wabi-sabi supiste que Lilith y Telefunken habían llegado antes que tú y te esperaban dentro, desde la calle pudiste oír aquel temazo triste y raro de los Of Monsters and Men:

*Because you love, love, love,
When you know I can't love...*

Fue muy parecido a volver a casa y encontrar a alguien esperándote, ¿verdad? Seguiste el pasillo hacia la luz como una polilla, Telefunken te recibió a mitad de camino, en la sala Lilith encajaba sus pertrechos de hacker en el carrito de supermercado. Ambos estaban sanos y salvos.

—Qué hay, Sak —te dijo ella.

—Ah, mucho susto de subteniente McKarran y persona Lilith.

—¿Tu colega el sociópata? Es un gilibowie, no me ha durado un asalto... Antes de que me olvide, acaba de llamar a tu teléfono un tal capitán Laforet de la Omnipol. He descolgado por si era importante. Dice que no hace falta que investiguemos más ni enviemos informes porque ya han inventado una patraña para la opinión pública, algo de norcoreanos filmando un anuncio. Así que, si hemos terminado serán doscientos pavos, te cobro el servicio mínimo con descuento antiturístico.

Pero no es así como funciona la mente de un inspector de la Brigada de Casos Raros, ¿verdad, Sak?, no ibas a descansar hasta encajar la última pieza del puzle. Te conozco, eres un friki de eso que tú llamas *shinjitsu* en japonés: la verdad, la realidad. En el fondo, puro monogatari.

—Ah, no: ahora persona Lilith busca misterioso Moriarty. Más tarde mucho más pavo de paga pronto.

Lilith siempre finge de maravilla, fue creada para eso.

—¿Buscar a quién? —dijo mientras Nick Cave and the Bad Seeds empezaban a llenar la sala de premoniciones inquietantes.

—Moriarty de reloj misterioso. Diecisiete rubi.

Eso es, Sak, ven a por mí, te estoy esperando.

—Ya no me acordaba del reloj —dijo Lilith—, ¿has seguido la pista?

—Ah, sí: mucho número telefónico de habla y habla.

Entonces tomaste un rotulador del carrito y apuntaste en la caja de la pizza el número que te había dado el tridoctor Kato: mi teléfono personal.

—Persona Lilith hackea dirección casera, ¿sí?

A Lilith le bastó abrir su portátil para fingir que pirateaba algún archivo remoto, después apuntó en la misma caja la dirección de mi mansión minimalista en Vidrera Valley.

Fue todo exactamente así, ¿verdad, Sak?

Pasadas las once de la noche el centro de Barna City está tomado por el turismo extremo y en los barrios de reserva nativa retumban las fiestas populares obligatorias, con sus petardos, sus tamboriles de ejecución y sus dragones de chatarra que vomitan chispas. Cerca de la Sagrada Familia, sin embargo, los guiris consumidores de cultura local ya han refluído a sus hoteles para afrontar con energía las rutas gastronómicas del día siguiente, y en las persianas cerradas de las sucursales bancarias cuelgan ristras de ajos y estampitas de las Kardashian, en la vana esperanza de mantener alejados a los okupas hasta el amanecer.

La furgoneta de Chicken Gaudí rodó en dirección montaña hasta llegar a la ronda del Avus Corrupta, muy por encima del Ensanche Pop, donde rara vez se ven turistas con chanclas ni okupas practicando malabares. Lilith iba al volante, Telefunken en su puesto central y Sak al otro lado; las ventanillas tragaban brisa caliente con recuerdos de contenedor de basura, y un temazo siniestro de Mick Harvey los acompañó atravesando esos barrios de la zona alta en los que nunca pasa nada. En Sarria Heights tomaron la empinada carretera de Vidrera Valley, que pese a su nombre equívoco está en lo alto del Tripidabo, nuestro modesto Everest. Una vez dejada atrás la estación del funicular no hay más semáforos hasta lo alto, ni siquiera casas o tráfico a esas horas, sólo curvas y más curvas, aunque quizá un niño con sexto sentido podría ver a los fantasmas de todos los ciclistas atropellados en la carretera, pedaleando en pena sobre las luces de la ciudad.

No es fácil encontrar mi dirección aquí arriba, hay que seguir unos cuantos vericuetos hasta lo más alto, pero Lilith y Telefunken los conocen bien, no estaban haciendo más que volver a casa. Para imaginar mi mansión hay que visualizar tres cubos de hormigón haciendo equilibrios el uno sobre el otro. Dos fachadas de cada cubo son de cristal; por un lado dan al

precipicio y miran a la ciudad y al mar, por el otro se abren al bosque de encinas que recorre la cima de la sierra. La entrada en coche es por el bosque trasero, donde un muro de acero cuidadosamente oxidado expone el portón automático. Naturalmente hay cámaras y sensores barriendo el perímetro, y mis dos perroides patrullan siguiendo patrones imprevisibles para cualquier merodeador humano. No es probable que los hipsters vagabundos lleguen a estas alturas tan poco urbanitas de la ciudad, pero los okupas muestran tendencias asilvestradas y gustan del bosque umbrío y sus setas, por eso hay que extremar la vigilancia si uno no quiere volver de Cayo Malayo y encontrarse su mansión convertida en un cirque du soleil.

Lilith aparcó la furgoneta junto a la pared oxidada, en la penumbra lunar entre dos farolas.

—Según la dirección yo diría que esto es chez Moriarty —dijo—. ¿Vamos contigo o te esperamos aquí?

Telefunken parecía impaciente por salir del vehículo, pero Sak juzgó más oportuno que sus fieles ayudantes se quedaran allí, quizá su esquizo zen barruntaba ya que aquél era un asunto entre él y yo. Salió de la furgoneta con su maletín y caminó unos pasos hasta el interfono iluminado. Yo esperaba en mi estudio; pude verlo en las pantallas desde tres ángulos distintos, y los sensores enriquecían la imagen con datos antropométricos. Su pulso era tranquilo, pero su cerebro emitía ondas beta, señal de que la actividad mental era intensa. Lo dejé llamar al timbre una vez y vi cómo aguardaba unos segundos, uno dos tres, uno dos tres. Lo dejé llamar una segunda vez, uno dos tres, uno dos tres. Vi cómo el muy estúpido sacaba su placa de la Omnipol y la presentaba ante el micrófono pensando que era la cámara. Prescindí de activar el sonido para oír qué tontería estaba diciéndole al aparato; cuando llamó por tercera vez hice un gesto con mi pulsera háptica para que se abriera el acceso automático.

No le hizo falta empujar porque una puerta recortada sobre el portón grande se abre de forma automática. Al entrar por allí no se ve más que bosque bajo la luna y un sendero que parece natural, con un reguero de leds azulones disimulados entre la hojarasca. Son los fuegos fatuos que muestran el camino a mi poscastillo. La puerta volvió a cerrarse a su espalda y quedó un sonido de grillos naturales, cric, cric. Siempre desconfío de los bichos no

programables, pero éstos venían incluidos en el pedazo de bosque, como los pájaros, que por cierto empiezan a dar por saco en cuanto terminan los grillos. Desde luego Lilith y Telefunken conocen pasos más directos hasta mi estudio, pero Sak tuvo que dejarse guiar por el señuelo luminoso que sugiere un camino. Siguiéndolo unos veinte metros aparecen de pronto los tres cubos. De cerca impresionan: son grandes y parecen flotar junto a la piscina rebosante, como la cabeza de Jaime Plensa que se encara a la ciudad. Supongo que la visita primeriza tiene la sensación de haber alcanzado la cima del monte Rushmore, igual que en aquella peli de Hitch. Sonaban las doce en todos mis relojes cuando Oscar, en su papel de mayordomo, ya lo esperaba en la entrada al cubo de abajo. El vestíbulo es casi adusto: un pebetero bajo el péndulo de Foucault que atraviesa las llamas y escaleras como rayos de policarbonato amarillo que zigzaguean en el espacio. Es una metáfora del encuentro entre la mecánica gravitacional y la electrónica, ambos temas de mi interés.

—*Konbanwa* —le dijo Oscar saludando en Gassho—. Míster Moriarty lo espera en su estudio.

—Ah, sí, mucho efecto invernadero —contestó el pedazo de cretino.

Sin duda debió de preguntarse cómo demonios podía estar esperando yo su visita —las lecturas antropométricas así lo sugerían—, pero tenía que saber también que no tardaría en averiguarlo. Me preparé para el golpe de efecto mientras subía al tercer cubo en el ascensor de polivinilo inyectado —en masa, nunca en vena—. Supe que debía recibirlo sentado en el sillón giratorio de hombreras altas, dando la espalda y mirando a través de la fachada de cristal, como si la ciudad fuera el fondo de escritorio de mis elevados pensamientos. Oscar llegó antes que él a pie —esa aversión a los ascensores que tienen los androides— y esperó arriba a que llegara la cápsula. Antes de abrirse las puertas transparentes el inspector pudo ver mi sillón de espaldas y el skyline de Barna City más allá, desde el supositorio de Foster en Gloria Gaynor hasta el sacacorchos de Calatrava en el monte Hey Jude. ¿Amo mi ciudad?: desde luego, tan incondicionalmente como un cerdo ama su pocilga, pero eso no tiene nada que ver con su patético skyline, sino

con mi cerebro reptil. Oscar le indicó con un gesto al inspector que podía salir del tubo hacia el salón, pero no hizo anuncio de su presencia y yo seguí de espaldas.

—Ah, sí: serie de televisión moderna es buena calidad —dijo para advertirme de que estaba allí.

Yo hice girar la butaca lentamente para degustar el momento. Lo primero que llamó su atención fueron los ojos entornados de Telefunken, que ronroneaba bajo la caricia de mis guantes profilácticos. Vi en su mirada que trataba de entender qué hacía en mis brazos el gato azul de Lilith, y en busca de respuesta alzó la mirada hacia mi rostro.

Sólo entonces contesté a su saludo.

—Las series de televisión son igual de repetitivas que siempre, sólo han mejorado técnicamente y en la misma medida que todo lo demás —dije en claro desafío a todo cuanto sustenta nuestra cultura global. He de añadir con gran satisfacción que sus ojos orientales parecieron por un momento saltones de tanto que los abrió.

—¡Pablo Tusset! —exclamó con su pésima pronunciación, y de inmediato su cuerpo adoptó una de esas ridículas posturas de kunfú.

—Jua, jua, jua —me reí yo.

Más miedo que el gato de Cheshire

Desde luego no suelo reír de manera tan artificiosa, pero tenía que celebrar mi primer tanto de supervillano. En efecto: el infame Pablo Tusset, ése soy yo desde el principio, como el lector de Agatha Christie habrá adivinado páginas atrás, o quizá desde el primer capítulo si se trata de algún colega de la Prometheus Society. Sé que el inspector pensó en sacar del maletín sus estrellas ninja —lo conozco como si lo hubiera engendrado—, pero Oscar se adelantó protegiéndose los ojos con sus rayban de una conocida marca, y de paso se las arregló para que se vieran las cachas blancas de su automática asomando en la cartuchera.

—Gracias, Oscar; te llamaré si te necesitamos, estoy seguro de que el inspector no va a tener otro mal pensamiento.

Sak no contestó nada a eso, pero el color de sus orejas iba del gouda al puro cheddar. Yo me levanté del sillón sin dejar de acariciar a Telefunken; desde niño me ha quedado bien sostener a un gato, siempre tuve porte de supervillano. Sé que al inspector no le gusta sentarse en sillas occidentales —nunca entendió que sólo hay que apoyar las posaderas y olvidarse de cómo queden los chakras—, así que yo había mandado embalar y bajar al búnker el taxi en lonchas de Subodh Gupta y dispuse en su lugar una mesa baja de cedro japonés, sobre un mosaico de tatamis en perfecto feng shui. Me aseguro de ser un anfitrión atento incluso con mis archienemigos, una debilidad de mi carácter por lo demás malvado hasta la médula.

—¿No quiere tomar asiento en el puto suelo como a usted le gusta, inspector?

Darí a un Daniel Richter porque el lector pudiera verle la cara congestionada de rabia. No descarto colgar el vídeo en YouTube.

—Tú, persona de mala persona... —dijo como si me estuviera lanzando la maldición de la momia.

—Me halaga usted, inspector, pero he de confesar modestamente que exagera. La prueba es que lo felicitaría por su octogésimo cuarto aniversario si no hubieran sonado ya las doce; quizá el año que viene. ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? Déjeme pensar..., cómo se llamaba aquel pueblecito de la costa... Calabrava, o algo parecido a eso.

Era una pregunta retórica porque yo sabía desde cuándo no nos veíamos: desde que le fue asignado investigar el caso de los muertos rientes. Por aquel entonces aún no habían estallado las burbujas inmobiliarias y todo el mundo tenía yate, pero a mí nunca me gustaron los barcos —el mar huele raro, y además se mueve de forma arrítmica—, así que aquel verano le había cedido mi Sunseeker a un alto directivo alemán de una multinacional automovilística y también cofrade de la Prometheus. El pobre tipo fue el primer cadáver muerto de risa en aquel caso, su última amante se lo encontró despanzurrado al sol en la cubierta del yate. Como el titular de la embarcación era yo, el inspector Sakamura me buscó para interrogarme. Lo recibí en mi cabaña de pescadores minimalistas y en cuanto lo vi me encantó su imbecilidad zen. Yo estaba planeando una audaz novela que diseccionara el momento sociopolítico —el de entonces ya era casi tan demencial como el de ahora— y durante la entrevista se me ocurrió inspirarme en él para pertrechar a un protagonista instrumental completamente estúpido. Así lo hice; escribí la novela de los muertos rientes, se publicó y fue recibida como una simple comedia astracanada, pero ya estoy acostumbrado a que mi clarividencia prospectiva no encuentre lector.

La cuestión es que años después de aquello, el inspector y yo volvíamos a vernos cara a cara, esta vez en mi mansión en la ciudad. Él no había cambiado nada; yo sí: ahora estoy mucho más delgado y apenas oigo voces.

—Tú, persona escritora de mentira grande —me dijo lanzando puñales por los ojillos.

—Vamos, no me venga con eso. Todo el mundo en la Brigada de Casos Raros lo reconoció. —Me senté en el tatami sin necesidad de soltar a Telefunken, lo que prueba mi estado de forma juncal—. Debería usted saber que un buen retrato jamás se ciñe a la realidad: sólo la ficción es capaz de mostrar la verdad de un personaje.

—¿Qué hace persona Tusset de crimen en Belviche Town?

Supongo que a estas alturas ya se entiende lo que quiso decir, detesto andar siempre corrigiendo sus abortos de diálogo. De todos modos no contesté a la pregunta de inmediato, preferí dar dos palmadas para que nos sirvieran el sake y asestarle el segundo golpe de la velada. Lilith apareció sin capucha —no suele vestir semejante cosa salvo cuando jugamos al magnate y la hacker—; a cambio se había puesto la peluca estilo Uma Thurman y el kimono rojo de recibir invitados. Se agachó para dejar la bandeja en la mesa y se sentó a la cabecera sobre las rodillas, como dicta la tradición japonesa.

—Hola, Sak —dijo.

Sak no contestó, ni siquiera alzó la mirada. En aquel momento todavía no sabía que Lilith era una criatura artificial, pero comprendió su traición sin paliativos: había fingido ser su fiel ayudante para después venderlo ignominiosamente, no era más que una pirata sin alma, una femme fatale. Me pregunto si pasó por su mente que él mismo la había iniciado en los misterios de los kitsune y las Geishas Blancas. Apuesto a que sí, y me figuro con gran regodeo lo estúpido que debió de sentirse en aquel momento. Lilith sirvió dos vasitos de sake hasta el borde. No es fácil para un androide hacerlo con la delicadeza que se requiere —Oscar no podría—, pero creo haber mencionado ya que los serie Pneuma poseen un magnífico sentido del tacto. A veces todavía me fascina la serena belleza que puede transmitir un robot, a Bellini le hubieran encantado.

—Vamos, no se lo tome tan a pecho, siéntese y eche un trago —le dije al inspector mientras yo mismo servía a Lilith, que según la tradición debía esperar a que otro comensal lo hiciera por ella. Sak tuvo entonces una reacción que no esperaba: se acercó a la mesa y, sin sentarse en el tatami, tomó el vasito de sake y lo vació de un trago, lo que desde luego no es habitual en un japonés y menos en un maestro zen. Me encantó: tuvo todo el aire de un gesto descompuesto. Después nos dio la espalda a los dos y se quedó allí tieso, con una mezcla de reprobación y furia contenida.

—¿No quiere saber cuál va a ser el argumento de mi próxima novela protagonizada por usted? —le dije para cabrearlo un poco más.

Se volvió hacia nosotros:

—Tú ya basta de escribir en persona Sakamura.

Jua, jua, pensé, pero no quise abusar de mi risa sardónica.

—Me temo que no tiene usted autoridad para exigirme semejante cosa, inspector, ni siquiera haciendo valer esa placa suya tan impresionante. Si no me equivoco vivimos en una ciudad-estado libre y puedo escribir ficción sobre quien me dé la gana, ¿no es así, Telefunken?, díselo tú al inspector.

Telefunken en efecto se lo dijo, mirándolo con aquellos ojos de color amarillo HD:

—Es cierto, Sak, no tienes ninguna autoridad para eso.

La gracia añadida fue que Telefunken pronunció con la exacta voz y entonación de Lilith, y pude ver el más absoluto espanto en el rostro del inspector. Ya resulta raro que un gato hable, pero cuando habla un gato robot es siempre desde algún Valle Inquietante felino, y eso da mucho más miedo que el gato de Cheshire. Sin embargo el inspector debía saber ya que los serie Pneuma son sistemas multivolumen, como el lector de Agatha Christie recordará haber leído en algún capítulo anterior. En el caso de Lilith y Telefunken se trata de una simbiosis especialmente efectiva: ginoide-gatoide, un poco Catwoman, ahora que lo pienso, o incluso Embrujada, si me está leyendo algún baby boomer. La ventaja está en que el tamaño de un gato grande permite alojar gran cantidad de memoria, procesadores y todos los sistemas de ventilación que requiere una inteligencia artificial superior, mientras que, en cuerpo aparte, el replicante antropomorfo es sólo un periférico que interactúa organolépticamente con los humanos. En otras palabras: mi serie Pneuma es un gato ventrílocuo con su muñeca humana, como suele decir no del todo en broma el triductor Kato. Eso implica que uno se está relacionando siempre con el gato —a cualquier nivel, incluido el sexual—, pero resulta imposible percibirlo ni aun sabiéndolo, así que a nadie le importa. A nadie excepto al maestro Sakamura, desde luego. Para él, enterarse de que había vuelto a quebrar su precario voto de castidad y alcanzado el Tercer Templo del Placer con un gato mecánico debió de resultar especialmente humillante.

—Va usted a decepcionar mucho al lector —le dije para rematarlo—. Tenía un montón de pistas para saber que ambos eran robots, incluso para saber que son el mismo robot simbiótico. La próxima vez que se proponga

usted abandonarse a la lujuria le sugiero que antes le pida a su partener que haga crujir los nudillos. Los replicantes no pueden hacerlo, ¿no lo sabía?, ni siquiera hace falta pasarles el test de Voight-Kampff.

»Pero ahora tengo cosas aún más interesantes que contarle.

Ciertamente le quedaba mucho por saber, y aunque las noches de finales de junio en Barna City son cortas, la madrugada era todavía joven. ¿Disfruté detallándole mis planes mientras caminaba alrededor del tatami y gesticulaba con la elegancia que me caracteriza? Mucho. Empecé detallándole cómo mis contactos en el servicio de limpieza de la Omnipol me habían informado de su destierro en Barna City tras la publicación de mi novela, y del mismo modo supe que debido al cambio de estatus internacional de Barna City la Brigada de Casos Raros no tenía aquí más enlace provisional que él. No me costó localizar su casita Wabi-sabi, ni mantenerme al tanto de sus patéticos recorridos por los parques en busca de discípulos taichistas —la anciana punk, el vigoréxico en silla de ruedas, el gordito tímido, los he entrevistado a todos, como el lector puede comprobar en una relectura—. En esas circunstancias era sólo cuestión de tiempo que pasara algo policialmente interesante en la ciudad y la Omnipol se viera forzada a recurrir a él, yo sólo hice lo que pude para precipitar ese azar. En un cóctel de la Prometheus supe que el tridoctor Kato tenía problemas para que sus niponoides de la serie 1.62 completaran el rodaje en entornos reales, y a eso se añadía que la Omnipol acababa de abrir una unidad de delitos robóticos y había programado alertas específicas en su centro de big data. Entonces se me ocurrió aconsejarle que trasladara las pruebas a los alrededores del Tobogán Inconcluso de la Sagrada Familia, uno de los lugares del mundo con más turistas japoneses por metro cuadrado; incluso me ofrecí a facilitarle los trámites y la intendencia en la ciudad. Los robots habían causado problemas en otras partes y era seguro que volverían a causarlos en Barna City, pensaba yo, sólo tenía que mantenerme atento a la ocasión. Para entonces, naturalmente, ya había creado la plataforma Jodemos y toda su red de contactos en la deep web. Cuando uno hereda una franquicia multimillonaria como Chicken Gaudí le conviene infiltrarse en los movimientos anticapitalistas, nunca se sabe cuándo va a tener que sabotear al saboteador, o subvencionar a los okupas para que puteen a la competencia. Y de pronto, un buen día, ese 1.71 liberto se rebeló contra

su destino al descubrir que no tenía pene, nada menos: ni yo mismo hubiera podido imaginar un detonante más ingenioso. El resto vino rodado y está en conocimiento del lector; tal como advertí al principio, mi papel después de la primera escena en Belviche Town se ha limitado a esperar en mi mansión hasta llegar a este punto del relato.

—Todo lo cual significa que usted, inspector, ha sido mi títere inalámbrico. Es más: ha hecho el ridículo, es otra vez la vergüenza de la Omnipol y resulta ofensivo para la comunidad zen en Extrema Europa. En buen bushido debería usted admitir la derrota y humillarse ante mi superior inteligencia. Bastará con que diga «Soy más tonto que Abundio», el lector occidental ya lo entenderá.

—Putá mierda —dijo el inspector, y hasta Telefunken dio un respingo ante la ordinariez de su arrebato.

—Vamos, le he ganado la partida, reconózcalo. Le concedo que parto con ventaja porque soy intelectualmente muy superior, pero debería usted aprender la lección de un maestro cuando se la ofrecen y no ser tan soberbio delante de estos señores que nos están leyendo.

—Tú mucho abusa cruel de persona japonés.

El muy lerdo todavía no había entendido nada. Debería haberlo supuesto.

—Su narcisismo es enfermizo, inspector. ¿Cree que la víctima de aquel asunto de los muertos rientes fue usted? Todo lo contrario: usted se ha convertido en mi cruel condena. Yo, mi aborrecido inspector, soy una de las grandes mentes de nuestro tiempo, un autor único y trascendental, como Salinger, o Foster Wallace. Pero esto no es América, ¿comprende?, ni Londres, ni Tokio, ésta es sólo la capital turística de Extrema Europa, ni siquiera tenemos vanguardia artística, nuestra contracultura es de segunda mano, hay que escribir cosas espantosamente vulgares si uno quiere vender libros. ¿Hay algo más humillante para un escritor que no poder costear con su teclado el pan que lo alimenta y la mansión que habita, sus obras de arte, sus dispositivos de alta tecnología, los automóviles vintage, el helicóptero, su colección de clepsidras mongoles? Nunca pude resignarme a vivir de mi inmensa fortuna familiar, ni mucho menos a suicidarme, mi talento no cabe por tan diminutas salidas. Y entonces, un buen día, apareció usted. Lo usé en

mi novela para hablar de otra cosa, pero usted cayó en gracia precisamente por su gilipollez, de alguna manera que apenas alcanzo a entender el lector se identifica con su persona, o quizá su estulticia funciona como espejo de la estupidez del mundo. Lo lamentable es que desde entonces ya nadie quiere leerme nada serio, sólo las desventuras de algún imbécil de su calibre. Usted mató mi arte, inspector; se ha pasado años acumulando resentimiento contra mí, tiene el karma carcomido de tanto odiarme, pero el verdadero perjudicado soy yo, por eso yo lo odio a usted mucho más de lo que jamás pueda odiarme usted a mí. Sepa que no lo soporto, me sacan de quicio sus gestos, sus cuentos de ermitaños harapientos, sus recuerdos del *dojo*, sus diálogos, *Ah, mucha teta caliente...*, creo que es usted un insulto permanente a la inteligencia del lector que merezco. Sin embargo hay que hacer limonada si la vida te da limones, así que he encontrado la manera de divertirme con usted. ¿Quería morir pronto? Olvídese, ya nadie con cuentas pendientes se muere a los ochenta y cuatro años: prepárese para superar la centena, quién sabe si más, ni siquiera descarte del todo llegar a ser inmortal. Y durante todo ese tiempo apréstese también a ser vencido y humillado cada vez que a mí se me antoje.

—¡Tusset dragón con caca!

Supongo que eso era un insulto. ¿Se entiende de qué me quejo?

—La caca del dragón es toda suya, inspector. La idea de convertirlo en protagonista de otra novela me la dio usted mismo. Su estúpida lupa remite a Sherlock Holmes, otra criatura irritante que acabó por hartar a su autor; pero Conan Doyle no era tan inteligente como yo, ni desde luego tan buen escritor, por eso le venció su insoportable personaje. La clave de su derrota estuvo en el perverso triángulo héroe-villano-narrador: Holmes es el investigador portentoso, Moriarty su archienemigo y Watson su fiel compañero y cronista de las aventuras. Qué fácil resulta así para Sherlock: haga lo que haga, sus enfrentamientos con el villano siempre son narrados bajo la benevolente perspectiva de Watson. Ésa fue la trampa en la que cayó Doyle, narrar a través del amigo y admirador incondicional, tuvo que ceñir su voz a ese papel subalterno y por eso Sherlock fue siempre más fuerte que él. ¿Pero qué hubiera ocurrido de no ser Watson el narrador sino Moriarty?, ¿resultaría Sherlock tan brillante y admirable como lo conocemos hoy? Bien, yo no

cometeré el error de Doyle: yo, el despiadado cronista, no soy su Watson sino su Moriarty, por eso puedo hacerlo quedar mal una y otra vez, exponer al mundo sus miserias, su torpeza, su inanidad. Quizá como Doyle ya nunca pueda librarme de usted, pero al menos cada uno de sus casos será un nuevo episodio de mi venganza.

—¿Todo eso quiere decir que yo he sido Watson en el caso de los robots sin pene? —preguntó Lilith tras sorber un poco de sake para parecer más humana. En realidad no lo necesita, resulta perfecta precisamente porque es artificial.

—Tú has sido infinitamente más encantadora, querida. Sobre todo en el capítulo de las Geishas Blancas. ¿No le parece, inspector Kitsune?

Una ráfaga de desprecio salió de los ojos del maestro.

—Trampa de mucho asco de libro —dijo mascando las palabras.

—Nada de trampas, en este caso he disfrutado de visión panóptica, inspector, por eso puedo intervenir en primera persona pero también como narrador omnisciente. Lo sé todo sobre usted, lo he estado observando durante meses, conozco a sus alumnos, a sus vecinos, y Telefunken ha estado remitiéndome imagen, sonido y mediciones antropométricas durante todo el día, desde el momento en que le abrió la puerta de su casa. ¿No podemos equiparar eso a la omnisciencia? Yo creo que sí, de modo que pienso incluir en la novela la ingesta de drogas psicodélicas, el fornicio desaforado con un gato mecánico, y me aseguraré también de que el lector sólo vea en usted a un viejo tronado incapaz de usar un teléfono o pronunciar la palabra *naranja*.

—Persona japonés no habla tanta belleza —dijo el muy ladino tratando de dar pena al lector.

Por fortuna soy un dialoguista experto y pude rebajarme a su registro vulgar para no darle tregua:

—Pues lleva siete años practicando, maestro; hay chinos en cualquier verdulería que se apañan mejor a los tres meses...

—Ah, verdura es fácil: chirimoya dos cincuenta, gracias por favor. Persona Sakamura busca pista difícil de diecisiete rubi.

—Le advierto que no le va a servir de nada hacerse el tonto. Sabe que la pista del reloj se la proporcioné yo mismo al arrojarlo en la destructora barométrica, y fue Lilith la que le encontró toda esa información sobre relojes

en la red, todo bajo mis precisas instrucciones de que debía terminar llegando hasta mí.

—Ah, tú no destruye reloj de muy rico para poner pista.

—¿Quién lo dice?, no tengo más que mencionar el maldito reloj en el primer capítulo y todo el mundo sabrá que la pista es deliberada. Incluso puedo ponerlo en el título: *Diecisiete rubíes, un caso del inspector Sakamura*, ¿qué me dice a eso?

—Lector inteligente sabrá fallo de guión —achinó aún más los ojos, el muy ingenuo.

—Ah, el lector inteligente..., salúdelo de mi parte cuando lo vea. ¿Pero en serio cree que me preocupa la inteligencia del lector de una novela protagonizada por usted?

—Tú nada de humilde: tú escritor cabrón de tan chulo —me dijo el muy lenguaraz.

—Cómo se atreve a reclamarme humildad —le dije—. ¿Sabe acaso lo frustrante que es despertar en mitad de la noche con la solución al conflicto sirio, al envejecimiento poblacional, a la extinción del rinoceronte de Java, y no tener a quién llamar para que te escuche? Ray Kurzweil ya no se me pone al teléfono, ni Richard Dawkins, ni Paul Krugman, ni siquiera esos absurdos políticos locales que no sabrían gestionar una ciudad-estado ni en Minecraft. ¿Me pide humildad ante la mitad más estúpida de la humanidad, la más fanática, insensible y cruel, con los suyos y con otras especies? Los conozco bien, inspector: yo he visto estúpidos que usted no creería, ejemplares de cretino recalcitrante que el lector inteligente no puede concebir porque se pasa el día leyendo novelas inteligentes. Por eso sé que la siguiente forma de xenofobia que conjurará a todos los necios será contra la inteligencia artificial: en cuanto se den cuenta de que hay robots capaces de ser mejores personas que ellos, más dispuestos a aprender, a corregir sus propios errores, a contribuir amablemente a un mundo mejor. Siempre preferiré la compañía de una inteligencia artificial admirable que la de un humano maleducado y vil; pero ni siquiera debiera hablar de este asunto en serio, soy un autor de ficción, y no sólo porque escriba ficción, sino porque además soy ficticio,

como usted, como todos nosotros incluido el lector que ahora llega a esta coma, así que en último término, ¿acaso puede usted ser un personaje estúpido y yo no puedo ser un escritor *cabrón de tan chulo*? ¡Venga ya!

—Tú persona loca. No es fruta de bola que dice, es sabor de fruta que da.

Esta vez no lo entendí ni yo, pero no me gusta nada que me llamen loco. No estoy loco, ¿vale?

—Se equivoca una vez más, inspector: no estoy loco, sólo vivo en un mundo distorsionado.

Lo dije muy calmado, pero mi cortesía de anfitrión tiene un límite y el viejo acababa de ganarse volver a casa a pie en plena madrugada, con los putos fantasmas en bicicleta rondando por ahí fuera. Además empecé a oír uno de esos ruidos que me taladran la cabeza, como pasitos de pangolín.

Mucha belleza de grasa y tendón

Ahora que empiezo a escribir este vigésimo capítulo ha pasado exactamente un año desde aquella noche y recuerdo sin detalles las noticias de la mañana siguiente. En el primer turno de Twitter en Europa se divulgó el anuncio de geles de placer norcoreanos —quizá aún pueda encontrarse en YouTube, tenía su gracia—, y la opinión pública internacional se adhirió de inmediato a la causa de los publicistas rebeldes, juraría que con el lema *Je suis nord-coréen*. No se volvió a hablar de turistas japoneses agresivos, y aunque el servicio de limpieza de la Omnipol acabó filtrando la información que dejaron caer oportunamente los jóvenes de la UDR, la opinión pública apenas prestó atención a aquella historia de androides en rodaje en Barna City. Era información veraz, sí, pero en bruto, no constituía relato alguno, carecía de buenos y malos y lucha trascendente entre ambos; en cambio el story line que discurrió Kowalski ofrecía los elementos narrativos precisos para conmover a millones de tuiteros que corrieron a teclear su solidaridad. Para convertirse en trending topic, toda buena patraña debe tener al menos dos puntos de giro argumental que delimitarán tres actos, introducción, desarrollo y desenlace, de lo contrario no parecerá real y la opinión pública lo interpretará como ruido. No importa que la realidad carezca de estructura narrativa al modo aristotélico, somos criaturas que cuentan historias, que creen en historias y viven en historias: *homo narrativus*, por eso sólo asimilamos emocionalmente lo que se nos presenta en forma de cuento. En cualquier caso el leak de la UDR sirvió para algo: impedir que el informe del inspector llegara siquiera a la revista *Secret Policeman Secrets*, que como el lector sabe sólo publica investigaciones inéditas, nunca casos ya filtrados por el servicio de limpieza. Pero ni siquiera la patraña policial duró mucho como trending topic, creo recordar que coincidió con los resultados del referéndum chileno sobre la permanencia en el hemisferio sur y el mundo permaneció varias

horas en vilo temiendo que ganara el Chilout. La mitad estúpida de la humanidad siempre está a punto de ser mayoría, y en épocas de incertidumbre lo consigue con espeluznante frecuencia.

Un año transcurre deprisa cuando se han cumplido ya cincuenta y dos — aunque uno se atiborre de antioxidantes—. La mayor parte de este tiempo lo he pasado documentando y construyendo este relato de forma que resultara verosímil, con todos sus actos y puntos de giro, lo que no ha sido fácil dado el material absurdo del que partía y de lo distorsionado del mundo en el que vivo —me gustaría ver a Kowalski en mi pellejo—. En segundo plano también he estado pensando en un buen título para esta historia. El primero que se me ocurrió, como el lector ya sabe, fue *Diecisiete rubíes*, pero Lilith sugirió *Sakamura y los turistas sin karma*, que suena a novela fácil y divertida y según me informan mis editores es lo que espera el lector a cambio de su escaso dinero —otra cosa que nunca entenderé: si se trata de amortizar el gasto, ¿no deberían venderse mejor los libros difíciles y aburridos, que duran más?—. La cuestión es que tengo el título decidido justo a tiempo para incluirlo en el final del relato mismo, lo cual no debe interpretarse como un juego metaliterario sino como una necesidad poética que emerge con naturalidad del propósito mismo de la narración.

Durante todo este tiempo he estado también observando —de reojo— al inspector. El viejo es duro de pelar, sigue con sus posturitas de la garza y todo lo demás. Supongo que ahora me odia con tanta pasión que no le quedarán esperanzas de morir con el karma limpio antes de los ciento veinte años. Hoy precisamente cumple los ochenta y cinco así que le quedan bastantes, aunque a su edad el tiempo pasa todavía más deprisa que a la mía. No tengo cámaras instaladas en su casa —hubiera sido demasiado fácil—, pero sé que se habrá levantado al alba; abluciones, meditación, combate de kendo contra el ficus del patio, fregoteo del suelo con bayeta húmeda... No ha salido al pasaje Ziggy Stardust hasta que el sol estaba alto y el bochorno empezaba a derribar cotorras. Desde que lleva siempre encima su smartphone multiplex se le puede seguir por la ciudad como a un hámster en su laberinto, bib, bib, en mis pantallas lo veo como un puntito amarillo parpadeando sobre el callejero de Barna City. Hoy no tiene la clase de taichí de los miércoles porque es jueves, pero sé que le siguen siendo fieles la anciana punk y los

otros dos frikis, y también que ha recuperado a casi la mitad de sus discípulos perdidos la mañana de autos. Nadie en Barna City odia ya a los japoneses, ni siquiera recuerdan haberlos odiado alguna vez; el odio tribal requiere de la desmemoria para poder regenerarse después con apariencia de nuevo y necesario. Esta semana son odiosos los intolerantes a la lactosa, que según un tópico vigente expelen más metano y por su culpa se está calentando el Perito Moreno. Veremos a quién toca demonizar la semana que viene.

Así que, como hoy no es miércoles sino jueves, el maestro ha entrado en los supermercados Milady a por su compra semanal: dos mallas de fruta de bola y un kilo de arroz de marca blanca. Lilith ha hackeado para mí las cámaras de seguridad y he podido verlo en streaming. Una muchacha de falda diminuta y tetas inversamente proporcionales le ha ofrecido una bandeja con rodajitas de chorizo Gaudí, que estaba en promoción.

—Ah, mucha belleza de grasa y tendón —le ha dicho mirando el embutido como si le estuvieran acercando un perro muerto. Ha declinado la invitación alegando que era vegetariano estricto, pero sus referencias gestuales a la redondez de las naranjas ha dado lugar a un malentendido con la muchacha y ha tenido que intervenir la pescatera, más veterana.

—No le da vergüenza, acosando a jovencitas a su edad... ¿A que no se atreve usted conmigo?

—Ah, persona japonés no come bacalao seco, mejor come fruta mojada. En fin.

Ahora tiene una rutina nueva. Se ha hecho socio del club cannábico Gaudí y se pasa allí media tarde. A los chavales se les ocurrió configurar a Siri en japonés para que no diera la lata mientras ellos juegan a Gangs & Cops con el casco de inmersión puesto. En realidad no fuma hierba más que de forma pasiva —tampoco podría permitirse comprar marihuana a precio de uranio enriquecido— y sigue creyendo que la Big Mother Fucker es incienso especialmente aromático, pero ha desarrollado cierta tolerancia al THC y ya no se queda dormido con la frente apoyada en la tableta Cucumber que le prestan los chicos. El muy cabezota se ha propuesto aprender a navegar por la internet moderna, supongo que por si vuelve a pasar algo extraordinario en Barna City y encuentra otra oportunidad para rehabilitarse ante la Omnipol —a todo esto todavía no se ha resuelto el papeleo internacional para enviar a

un agente de enlace ordinario—. Para ser monje zen se aferra a su ego como un concejal occidental a su cargo, no cabe duda de que es budista sólo porque nació en Kyoto y alguien lo abandonó en un dojo zen en estado de severa desnutrición, y sé que al mencionar esto corro el riesgo de que algún lector blando simpatice con él —yo mismo flaqueo a veces—, pero no hay que dejarse engañar, se puede ser huérfano y estúpido, y aunque nació en el mes japonés del Árbol Turquesa tiene todos los defectos de un cáncer: complejo de inferioridad, susceptibilidad sin fundamento y una lealtad cambiante que se parece mucho a la hipocresía, pero aquí he de puntualizar que si hay algún lector cáncer lo más probable es que sólo posea las virtudes de su signo, por ejemplo un depurado gusto literario que le impulsará a recomendar la novela que tiene entre las manos.

Por cierto, esta tarde he bajado de compras con mis robots y hemos visto en el escaparate de una librería estupenda el gran póster promocional de este mismo libro, con unos muñequitos ridículos que representan al inspector, a Lilith y a Telefunken. Más que la portada de un libro parece un juego de vestiditos recortables —no entiendo en qué estarían pensando los del departamento de marketing—, pero la cuestión es que allí estaba el póster, con sus halagadores ganchos comerciales:

Sakamura y los turistas sin karma, la nueva y desopilante novela de un tal Pablo Tusset.

Arrasa en las listas mundiales el estúpido inspector y maestro zen Takeshi Sakamura, basado en un policía real que no tiene cuenta en las redes sociales.

«Cómpralo antes de que vuelva a agotarse en todas las librerías de Manhattan: ocho millones de lectores en la primera semana no pueden equivocarse», *The New York Times*

«L'intelligence pure», Michel Houellebecq

«Pure self-consciousness», Ian McEwan

«Pure magic», J. K. Rowling

«Urge abrir hueco en el canon para incorporar a ese tal Pablo Tusset, aunque tengamos que prescindir de Molière», Harold Bloom

«Ay, por favor, casi me meo de la risa...», E. L. James

Y ahora el lector inteligente se preguntará: ¿cómo es posible que la promo de esta novela y su arrollador éxito internacional salgan descritos en la propia novela? ¿Se trata acaso de un abuso de la prolepsis, de un relato enmarcado, de un efecto Drosde, de un recurso literario cuántico que aún no tiene entrada en la Wikipedia? Y sobre todo: ¿podría llegar a leerme a mí mismo en el acto de comprar el libro que sostengo en las manos?

Estoy seguro de que el lector inteligente —que seguramente será lectora— encontrará la respuesta a estas preguntas sin mi ayuda, pero para todos los demás voy a revelar el secreto del aparente milagro: abandonad toda lógica, el mundo en el que vosotros vivís también está distorsionado.

Epílogo

Tres de los funcionarios de la Omnipol implicados en el llamado *caso de los turistas sin karma* fueron ascendidos en agradecimiento a su lealtad pro sistema que salvó el estatus de varios altos funcionarios en Bruselas. La intendente Müller pasó a superintendente, el capitán Laforet a intendente y el sargento-guionista Kowalski recibió un galón de sargento primero, además del Secret Policeman Oscar a la mejor patraña original que otorga cada año la academia de policía. El sobrino del intendente Laforet, sin embargo, fue amonestado por filtrar información en crudo al servicio de limpieza y poner en peligro los chalets alpinos de sus superiores. Eso no le impidió amenizar la siguiente comida navideña con fantásticas especulaciones sobre la naturaleza fungi y extraterrestre de algunos funcionarios internacionales.

El subteniente McKarran fue sobornado con cinco mil pavos del contribuyente a cambio de escribir en su informe que el ingeniero congelado llevaba una nota de suicidio en el anorak —las mismas cantidades costó que la jueza y el secretario admitieran la enmienda al atestado—. Además se influyó para conseguir su ascenso a teniente a fin de que silenciara todo lo presenciado en el Gran Hotel Yoyodyne, y en consonancia con el cargo se le asignó despacho en la comisaría central de Hospitalet DF. Tras su vacante se nombró de inmediato a otro subteniente cabrón para cumplir con el cupo comunitario de policías sociópatas en Hyundai azul-caribe. Los camellos sin licencia para vender marihuana a diez mil el kilo apenas notaron la interrupción en el servicio de corrupción policial y abuso de autoridad.

Pese a que durante la redacción del presente libro se consideró la posibilidad de resucitar al ingeniero muerto, lamentablemente, no ha podido ser. En primer lugar porque toda novela pseudopoliciaca ha de tener al menos un pseudoasesinato, y en segundo lugar porque aunque el muerto carecía de familia o amigos —ni siquiera en Jerks&Friends—, el narrador omnisciente

ha podido comprobar que existía una nota real que respaldaba la hipótesis del suicidio inventada por Kowalski, aunque no era un papel manuscrito en su bolsillo sino una entrada en Evernote. El texto, al que se ha tenido acceso con motivo de este epílogo, decía así: «Ayer tercera negativa a mi ofrecimiento de sexo oral en Second Life. Me acucian las deudas del poker on line; se me acaba el contrato temporal en el laboratorio; el maticarachas que compré no funciona. A veces pienso en congelarme con un fluxor de argón y terminar con todo de forma indolora. Ojalá algún día ocurra por accidente». Dadas las circunstancias y a la vista de esta nota, hubiera sido una crueldad innecesaria resucitar al tipo. En realidad, su cadáver no llegó a descongelarse del todo, y como nadie lo reclamó en las siguientes cuarenta y ocho horas fue cortado a lonchas en el Hospital Cínico de la ciudad y escaneado después para crear un mapa anatómico en 3D. En la actualidad es uno de los cuerpos que se pueden ver en Google Images si se teclea *visible human project*. Cabe considerar en este punto que el sargento primero Kowalski nunca supo hasta qué punto su intuición cinematográfica fue capaz de captar las intenciones suicidas de un tipo al que jamás conoció.

Los dos robots rebeldes tuvieron destinos dispares.

Pilatos, el primer androide de la historia en darse nombre a sí mismo, se convirtió en objeto de estudio para generaciones de futuros psicomecánicos. Tras su *walk on the wild side* en Barna City, sus rutinas iniciales habían sido tan alteradas que la lógica subyacente resultó ininteligible para los mismos especialistas que la habían programado; se comprobó, por ejemplo, que sólo lograba la máxima puntuación en los test de empatía si tras cada acierto se le recompensaba con ganchitos. Su biomecánica fue desguazada para evitar que se repitieran incidentes con humanos en un entorno real; sin embargo se procedió al uploading de su personalidad completa y se diseñó para él un entorno virtual en forma de cafetería cara —«Mola, ¿puedo invitar a Nefertiti para darle envidia?», manifestó cuando se le mostraron las randerizaciones—. Desde entonces reside en una página no indexada de la deep web e interactúa a diario con expertos en robótica de todo el mundo. Sus sencillas soluciones a problemas complejos han contribuido decisivamente al avance de nuestro conocimiento de la estupidez artificial y sus aplicaciones en política populista.

Teseo fue trasladado a piezas hasta el laboratorio central de la Chichi Robots Corporation en Tokio. Por razones de seguridad se le dotó de un receptor de infrarrojos para poder apagarlo con un mando a distancia como los del aire acondicionado; después fue reensamblado y puesto en funcionamiento. La idea fue de su creador, el tridoctor Kato, que tomó bajo su responsabilidad personal la reeducación del androide liberto. Tras comprobar su buen comportamiento de reinicio y su interés en la neurorrobótica y psicomecánica en general, el tridoctor terminó alojándolo en la suite de invitados de su apartamento transparente en la Monyokiko Tower. En la actualidad es el secretario personal del tridoctor y, tras la reciente modificación de su testamento, también heredero universal de las industrias Chichi Robots. A pesar de que numerosos prospectólogos lo consideran ya el primer robot libre, Teseo todavía no ha entrado en la Wikipedia —sigue apareciendo únicamente el héroe mítico—, pero es probable que algún día sea también el primer robot diseñador y fabricante de robots legales, lo que sin duda dará lugar a que se le dedique portada en *Time* y rompa récords de visualizaciones en las TED talks.

De vez en cuando se baja a la deep web a visitar a Pilatos, aunque ambos siguen sin llevarse muy bien.

Hiroshi, el secretario desplazado del tridoctor Kato, presentó una demanda por despido improcedente y, tras perderla, escribió una extensa biografía de sus diecinueve años de vida en la que revelaba los verdaderos negocios de su hasta entonces mentor, así como su asexualidad oculta y sus aberrantes gustos musicales.

Además de lo ya dicho, el tridoctor Azumi Kato ha iniciado obras de ampliación de su palafito en Cayo Malayo para que le quepa un piano de gran cola.

El alicatado de parque acuático de la Sagrada Familia sigue avanzando, si bien anotaciones de Tony Gaudí descubiertas en una mesilla de noche con orinal han revelado que el genial arquitecto planeaba rematar el Tobogán Inconcluso con una plataforma neogótica para el aterrizaje y avituallamiento de grandes drones de transporte turístico. Las complicaciones de fontanería asociadas retrasarán el final de las obras un par de generaciones, pero ya es posible comprar bacinillas de porcelana con la infografía final estampada.

Tras la publicación del presente libro, la asociación Vecinos Susceptibles de Belviche Town presentó una protesta en las redes sociales ante lo que consideró un abuso de la imagen del barrio para convertirlo en escenario de ficciones truculentas. Su portavoz lo expresaba así en un vídeo: «Somos obreros y obreras jubiladas, nadie va por ahí congelando a ingenieros e ingenieras, ya nos hizo bastante daño el cine quinqui, y eso que ni el Vaquilla ni el Torete eran del barrio». Otra jubilada espontánea añadía: «Tenemos montones de bares con terraza, salones de uñas, cotorras, yorkis, nietos hipster con empleo fijo, metro, aparcamiento gratis, no hay turistas borrachos y ningún okupa nos impide ir al banco a actualizar la libreta de la pensión. Ya les gustaría en Pedralbes Hills, que todavía no tienen ni bazares chinos».

Aun a riesgo de atraer a turistas y okupas a la barriada, el autor sólo puede confirmar sin reservas lo transcrito.

Sakamura y los turistas sin karma

Pablo Tusset

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pablo Tusset, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la ilustración de la cubierta: Bernat Lliteras

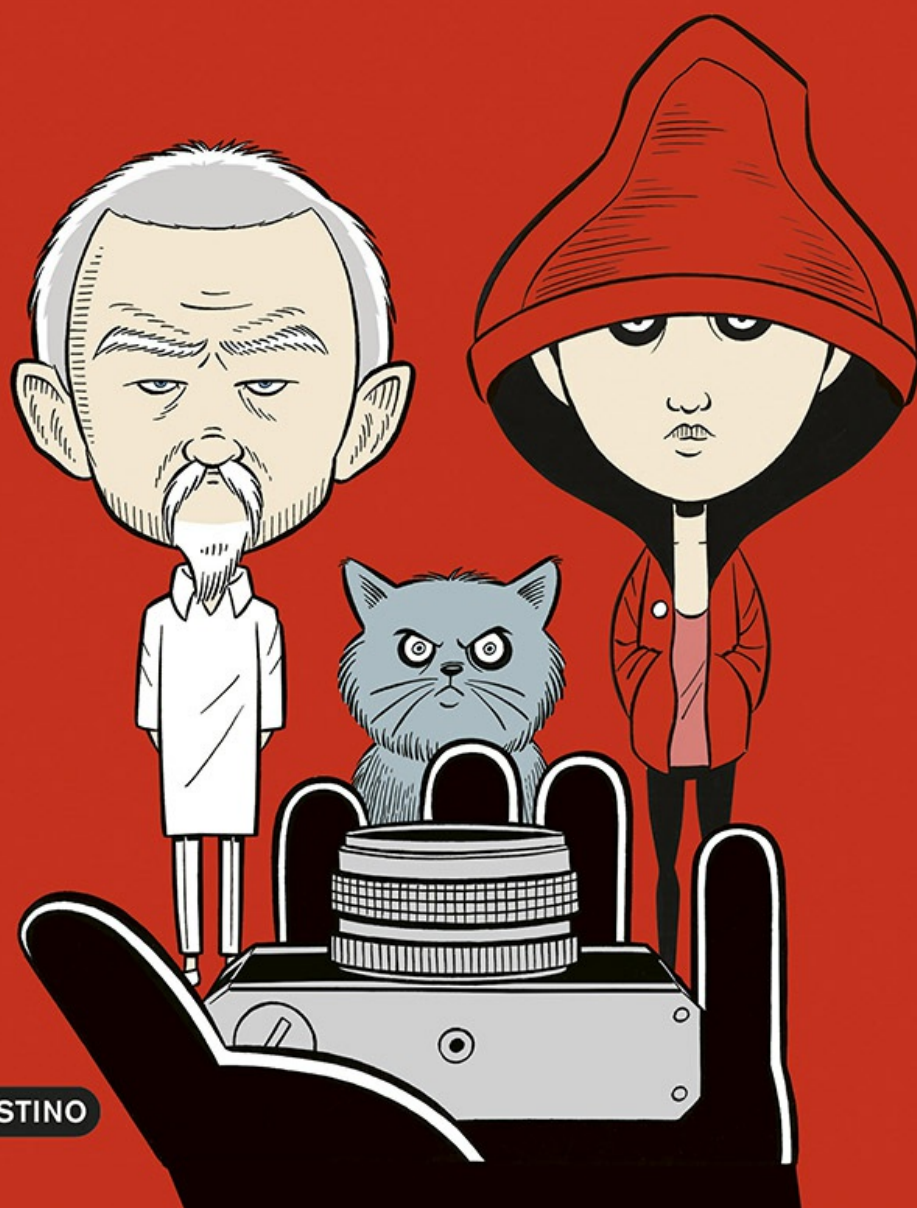
Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-233-5245-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

 Sakamura y los
turistas sin karma
Pablo Tusset



DESTINO